

# EL BAUTIZO DE FELIPE IV Y EL FALSO QUIJOTE

---

## CARTA ABIERTA

Sr. D. Juan Ortega Rubio.

Mi querido maestro: Con razón se sospechaba, y así lo hace usted constar en su *Historia de Valladolid*, que Cervantes no escribió la *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe Don Felipe Dominico*, según pensó más de un autor, fundado en un conocido soneto de Góngora, que termina:

*Mandáronse escribir estas hazañas  
á don Quijote, á Sancho y su jumento.*

El Sr. Paz y Melia insertó hace algún tiempo en la *Revista de Archivos* una carta de Juan Vélez de Guevara, en que ésta da noticias acerca de su padre, y por ella venimos en conocimiento de que quien escribió la *Relación* antedicha no fué sino el propio autor de *El Diablo Cojuelo*. «Llego a Valladolid—dice—el año que nació el Rey que dios guarde que creo que fue el de 1605; escriuió su bautismo; bolvió la corte a Madrid y el la siguió viuiendo en ella asta su muerte...»

Ahora bien; lo primero que se ocurre al conocer esta noticia, es lo siguiente: sabiendo Góngora, como forzosamente tenía que saberlo, que Luis Vélez de Guevara era el autor de la *Relación*, ¿por qué dice que escribieron las hazañas *Don Quijote y Sancho y su jumento*? ¿Por qué razón adjudica esos nombres al famoso escritor ecijano?

No es fácil contestar á esta pregunta. Tal vez la gente, por causas ignoradas, hábale dado como apodo el nombre de

uno de los personajes de Cervantes. Acaso había sido aludido directamente en la primera parte del *Quijote* ..

Y al llegar á este punto no puede menos de asaltarnos una idea. El supuesto Alonso Fernández de Avellaneda, autor del falso *Quijote*, dice que Cervantes le había ofendido en la primera parte de su novela. ¿Habrá alguna relación entre Avellaneda y Vélez de Guevara?

La suposición, lo reconozco, no tiene fundamento seguro en que apoyarse; pero no faltan razones que la hacen probable. Sabido es que, quienquiera que fuese el llamado Avellaneda, hubo de tener íntima amistad con el Fénix de los Ingenios y sincera admiración hacia él. Pues bien, Vélez de Guevara fué uno de los más apreciados amigos de Lope de Vega, y así lo demostró éste en alguna ocasión. Cuando Vélez fué separado del cargo que ejercía cerca del Conde de Saldaña, Lope de Vega trabajó lo indecible para que aquel magnate lo repusiera. Al efecto le dirigió varias y expresivas cartas, publicadas por D. Cayetano de la Barrera en su *Biografía*, terminando por decirle en 9 de Noviembre de 1608: «Cesen enojos, príncipe de los señores y señor de los príncipes, y deme desde aquí sus manos en nombre de Luis Vélez, mientras él va á humillarse á esos pies que han dado más de un passo en su remedio...»

Si supiéramos en qué punto del *Quijote* se encuentra la ofensa que Avellaneda supone inferida á él «y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto», habría mucho adelantado para saber si nuestra conjetura tiene algún punto de verdad. Ultimamente se dice, en virtud de la publicación, por los Sres. Tomillo y Pérez Pastor, del *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, que las alusiones y *sinónimos voluntarios* están en la historia de Lusinda y Cardenio. Si he de decir verdad, yo no veo clara la relación entre esta historia y los sucesos que dieron origen al proceso, reproducidos más fielmente en *La Dorotea*. Ni *Don Fernando* me parece Lope, ni *Lusinda* Elena Osorio, ni *Cardenio* Cristóbal Calderón, ni *Dorotea* Isabel Alderete. A lo menos, el desarrollo y término de la intriga que entre los cuatro se desenvuelve, no tienen semejanza, por

mucho que se esfuerce la imaginación, con la amorosa aventura de Lope de Vega.

Aun dando por supuesto, y mucho lo dudo, que Cervantes pretendiera copiar las cuitas de Lope, la ofensa inferida no era de monta, pues nada hay en el episodio del *Quijote* que menoscabe la honra de *Don Fernando*. Con mayor dureza se retrata el propio interesado en *La Dorotea*, donde aparece llevándose las alhajas de Marfisa.

A mi parecer, las ofensas de que se resiente Avellaneda, en nombre de Lope y en el suyo, están solamente en el capítulo XLVIII, en que por boca del cura censura acerbamente las comedias en boga, «espejos de disparates, ejemplos de necesidades é imágenes de lascivia.»

Que la alusión va directamente dirigida á Lope de Vega no ofrece duda alguna, pues de lleno le comprenden las indicaciones sobre el procedimiento dramático, observancia de acción, errores históricos y otros detalles. «¿Y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verosímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables?» Cierto es que luego, para dorar la píldora, disculpa al «felicísimo ingenio de estos reinos... que tiene lleno el mundo con su fama», suponiendo que todos sus defectos obedecían á la necesidad de seguir el gusto de los representantes; pero, por de pronto, la lección ya está dada, y no con poca dureza.

¿Está aludido también en los mismos párrafos Luis Vélez de Guevara? No me parece imposible y hasta puede ser que la alusión se encuentre en el siguiente: «Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningún mediano entendimiento que, fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pipino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro?» No conozco de Vélez de Guevara más obras dramáticas que las incluidas en la biblioteca de Rivadeneyra, fuente casi exclusiva

de literatura patria con que contamos los humildes provincianos; así es que no puedo comprobar si alguna de las publicadas en las dos colecciones de *Comedias escogidas*, ó de las autógrafas, coincide con aquellas señas. Pero, aunque así no fuera, todavía pudo referirse Cervantes á una de las muchas comedias de Vélez de Guevara que han desaparecido. De ser cierto que aquí estaba la *ofensa* y que iba dirigida, juntamente con Lope de Vega, á Vélez de Guevara, no sería ya tan aventurado suponer que el poeta ecijano escribió el falso *Quijote*.

Me dirá usted, querido maestro, que esta alusión de Cervantes, aunque fuese enderezada á Vélez, no sería razón suficiente para que Góngora encubriese á éste con los nombres de *Don Quijote, Sancho y su jumento*. Respondo á usted que tiene razón, y que no puedo comprender por qué serie de circunstancias se identificó á Vélez con alguno ó algunos de los personajes de la inmortal novela; pero ello sería lo de menos si viniéramos á parar á la misma conclusión.

Si, como medio de prueba, comparamos el estilo del falso *Quijote* con el de *El Diablo Cojuelo*, no podremos seguramente afirmar la identidad de ambos, pero tampoco será el resultado tan negativo que abandonemos toda probabilidad. El *Quijote* de Avellaneda, aunque reprochable por su intención y fines, es una obra amena, entretenida, de indudable mérito literario; por su prosa correcta y flúida no desmerece en nada de *El Diablo Cojuelo*. Las diferencias, en todo caso, tendrían explicación por lo opuesto del asunto; sin olvidar que entre la publicación de uno y otro libro transcurrieron veinte y siete años, y el estilo pudo variar y modificarse. ¡Cuán diferente es el de la *relación* antes citada y el del mismo *Diablo Cojuelo*!

Por supuesto que no es razón para negar la posibilidad de estas suposiciones el que Cervantes sospechase que Avellaneda era aragonés, «porque tal vez escribe sin artículos», pues claro está que lo ponía en duda y pudo muy bien equivocarse.

Repito que estas conjeturas necesitarían más sólidos fundamentos, pero creo que no son de desdeñar los ya expuestos, que pueden resumirse del modo siguiente: la *ofensa* hecha á Avellaneda en la primera parte del *Quijote* hubo de estar en el

mismo lugar que la inferida á Lope, pues así parece deducirse de las palabras de aquél; los ataques al Fénix de los Ingenios, á mi parecer, sólo se hallan en el citado capítulo que habla de las comedias, por lo cual la persona juntamente con Lope aludida tenía que ser también autor dramático; y en este caso no es aventurado fijarse en Vélez de Guevara, amigo sincero de Lope, imitador de su teatro y que por ambas circunstancias debió de tomar la común venganza. A esto podemos añadir las indirectas de Góngora en su soneto, y, á mayor abundamiento, un detalle que, aunque nimio, pudiera demostrar algo, y es la correspondencia entre el nombre y apellidos del poeta ecijano y el seudónimo con que se publicó el falso *Quijote*: Luis-Alonso, Vélez-Fernández, de Guevara-de Avellaneda.

Perdóneme, querido maestro, que haya distraído su atención unos instantes, y perdóneme sobre todo que agregue mi humilde opinión á las muchas que existen sobre asunto de tanta importancia literaria; ello sirve de motivo para reiterar á usted los respetos y cariños de su antiguo discípulo

NARCISO ALONSO A. CORTÉS.

---



# DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO DE 1903-1904  
EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE SAN MILLÁN DE ÁVILA,  
POR EL PRESBITERO D. ROBUSTIANO PÉREZ ARROYO, PRO-  
FESOR DE HISTORIA ECLESIAÍSTICA Y ARQUEOLOGÍA DEL  
MISMO SEMINARIO, EL DÍA 2 DE OCTUBRE DE 1903.

ILMO. SR.:

SEÑORES:

Desde que apareció sobre el horizonte anubarrado de aquel mundo corrompido, envuelto entre las densas nieblas del error, la hermosa luz de la verdad; desde que se dejó ver en medio de aquella sociedad gangrenada por los crímenes nefandos de los Césares y Tribunos de la opulenta señora del mundo, de la soberbia Roma, que paseaba triunfante sus águilas vencedoras desde el Éufrates hasta las hermosas playas del Cantábrico y desde el Tanais hasta las columnas de Hércules, la antorcha purísima de la Religión católica que iluminó con sus resplandores las inteligencias todas que descansaban atrofiadas en las sombras de la muerte, no han faltado, en el transcurso de los siglos, hombres impíos que, tomando en sus manos cobardes los dardos emponzoñados de la calumnia, los han arrojado sobre la Iglesia de Cristo, pretendiendo en sus delirios acabar de una vez, y para siempre, con esta institución divina.

La impiedad en todos los siglos ha hecho esfuerzos sobrehumanos por desacreditarla, valiéndose unas veces de la fuerza de la autoridad ó de las armas, otras de fútiles pretextos, y siempre, arrastrada por la envidia ó despechada por sus progresos, echando mano de los vicios y pecados que, según asegura, dominan á la Iglesia. Esta acusación que hoy, bien sea por malicia, ó ya por ignorancia, se deja oír más que

nunca y se halla en labios de personas que se tienen por ilustradas; que repercute en las columnas de los periódicos lo mismo que en los Parlamentos de naciones que se llaman católicas, es el arma que la incredulidad ha esgrimido continuamente contra la Religión, el velo con que la herejía ha procurado cubrir su horrible rostro y ocultar sus funestos lazos; es, en una palabra, *la razón poderosa* que ha encontrado la indiferencia para cohonestar ante la sociedad que se llama civilizada, ante el siglo que se apellida *del progreso*, la libertad de su lenguaje.

Los tristes ecos de la voz del fraile apóstata que con sus predicaciones inundó de escándalo la sociedad y de sangre la Europa toda; las horrorosas blasfemias que pronunciara Lutero, aún resuenan en el mundo, y el estridente sonido de la infernal trompeta de la *Reforma* ha inducido á tantos infelices á vivir casi sin religión, abandonando la divina en que nacieron porque en ella, dicen, se encuentran defectos, porque la han corrompido los desórdenes y porque está llena de vicios y pecados. He aquí las causas, tan cacareadas por gran parte de los sabios modernos, que han hecho desaparecer de la Iglesia todo cuanto tenía de institución divina, quedando, según ellos, en la categoría de una obra puramente humana, perdiendo la santidad y con ella las demás *propiedades y notas* que en otro tiempo la distinguieron de las falsas religiones. Voy, pues, á demostrar que *los vicios y pecados que ha habido y haya en la Iglesia, lejos de empañar su brillo, realzan más y más su divinidad*, para de aquí inferir la falsedad de las consecuencias que sus enemigos deducen de tal principio.

Tal es, Ilmo. y Rvmo. Sr., dignísimas autoridades, sabios representantes de los centros de enseñanza de esta noble ciudad, distinguido claustro de profesores de este ilustre Seminario; tal es, señores, la cuestión que me propongo tratar en la solemne inauguración del presente curso académico para, á la vez que vindicar á la Iglesia de las groseras calumnias que á diario se lanzan contra ella, animar á estos jóvenes seminaristas á seguir decididos en su vocación, seguros de que la Religión bendita de que otro día serán ministros podrán combatirla los impíos, pero vencerla... ¡¡jamás!!



Ante asunto de tanta importancia, confieso mi insuficiencia y sólo la obediencia al muy ilustre Sr. Rector de este centro docente me obliga á hablar en esta solemnidad: no esperéis desarrolle mi proposición cual conviene á la grandeza del asunto y á la sabiduría de los que me escucháis; empero sois indulgentes y sabréis dispensar mis faltas y suplir con vuestra ilustración y recto juicio todas mis deficiencias.

¿Ha habido vicios y pecados en la Iglesia? Aun cuando sea sensible, es preciso responder afirmativamente á esta pregunta, si bien no tantos y tan exagerados como quieren sus enemigos. Pero notad bien los términos de mi proposición: observad que hablo de vicios ó pecados *en la Iglesia*, de ningún modo de vicios ó pecados *de la Iglesia*. Porque ¿quién se atreverá á sostener que la esposa de Jesucristo se ha manchado jamás con defectos de especie alguna? ¿Quién afirmará con verdad ni llegará á probar que alguna los ha aprobado ni consentido? Si Jesucristo le prometió estar con ella hasta la consumación de los siglos, si la dotó de infalibilidad y su benéfico influjo se ha dejado sentir siempre en todos los pueblos y en las edades todas, llevando por doquiera la civilización y la cultura, sembrando por todas partes la hermosa semilla de la virtud y procurando siempre la paz de la sociedad, lo mismo que la del individuo; si escuchó de los labios de su fundador divino las sublimes palabras de que no tendría mancha ni arruga alguna, ni defecto semejante que pudiera mancillar su honor, sino que sería pura é inmaculada; si las puertas del infierno no han de prevalecer contra ella, según la misma promesa de Jesucristo... ¿No se habría separado de su fin aprobando los pecados? ¿no habría obligado á Jesucristo á faltar á su palabra y se hubiera hecho acreedora á que la retirara su auxilio? ¿Cómo había de ser la maestra infalible, la madre cariñosa, el consuelo del desventurado y el puerto seguro de salvación? No, no es posible concebir los vicios de la Iglesia sin faltar á la fe y blasfemar de Jesucristo; porque si, como dice el *Águila de los doctores*, el esclarecido Obispo de Hipona y gran Padre de la Iglesia, San Agustín, confirmando las palabras de la Sagrada Escritura, la Iglesia de Dios es como una era en que hay mucha paja y cizaña, y por esto tolera mu-

chas cosas, jamás, como dice el mismo santo Doctor, ha dicho ni aprobado ni aun consentido cosa alguna contra la fe y buenas costumbres. Digo, pues, que ha habido, hay y habrá vicios y pecados en la Iglesia, esto es, en los miembros que la componen; que ha habido y habrá desórdenes, que si siempre son de lamentar y no pueden mirarse sin horror en hombres que profesan la Religión divina del Mártir del Gólgota, no por esto, aunque cause indignación, deja de ser una cosa natural y hasta cierto punto muy conforme á la razón.

En efecto, que la Religión que profesa el cristiano es santa, no cabe duda; todas sus enseñanzas no tienden á otra cosa que á elevar al hombre sobre la materia para que viva la vida del espíritu, esa vida que nos une íntimamente con Dios en la tierra; sus preceptos no tienen otro fin que santificar al hombre, enseñándole los deberes que tiene para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes; posee las llaves del cielo, que abre al hombre por el Bautismo, haciéndole hijo de Dios y heredero de su gloria; es la Señora absoluta de los demás Sacramentos, donde encuentra el mortal el remedio eficaz contra todas sus dolencias; la tesorera y depositaria de la gracia, firme escudo contra los ataques todos del infierno, y aureola brillante que, iluminando á los mártires, les hizo triunfar del dolor de los tormentos, á los anacoretas y cenobitas de las seductoras vanidades del mundo, á las vírgenes del ardor de las pasiones y á todos, en fin, les defiende de las insidiosas asechanzas de Luzbel. Todo esto es cierto, todo, y mucho más pone la Iglesia á disposición del cristiano; pero ¡ah! que no por esto deja de ser hijo del infortunado Adán que pecó en el paraíso, que trae en sí mismo la pena de aquel pecado y tiene que sufrir por tanto los miserables efectos de la concupiscencia que se engendró con él. Es hombre, y como tal apetece lo que se presenta á su vista bajo la apariencia de bien; es hombre, y no puede prescindir de estar sujeto á todas las miserias que constituyen el funesto patrimonio de la humanidad.

La Iglesia le proporciona dones sobrenaturales, y si, ayudado por ellos, sabe muchas veces asirse valerosamente al bien en medio de las deshechas borrascas; si con su auxilio

llega á despreciar con frecuencia los efímeros placeres con que el mundo le brinda, es hombre, repito, y como combatido por tantos y tan funestos elementos no siempre tiene valor para desprenderse de lo que, bajo la razón de bien, le conduce y le arrastra al mal. Así es que unas veces en su débil condición triunfa la gracia, otras la concupiscencia, porque Dios, si le concedió la primera y con ella triunfa en muchas ocasiones, no le quitó la segunda, dejándole la libertad natural de indiferencia. ¿Qué extraño es, pues, que entre los cristianos, entre los mismos eclesiásticos haya vicios y defectos? ¿Quién podrá decir que no los hay? Son cristianos, es verdad; son eclesiásticos, é investidos por consiguiente de una dignidad que los mismos Ángeles envidian; son ministros, representantes de Jesucristo en la tierra, y gozan de una autoridad que, como dice San Juan Crisóstomo, no fué concedida á los Arcángeles y Jerarquías celestes; todo es cierto, pero no han dejado de ser hombres, y esto basta para que puedan faltar á sus deberes.

Pero aún hay más. La profesión del cristiano, muy particularmente la del eclesiástico, es una profesión austera que despoja al hombre de sí mismo, que enciende una lucha terrible entre la razón y las pasiones; es una profesión que exige la más acrisolada virtud y excluye los menores defectos. ¿Qué es de admirar, pues, que en combates tan violentos llegue á sucumbir? Es verdad que Jesucristo, al fundar la Iglesia, nos dió, juntamente con la ley, gracias abundantísimas, con las que puede el hombre conseguir lo que antes era inasequible á su debilidad; efectivamente, y ésta es una prueba de las más evidentes de la divinidad del Cristianismo, que su ley, con ser austera, sea observada por tan gran número de hombres, lo cual sería imposible sin el auxilio divino; mas también es preciso confesar que en el Cristianismo no hay términos medios, y que, ó consigue ser virtuoso observando perfectamente sus preceptos, ó toca en el extremo contrario, infringiendo alguno de ellos y exponiéndose al peligro de declararse en rebelión contra toda ley, si llega al triste estado de no querer hacer penitencia de su pecado.

Resulta, pues, que todos los cristianos se encuentran en pe-

ligro de sucumbir, bien por la inclinación de su naturaleza, ó ya por la sublimidad de su profesión; que si se encuentran en tal peligro pueden caer, y mucho mayor es el riesgo para el eclesiástico, que debe profesar la perfección del Evangelio; y que de hecho han caído, nos lo atestigua y enseña la que es guía de la vida y maestra de la verdad en cada una de sus páginas. Pero la misma nos dice también cual ha sido la conducta de la Iglesia para con los desgraciados que han traspasado sus leyes y para los que, desoyendo su voz, se han proclamado independientes sin querer reconocer otra autoridad ni ley que su capricho. Les ha amonestado dulcemente, ha procurado corregirles, y sólo cuando han permanecido en su obstinación los ha arrojado de su seno, porque no podía aprobar su conducta y jamás ha consentido que la llamen madre los hijos ingratos que han querido deshonorarla.

Tomemos al efecto en nuestras manos el hermoso libro de la Historia y nos convenceremos de ello. Cuando, en su misma cuna, la Iglesia se vió perseguida y nadando en la sangre de sus mártires; cuando el furor de los Neronos, Maximianos, Decios y Dioclecianos la obligaron á vivir en oscuros subterráneos donde, en medio de su dolor, hacía llegar hasta el cielo suave perfume de sus fervientes plegarias; cuando en Roma y en Atenas, en Alejandría y Cartago y en todas partes, en fin, se proscribía el culto católico y se hacía morir á los adoradores del verdadero Dios en los suplicios más crueles; en aquella época en que la Iglesia, encerrada en las Catacumbas, no poseía riquezas, había codiciosos que, haciendo traición á su fe, procuraban enriquecerse enseñando falsas doctrinas, ó se libraban de los tormentos por medio de la apostasía, doblando sus rodillas ante los ídolos y ofreciéndoles incienso. Recordad si no los nombres de Simón Mago, Basíledes y Carpócrates, los Gnósticos y Valentino, Montano con sus secuaces y otros cien y cien heresiarcas y apóstatas hasta principios del siglo IV.

Cuando el grande Constantino la dió libertad después de trescientos años de prisión, de temor y sobresalto; cuando el lábaro bendito de la Cruz brilló sobre el Capitolio y el nombre de cristiano dejó de mirarse como un nombre impío y

execrable; cuando los fugitivos y desterrados volvían en confusa multitud á ocupar sus desiertos hogares y las ovejas se reunían en sus rediles después de la más triste dispersión bajo el amparo de sus celosos pastores, y en las ciudades y en los campos se edificaban á diario nuevas iglesias más soberbias y magníficas que los templos del Gentilismo... cuando bajo sus doradas y brillantes bóvedas se celebraban los misterios de nuestra Religión santa con la mayor pompa y solemnidad, resonando por doquiera cánticos celestiales... cuando, en una palabra, parecía que la paz estaba asegurada y no volvería á turbarse, bien pronto se vieron surgir, del campo mismo de la Iglesia, hombres malvados que, cegados por la ambición ó corrompidos por los vicios, rasgaron la blanca vestidura de sus dogmas, sumiéndola de nuevo en la desolación y el llanto. Sabelio y Pablo de Samosata, los Novacianos y Maniqueos, los Donatistas y Melecianos, hasta que apareció en el mundo el monstruo horrible, el impío Árrio, nos dan testimonio de ello. Eran cristianos, se habían alimentado de la sana doctrina de la Iglesia y en ella permanecieron ocultando el veneno que se encerraba en sus corazones hasta que se vió obligada á expulsarlos de su comunión como á hijos ingratos y rebeldes.

Más aún: entre los mismos que permanecieron en su seno hubo viciosos y pecadores, hubo cristianos indignos de este nombre. Pero al lado de estos defectos parciales... ¡cuánto heroísmo! ¡Qué fe tan sublime y qué fuerza tan grande de costumbres! ¿Queréis pruebas? Pues fijad vuestra vista en las legiones de esforzados atletas que sucumbieron víctimas de las garras de las fieras en las arenas del circo ó á los golpes del hacha del lictor: recordad las páginas gloriosas de aquellos hermosos días en que se pintan con magníficos colores el celo y vigilancia con que el clero atendía á las funciones de su ministerio sagrado sin temor á las cárceles, á las cadenas y á la muerte: traed á la memoria, en confirmación de esta verdad, aquellos banquetes eucarísticos, aquellas *agapas* de caridad en que el noble se despojaba de sus timbres y blasones para fraternizar con el plebeyo, y el rico no veía en el pobre que tenía á su lado más que un hermano en Jesucristo.

Fueron corriendo los años, y el árbol frondoso de la Iglesia, que teniendo sus raíces en la tierra tocaba al cielo con su copa, iba extendiendo sus ramas. Verdad es que no tardó en ver nacer, aun en el silencioso retiro del claustro, nuevos heresiarcas; pero si Nestorio desde la cátedra del Espíritu Santo y en la misma ciudad de los Césares de Oriente, en la imperial Constantinopla, niega la divinidad de Jesús y la maternidad divina de María, y por distinto camino viene á caer en el mismo error el monje Eutiques; si Pelagio, ayudado por Celestio, destruye la naturaleza de la gracia y enseñan sus errores los Monotelitas bajo la protección de emperadores que se llamaban católicos; si se sienta en el trono de la nueva Roma León Isáurico, perseguidor furibundo del culto de las santas imágenes, y los Iconoclastas, bajo cuyo nombre eran conocidos estos sacrílegos profanadores, llenan de escándalos el mundo apellidándose cristianos, que en realidad eran por haber recibido el Bautismo, bien pronto la Iglesia levanta su voz contra estos novadores, y por medio de Concilios como los de Nicea, Éfeso, Calcedonia y Constantinopla, ó ya por los escritos admirables de infinidad de doctores como San Anastasio, San Cirilo de Alejandría, San Jerónimo, San Agustín y otros mil y mil hombres eminentes en virtud y santidad, que cual refulgentes soles brillaron por este tiempo en su hermoso firmamento, responde victoriosamente á todos los ataques de sus enemigos; y mientras éstos llevan marcada su frente con el estigma de una eterna condenación, en tanto que son depuestos de sus dignidades por los anatemas de la Iglesia, ésta les borra del catálogo de sus hijos, y no son ya el patriarca, el obispo ó el sacerdote católico quienes enseñan el error y corrompen las costumbres, sino miserables desertores que han merecido por sus actos ser expulsados de ella.

La Iglesia llegó á tener bienes, pero á disposición de los príncipes: verdad es que no faltaron entonces aduladores y simoníacos que les hacían la corte para obtener beneficios y vivir más cómodamente; pero fué incomparablemente mayor el número de operarios evangélicos que, desprendiéndose de sus rentas y patrimonios, se mostraron infatigables por extender el reino de Jesucristo predicando sus doctrinas salvadoras

en la Frisia y las regiones de Oriente, en la Bélgica y Holanda y en los pueblos allende el Rhin, haciendo trascender la fragancia de sus virtudes á través de los espesos muros del claustro. Y mientras en los países en donde había tenido su cuna el Cristianismo se llegó á ver un clero indigno y servil, que separado de la Iglesia católica se doblegaba á las exigencias tiránicas de emperadores heterodoxos, veíase en el Occidente, centro de la unidad católica, un clero modelo marchar bajo la dirección de los Romanos Pontífices, animado del mayor celo por la gloria de Dios y la felicidad de sus semejantes. No quiero decir con esto que todo aquí fuera santidad; pero es indudable, ciertísimo, que los numerosos Concilios que celebró la Iglesia latina durante los siglos VIII y IX revelan un propósito firme de mantener las leyes y la disciplina eclesiástica en todo su vigor; y en tanto que las conquistas del Evangelio se dilataban por el Norte de Europa, la Iglesia perfeccionaba en los pueblos alemanes, ya convertidos, su educación religiosa y social.

Más tarde, cuando la Iglesia pudo disponer de sus bienes, hubo hipócritas y ambiciosos que consumían en lujo el patrimonio de los pobres: el reinado de Jesucristo llegó á encontrar grandes obstáculos para su régimen y conservación: la ambición quiso invadirlo todo y hasta llegar á escalar la más alta dignidad que hay en el mundo. Pero... ¡oh providencia de Dios!... ¡Cosa admirable! Los mismos que habían puesto en juego todos los medios más bajos, los que por la fuerza y por la intriga habíanse apoderado de las primeras dignidades eclesiásticas, se les ve practicar la virtud, y con sus actos edificar á sus hermanos, borrando de este modo sus anteriores defectos, y condenar su conducta anterior luego que se encontraron investidos de autoridad en la Iglesia. Y si esto fuera poco, Dios, para demostrar la protección que sin cesar ha dispensado á su Iglesia, no permite que la herejía levante su frente altiva, haciendo que el respeto á la Silla apostólica no sufriera detrimento y que gozara de una paz y una tranquilidad que no ha experimentado en tiempo de los Papas más sabios y prudentes. Si hubo alguno que, merced á los partidos políticos formados en Italia y en Roma, llegó á ceñir la tiara en la

primavera de la vida, y su conducta como particular no mereció la aprobación de todos los buenos, jamás como Romano Pontífice claudicó en su fe, y los actos todos de su pontificado, como supremo Jerarca, no tuvieron otro objeto que difundir la sana doctrina de la Iglesia y corregir los defectos que llegaron á reinar en gran parte de sus hijos.

Es verdad que había profundas y cancerosas llagas que era preciso curar; que se necesitaba una mano firme y resuelta, un hombre de gran carácter y pecho apostólico que supiera oponerse á la tiranía de los príncipes y á la ambición de algunos eclesiásticos que, protegidos por los reyes, no tuvieron reparo alguno en coronarse antipapas contra los derechos del legítimo Pastor; y el grande Hildebrando, el hijo del carpintero de Toscana, el inmortal Gregorio VII, levanta la sociedad cristiana de la postración en que yacía y la hace inmovible, asentándola sobre los firmes cimientos de la verdad y de la justicia. Y si los emperadores, por un abuso de su autoridad, conferían los obispados, y hubo un Enrique IV de Alemania que llegó á ponerlos en venta, estos mismos vinieron á postrarse á los pies del Pontífice, reconociendo y confesando su falta y pidiendo humildemente les impusiera penitencias para satisfacer por sus pecados; díganlo si no las ciudades de Trierer y Forcheim con sus asambleas de nobles germanos, y las almenadas torres del castillo de Canosa, testigos de las dobleces y humillaciones del altivo teutónico y del intrigante Obispo de Utrecht, Guillermo. Y mientras San Gregorio VII, con el celo de un apóstol, trabajaba sin descanso por el bien de la Iglesia y se sacrificaba por la paz de la sociedad, haciendo llegar la luz de la fe á dilatadas regiones, ésta, viva en los países que la habían recibido, presentaba ejemplos admirables de santidad en el claustro y en el siglo, y brillaba de una manera especial en los tronos de los reyes con San Enrique de Alemania, San Casimiro de Polonia, San Olaf de Noruega, San Esteban de Hungría, San Eduardo de Inglaterra, Santa Margarita y la hija del rey moro de Toledo, Santa Casilda.

Aparecen los primeros albores del siglo XII, y si es cierto que al comenzar el de las Cruzadas llegan á afligir á la Iglesia



tres antipapas y los elementos de discordia se suceden durante todo él; si el espíritu del error agrava las complicaciones del cisma y levantan de nuevo su cabeza los viejos errores de Manes, la Iglesia, firme é invencible en la lucha, hace frente á todos los desórdenes, ora en Concilios particulares como los de Roma, Reims, Sens y París, ya en los tres generales de Letrán, IX, X y XI de los Ecuménicos que celebró en este siglo, promoviendo en circunstancias tan críticas la obra de Gregorio VII. Y si no puede negarse que hubo desobedencias á la Silla Romana, como lo prueban los hechos de Enrique V de Alemania persiguiendo á Gelasio II, de Mauricio Burdino y Pedro de León, del conde Roger y de los mismos romanos, excitados á la rebelión por las predicaciones de Arnaldo de Brescia, sin embargo, había penetrado en todas partes una justa idea de la autoridad pontificia. San Bernardo, escribiendo á su discípulo el Papa Eugenio III, le decía: «Á ti se apela de todo el mundo en testimonio de la singularidad de tu primado». Pero no se crea que estas apelaciones eran sólo en asuntos eclesiásticos, no; la reina Leonor, madre de Ricardo Corazón de León, escribía desconsolada á Celestino III para que hiciera poner en libertad á su hijo, reducido á prisión injustamente por el duque de Austria, y castigase con las más severas censuras á los carceleros del héroe de Palestina, porque, debiendo estar sujeto á él todo el reino, tenía autoridad sobre los cuerpos y sobre las almas.

Y que esta autoridad supieron emplearla los Pontífices en beneficio de la humanidad, lo confiesa el mismo Voltaire, y con sus medidas salvadoras se opusieron al creciente poderio de las ordas musulmanas por medio de las continuas Cruzadas que, haciendo desaparecer las luchas intestinas entre los príncipes de Occidente y sus señores feudales, libraron á la Europa del yugo ominoso de la media luna, extendieron los límites de los conocimientos humanos, opusieron fuertes diques á la relajación y desplegaron toda su energía contra el imperio alemán en aquella terrible lucha que en el siglo XIII hizo escribir en la historia los nombres de Güelfos y Gibelinos.

En la aurora del siglo XIV hubo días desgraciados para la Iglesia, lo mismo que en todo él. Es verdad que gobernaba la

nave de Pedro y dirigía su timón un diestro piloto, digno sucesor de San Gregorio VII, que supo elevar la dignidad de la Silla Romana á la altura en que la dejó Inocencio III al terminar sus días; pero al bajar al sepulcro la víctima de Felipe el Hermoso de Francia, al desaparecer de la escena de este mundo el esforzado y magnánimo Bonifacio VIII, abrevado de amarguras, sus sucesores tuvieron que tolerar un nuevo orden de cosas que más tarde habían de traer sobre la Iglesia torrentes de lágrimas. Con lo que se llamó la *cautividad de Babilonia*, esto es, la residencia de los Papas en Aviñón por espacio de setenta y un años, comienzan los preludios de un cisma deplorable que debilitó la autoridad pontificia, y á cuyo influjo se debió la relajación de la disciplina en varias partes y los defectos que en los mismos eclesiásticos se notaron. Pero en medio de tan furiosa tempestad, la Iglesia conservó intacto el depósito de la fe, pura la moral evangélica, y no cesó de protestar contra los desórdenes y flaquezas humanas procurando restaurar la disciplina por medio de los Concilios y dando pruebas de su santidad con las virtudes heroicas de gran parte de sus hijos.

Siempre en lucha y siempre victoriosa, apenas desaparece la tormenta que se había formado en su diáfano y puro cielo, ve aparecer nuevos nubarrones formados de los pútridos pantanos que infestaban el campo cristiano. Disputada la tiara por dos y tres contendientes, crecieron con la ambición los desaciertos y los vicios aumentaron al abrigo de las facciones que llegaron á formarse. Los errores de Juan de Wicleff, que tan horribles estragos habían de producir en el siglo XVI, echaban profundas raíces en Bohemia durante el XV y se propagaban y extendían á otros países produciendo venenosos frutos. Á estos males y á la creciente corrupción de costumbres que llevaban en pos de sí, siguió la división de elementos sociales y religiosos. Y estas divisiones, fomentadas por las pasiones más aviesas, crecieron y se multiplicaron á favor del gran cisma de Occidente que sumió á la cristiandad en un caos de tinieblas. Para mayor dolor, la Iglesia no pudo evitar que un pueblo degradado y corrompido que no había querido oír su voz y tantas veces había despreciado sus pala-

bras maternas, que un pueblo pérfido que tan pronto veía alejada de sobre su cabeza la tempestad que le había obligado á recurrir al Pontífice en demanda de socorros, faltaba á la fe jurada y miraba con desprecio al sucesor de San Pedro, recibiese el justo castigo de su altivez y perfidia, haciendo que las huestes musulmicas ensalzasen con cánticos de victoria el poder de Alá sobre las orillas del Bósforo, y allí donde habían brillado las más grandes lumbreras de la Iglesia, en la patria de Pulqueria y de Teodosio, percibióse en la oscuridad de aquella noche fatídica el siniestro fulgor de la cimitarra islamita ocupada en hacer astillas el caduco trono de Bizancio, sobre cuyos muros, salpicados con la sangre de mil invictos guerreros, ondeó el estandarte de Mahoma como perpetua amenaza para la vieja Europa.

Pero en medio de tantas amarguras la Iglesia experimentó grandes consuelos: vió florecer la virtud en grado heroico en gran parte de sus hijos, contrarrestó el mal cuanto pudo y tuvo la alegría de ver que, mientras la infidelidad de los griegos perdía su religión y su patria bajo el yugo férreo de los turcos, otra nación generosa que hacía más de siete siglos se había levantado en Covadonga y se había hecho grande en Clavijo, en las Navas y el Salado, defendiendo su fe y su territorio contra los discípulos del Korán, pulsaba las cuerdas de su laúd bajo los sauces de la hermosa vega que bañan el Darro y el Genil celebrando el valor indomable de sus soldados; coronaba los muros y las almenadas torres de Granada con los pendones de la Cruz y obligaba á Zegríes y Abencerajes á repasar el estrecho de Tarik y á recordar en sentidas endechas, bajo las palmeras del desierto, las gracias de sus odaliscas y los pasados placeres de la inolvidable Alhambra. Y no fué esto solo: en aquellos días de luto para la Iglesia, la nación bendita del Pilar y de Santiago, de Recaredo y San Fernando, al recibir como premio de su heroísmo y de su fe un nuevo mundo que Dios hiciera surgir del fondo de los mares para ser la mas preciosa perla de la gloriosa corona de Fernando y de Isabel, llevaba con la civilización la luz de la verdad á aquellas vastas regiones, hasta entonces ignoradas, por medio de numerosos apóstoles que, empuñando la Cruz parten

á las remotas playas de América, donde Colón había hecho tremolar el glorioso pendón morado de Castilla, y aumentan el rebaño de Jesucristo con populosas naciones diseminadas en bosques interminables.

Si en el siglo XVI el germen de independencia, que venía incubándose en Europa desde los días de Wicleff, Juan Hus y Jerónimo de Praga, llegó á su completo desarrollo; si el monje apóstata de Eisleben arrastra en pos de sí con sus perversas doctrinas y corrompidas enseñanzas á gran número de hombres, causando enormes daños á la sociedad y á la Iglesia; si el impío Lutero aplica la mecha á los combustibles hacinados y produce el formidable incendio que llenó de escombros y sangre á casi la Europa toda, la Religión bendita del Crucificado brilla con nuevo esplendor en medio de tales revoluciones y bien puede decir que es el siglo de sus grandezas y glorias.

Mientras los protestantes se levantan contra ella y la calumnian de mil maneras y quieren exterminarla; en tanto que estos nuevos y pseudo-reformadores, no pudiendo sufrir la pureza de sus dogmas, la declaran guerra á muerte y sin cuartel, los fieles hijos de la esposa del Cordero llegan á la cima de la perfección cristiana por diversos caminos, y comunican al mundo el fuego del amor divino que no cabía en sus pechos. Los Papas, custodiando solícitos el depósito de la fe, fomentan á la vez las ciencias contra la ignorancia, madre fecunda del error, y vindican la santidad de la Iglesia en el por siempre memorable Concilio de Trento. Y enfrente de Lutero, Zuinglio, Melanhston, Ecolampadio, Calvino, Enrique VIII é Isabel de Inglaterra y de los demás corifeos de la Reforma, miembros todos podridos y arrojados de la Iglesia por sus vicios y pecados, brillan en su hermoso cielo astros de primera magnitud que eclipsan el mundo con sus virtudes y hechos admirables.

Sería interminable si quisiera enumerar el catálogo de esforzados campeones de la Iglesia en el siglo de oro de nuestra patria. Baste decir que en él brillaron la perla del Carmelo, gloria de España y envidia de los pueblos todos, la ínclita virgen avilesa, nuestra esclarecida paisana Teresa de Jesús; el

esforzado capitán San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja y Javier, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, San José de Calasanz y San Juan de Dios; que fué el siglo de los grandes ilustres Pontífices como León X, San Pío V, Gregorio XIII y Sixto V; de los grandes Obispos como San Francisco de Sales, Santo Tomás de Villanueva, San Carlos Borromeo y San Bartolomé de los Mártires; de los grandes príncipes, como Carlos I y Felipe II de España, Enrique II y IV de Francia; de los esforzados capitanes y guerreros, como el gran duque de Alba, el marqués de Santa Cruz, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Fué el siglo de los grandes políticos, como el Cardenal Jiménez de Cisneros y el esclarecido pacificador del Perú D. Pedro de la Gasca; de los grandes conquistadores, como Gonzálo de Córdova, Hernán Cortés y Pizarro. Fué el siglo de oro de las ciencias y las artes, en las que florecieron hombres tan eminentes como Láinez, Salmerón, los dos Sotos, Suárez y Melchor Cano en teología; Carranza, Alpizcueta, Burgos y Covarrubias, insig-nes canonistas y jurisconsultos; místicos como Fray Luis de Granada y Diego de Ávila; historiadores, como Chacón, Morales y Mariana; poetas y escritores, como Fray Luis de León, Garcilaso y Cervantes; y en matemáticas, astronomía, arquitectura, escultura y pintura será bastante con recordar los nombres de Copérnico, Galileo, Kepler, Herrera, Berruguete, Montañés, Tizziano, Rafael y el inmortal Miguel Ángel. Todos hijos de la Iglesia, todos educados en sus doctrinas y vindi-cándola con sus actos de las groseras calumnias de aquellos infelices apóstatas.

Si los esfuerzos del Concilio de Trento y la solicitud de los Pontífices, seccundados por el clero, no son bastante para exterminar el mal: si, como dice César Cantú, el protestantismo concluyó su primera etapa en su marcha al estado de infidelidad y embrutecimiento moral aumentando los males de la Iglesia en el siglo XVII; si el tristemente célebre obispo de Iprés, protestando siempre de su adhesión á la Silla apostólica, socava sus cimientos y logra extender sus falsas doctrinas escalando con ellas aquel baluarte de la fe que parecía inexpugnable, la Universidad de la Sorbona; si Jansenio, con su insi-

diosa actividad, logra contaminar á parte del Episcopado é introduce sus venenosas máximas hasta en los silenciosos claustros del convento y llegan á beber la pócima, que presentaba en copa de oro, las vírgenes consagradas al servicio del Señor; si las ideas laxas en moral consiguen aumentar los pecados y propagar los vicios, la Iglesia protesta de aquellas innovaciones, declara que no es suya aquella doctrina, y la condena por medio de sus Pontífices; y Alejandro VII, Inocencio XI y Alejandro VIII, fulminando las censuras más severas contra los que profesaran ó defendieran aquellas proposiciones, les obligan, ó á someterse á las decisiones de la maestra infalible, de la madre de la verdad, ó á ser arrojados de ella como incorregibles. Y si hay vicios y pecados, porque el cisma y la herejía ó la imposición de la fuerza bruta los protegen y autorizan, la Iglesia los reprueba por medio de sus Concilios y los confunde con la virtud acrisolada de San José de Calasanz, de Cupertino, de Santa Rosa de Lima, de San Camilo de Lelis y otra multitud de héroes que esparcieron por el mundo la fragancia de sus virtudes.

Comienza el siglo XVIII y el Filosofismo enciclopédico prepara ese abismo sin fondo, en cuya pavorosa boca se encuentra escrito con caracteres de sangre y fuego: *¡Revolución del 89!* La impiedad bate palmas; la Iglesia, según expresión de los corifeos de Voltaire y Diderot, está próxima á sucumbir... muchos de sus hijos claudican, el triunfo parece próximo... *¡Vana ilusión!* Gloríese la impiedad, celebre, si quiere, su triunfo como dice, su pretendida victoria al ver la defeción de algunos Pastores, de muchos de los eclesiásticos y de un número crecido de cristianos... Duerma sobre sus marchitos laureles al ver coronada su obra de destrucción con la mayor anarquía que nada respeta, á nadie obedece y pasea sus negros crespones por naciones poderosas, después de haber derrocado tronos los más bien cimentados y hecho rodar por el cadalso las cabezas de sus reyes... *¿Qué importa?*... La Iglesia sabrá vencer como en otros mil combates y opondrá á los pecados de unos la abnegación de millares de católicos que derraman generosamente su sangre por confesar la fe. *¿Qué importa?*... Si la revolución causa inmensos daños en di-

ferentes países, los emigrados por defender la Religión pagan los favores que reciben de pueblos hospitalarios depositando en ellos la semilla de la doctrina católica, que fomentan con el ejemplo de sus virtudes y cuyos admirables frutos se dejan hoy percibir en muchos pueblos de Europa. ¿Qué importa?... La Iglesia presentará pura y sin mancha su doctrina salvadora, en tanto que el error caerá vencido á sus pies mordiendo el polvo de la derrota.

Entre tan negros nubarrones comenzó á vislumbrarse la primera luz del siglo del progreso, del vapor y de la electricidad, del siglo XIX, que ha descargado sobre la Iglesia tormentas sin cesar. Y... ¡cosa admirable! En medio de tan terribles hecatombes, en esa lucha titánica que la Iglesia ha sostenido durante todo él y continúa sosteniendo, jamás ha dado el clero católico ejemplos más sublimes de abnegación y celo, de prudencia y de valor. En este siglo, en que se ha atacado á la Iglesia como quizá en ningún otro; en que se la ha despojado inicuamente de sus bienes y su supremo Jerarca ha quedado prisionero en su misma morada, sin que los muros del Vaticano sean bastante espesos para dejar llegar á sus oídos las imprecaciones contra su sagrada persona y el ruido de las turbas demagógicas concitadas por el espíritu sectario; en este siglo, en que el clero se ve reducido á vivir de una exigua retribución como el más miserable bracero, en que los religiosos son insultados en sus mismos conventos y arrojados de ellos por la fuerza, en este siglo, en que una prensa cínica y desenfrenada ataca la fe, la moral y hasta la decencia misma, denigrando las virtudes y ensalzando los vicios todos... en este siglo, en fin, en que tanto se acusa á la Iglesia de haberse separado del fin que la señalara su Divino fundador, es cuando se presenta con toda su grandeza y sublimidad. En él vemos al ilustre Episcopado íntimamente unido, como nunca se ha encontrado, al sucesor de San Pedro; vemos al benemérito clero secular amaestrado en la vida del sacrificio, á las asociaciones seculares llenas de abnegación é infatigables en promover los intereses religiosos y sociales sin temer las burlas, escarnios y calumnias con que la incredulidad con su baba inmunda quiere manchar sus obras;

vemos, en una palabra, á esos ángeles de paz, á las Hijas de la Caridad, partir alegres y contentas á países extranjeros desafiando el mortífero plomo en los campos de batalla y las enfermedades más repugnantes en los hospitales; á esas heroicas falanges de ministros evangélicos que, llevando por toda arma una cruz y por escudo una tosca túnica, consiguen las más gloriosas victorias sellando con su generosa sangre la verdad de la doctrina que predicán en la China y el Japón y en las selvas vírgenes de América, lo mismo que en los abrasadores arenales del África, avivando por todas partes el recuerdo de los tiempos apostólicos.

Pero se me dirá quizá: si así es, si el clero y los católicos de estos tiempos son modelos de virtud... ¿por qué, con frecuencia, se dan á conocer hechos que dicen muy poco en favor de persona alguna? ¿No hay hoy vicios y defectos? ¿No hay pecados? Es cierto, y aunque triste, preciso es confesarlo en obsequio á la verdad: hay pecados, hay escándalos; pero la Iglesia los reprueba y los condena como siempre ha hecho, y además... ¡qué diferencia tan notable entre los tiempos actuales y los que han precedido! Y si no, decidme, ¿dónde están aquéllas intrigas por escalar los más elevados puestos y de las que alguna vez no se vió libre la Cátedra Pontificia... aquéllos aduladores que preferían la amistad de un rey á la sumisión al Pontífice... aquella corrupción, en fin, que se dejó sentir en los siglos anteriores? Habrá pecados, no lo niego: habrá quien deshonne su elevada dignidad con vicios repugnantes, pero no se acuse á la Iglesia de los pecados del hombre, que procura corregir por los innumerables medios que á diario pone á su disposición.

Y que en esto la Iglesia ha dado un paso de gigante, es una verdad que nos demuestra la Historia: Fijémonos sólo en el siglo XVIII. Si en éste los Pontífices levantan su voz para restablecer la disciplina; si Benedicto XIV, por sus bulas *Sacramentum Pœnitentiæ*, *Quanta cura* y *Universalis Ecclesia*, renueva y establece nuevas penas contra cierta clase de pecados, los Papas del XIX no hablan sino para condenar las doctrinas que coartan la libertad de la Iglesia y sus ministros, y enaltecer los méritos del Clero animándole á perseverar en la



fe que tantas veces ha defendido aun á costa de los mayores sacrificios. Dígalo si no el *prisionero de Savona* con sus encíclicas *Ecclesia Christi* y *Tam multa*; díganlo Gregorio XVI y el Pontífice de la Inmaculada, el inmortal Pío IX, hiriendo de muerte los errores modernos con sus famosas Constituciones y el *Syllabus*; dígalo el infatigable y nunca bien ensalzado *Pontífice de las Encíclicas, el Papa de los obreros*, el esclarecido León XIII, objeto de las simpatías universales y admirado de sus mismos enemigos; díganlo, en fin, los ilustres purpurados que al elevar al Solio Pontificio al virtuoso Patriarca de Venecia han dado el más solemne *mentis* á las acusaciones que á diario se levantan contra la Iglesia y sus ministros y á esa prensa descarada, que en su afán de querer descubrir y conocer todos los secretos, se ha equivocado, como otras muchas veces, en sus cálculos fantásticos.

Convengo, pues, en que ha habido y hay defectos en los miembros de la Iglesia, y en que los habrá mientras en el mundo haya hombres. ¿Y qué mucho que así ocurra, si sabemos que uno de los doce discípulos que acompañaban á Jesús le entregó á sus enemigos por un puñado de plata, que otro le negó tres veces, y á todos, excepto á uno, les faltó valor para seguir al Calvario á su divino Maestro? Mas lo que en manera alguna puede admitirse son las falsas consecuencias que de aquí deduce la impiedad.

Hay, dicen, vicios y pecados en la Iglesia; luego la Iglesia actual no es la fundada por Jesucristo. ¡Hermosa lógica! ¡Sublime raciocinio! Si este argumento valiera, habría que decir: Siempre ha habido defectos en sus miembros: luego nunca ha existido la Iglesia. ¿Y quién se atreverá á sostenerlo, cuando presenta la sucesión no interrumpida de los Romanos Pontífices desde San Pedro hasta el actual Pío X, conservando siempre la misma fe, profesando la misma moral y sin que pueda citarse uno tan solo que haya claudicado á pesar de los defectos en que algunos, como personas particulares, han caído? Si, pues, siempre ha habido defectos y la Iglesia no ha dejado de existir, es prueba más que evidente de que tales pecados en sus hijos no destruyen su esencia ni su santidad.

Por último, y voy á terminar. Hay otros que, llamándose

católicos á pesar de estar inficionados de las doctrinas tantas veces condenadas por Pío IX y León XIII, dicen: ¿Hay defectos... hay pecados?... Luego es necesario empuñar la segur y cortarlos de un solo golpe. ¡Magnífico! Pero... ¿cómo? Escuchad sus remedios. ¿Hay vicios entre los eclesiásticos?... ¿Para qué sirven en la sociedad?... ¡Desterradlos! ¿Se abusa (usando de sus palabras) de las festividades? Suprímense; ¿Para qué sirven, si no es para proteger la holganza y matar las industrias?... ¡Acábase de una vez y para siempre con las invenciones de aquella edad de ignorancia y de tinieblas, y quédese la Iglesia tal cual la fundó Jesucristo! Pero... ¿qué Iglesia quieren dejar?... Una formada á su modo; una que suprima ciertos preceptos del Decálogo: una que pudiera aprobar en ellos los vicios que ellos mismos censuran y callara ante los desórdenes que fomentan. El remedio no puede ser más eficaz; pero ¡ah! su mismo argumento les refuta; escuchad si no y decidme:

En los miembros de las demás sociedades, de todas las corporaciones... ¿no habrá vicios y defectos? ¿No los habrá en la enseñanza, en la magistratura, en las ciencias y en las artes, en los que mandan y rigen los pueblos? Indudablemente. ¿Qué hacer, pues?... La respuesta es natura!, ellos nos dan el remedio: ¡suprímase la enseñanza, destiérrense para siempre esas instituciones!... ¡Fuera reyes, lejos toda autoridad! ¡¡Bárbara filosofía!! Así es como con sus sofismas se esfuerza por despojar al hombre de su condición y reducirle al estado de las bestias. Y, sin embargo, hay quien sigue tan abominables principios, en tanto que la sana lógica se ve despreciada y desterrada de sus escuelas. Esta lógica raciocina con mucha más exactitud cuando dice: ¿hay vicios? ¿hay defectos? Luego es preciso corregirlos, y esto debe hacerse por los que puedan y deban aplicar el oportuno remedio.

Pero dejo á un lado las erróneas consecuencias que deducen los enemigos de la Iglesia, para fijarme sólo en la que fluye espontáneamente. Hay y debe haber vicios y pecados en la Iglesia: luego, ó esta Iglesia no puede subsistir por mucho tiempo, ó si prosigue subsistiendo será por hallarse sostenida por una fuerza superior. Ahora bien, desde su cuna ha habido vicios en algunos de sus miembros, como nos dice la Histo-

ria y la razón natural así lo admite; lleva diez y nueve siglos de existencia y siempre se ha visto amargada de pesares que, humanamente hablando, bastan para destruirla. No se ha verificado; vive, y con la misma energía que en un principio profesa la misma fe, hace uso de los mismos Sacramentos... ¿Qué prueba esto? No otra cosa sino que está sobre la potestad del hombre, que la sostiene una fuerza sobrenatural; en una palabra, que no es obra del hombre, sino de Dios. Todas las sectas y falsas religiones no han podido resistir y han sucumbido á los embates de las pasiones humanas. Sólo la Iglesia Romana, después de tantas revoluciones y desórdenes, á pesar de las persecuciones que ha sufrido, ha conservado constantemente y siempre puro el depósito de la fe. Luego está sostenida por una virtud divina que, como hasta aquí, la preservará hasta el fin de los siglos de las asechanzas del infierno.

He terminado, Ilustrísimo Señor; mas antes de abandonar este lugar permitidme dirija unas breves palabras á esta juventud escogida, por quien tan especial predilección siente vuestro paternal corazón.

Estáis educándoos, amados seminaristas, en la ciencia y la virtud; estáis preparándoos, al abrigo de estos benditos muros, para ser otro día esforzados adalides de la milicia eclesiástica; muy pronto unos, después los otros, seréis ministros de Jesucristo en la tierra, os hallaréis investidos de la dignidad más excelsa que hay en el mundo, y entonces... ¡cuántos combates habéis de sostener! ya contra la impiedad que cierne sus negras alas sobre el hermoso campo de la Iglesia, queriendo obscurecer el sol purísimo de sus grandezas, ó ya contra vosotros mismos, porque por vestir la sotana no se despoja el hombre de sus inclinaciones, á que le arrastra el apetito. Pues bien, en luchas tan crueles, tened valor, acudid á Dios por la oración, y Él os hará triunfar. Que no seáis del número de esos desgraciados y miserables que, como habéis visto á través de los siglos, han amargado la existencia de nuestra madre la Iglesia; no déis pretexto á los impíos para que la censuren por vuestros actos. Para conseguirlo, sed imitadores de las virtudes de nuestro celoso y dignísimo Prelado, tan

solícito por el bien de su amada grey, y muy especialmente de nuestro amado Seminario; seguid los consejos del digno Rector que le gobierna y grabad en el corazón las saludables enseñanzas de vuestros preclaros profesores. Así seréis la luz del mundo, la sal de la tierra y proporcionaréis á la Iglesia días felices y venturosos.

He dicho.

ROBUSTIANO PÉREZ ARROYO.

---

# UNA VISITA A ZAMORA (I)

---

No es mi intento estudiar los oscuros orígenes de Zamora, ni su heroica y legendaria historia, sino dar una ligera idea de los monumentos artísticos más importantes.

Nada se dirá de la *Cruz que señala el lugar donde fué herido el Rey D. Sancho* (2), ni de la tapiada puerta del *Mercadillo*, por donde se supone tradicionalmente que salió Vellido Dolfos, ni del postigo por donde logró entrar el regicida, ni del fuerte y robusto castillo.

Lo primero que llama la atención en Zamora es la *Catedral*, situada en la plaza del mismo nombre. Debe su fundación al Obispo Esteban, quien tuvo la dicha de consagrarla en 15 de Septiembre de 1174. No he visto nada que pueda competir con la rica puerta del *Obispo*, con la robusta y majestuosa torre rebajada y con la media naranja, siendo de lamentar que modernamente se haya cubierto con argamasa dicha cúpula, como también es sensible que en nuestros días una mano poco inteligente haya hecho aquella fea escalinata, que tan mal contrasta con la hermosa fachada de la puerta episcopal. Al gótico florido pertenece la capilla mayor, coronada de calado antepecho y de pintorescos crestones, y al arte greco-romano corresponde la portada del Norte, destacándose en ella elevado y majestuoso arco. La moderna torre del reloj, con su delgado chapitel, es pequeña, fea y de mal gusto.

Penetrando en el interior del templo, la ojiva de las naves indican la proximidad del siglo XIII; pero la sencillez y

---

(1) Publicóse este artículo en el periódico *El Norte de Castilla*, de Valladolid, correspondiente al 2 de Julio de 1893.

(2) La *Cruz del Rey D. Sancho*, colocada sobre tosco pilar, se halla á la distancia de unos tres kilómetros de la ciudad.

fortaleza de los gruesos pilares y las columnas á ellos unidas conservan el carácter románico en toda su pureza. Elegante es el cimborrio, levantado sobre arcos torales ojivos, y no he de escasear entusiastas alabanzas al artista que lo ejecutó. Carece la Catedral de buenas obras de escultura y pintura, y no sería aventurado decir que el moderno retablo del altar mayor es una nota discordante en el armónico edificio, no pasando de la medianía *La Transfiguración del Salvador*, que se contempla en el medallón principal, de mármol de Carrara. Pudieran calificarse de malos los dos retablos colaterales. Si hábil artista hizo la sillería del coro, no lo fué tanto como el que construyó la que se guarda en el Museo provincial de Valladolid. La hermosa y gótica custodia, llena de santos y profetas, cuajada de calados relieves y adornada de arbotantes, agujas y doseletes, no es obra del leonés Juan de Arfe. Aunque el rico viril carece de tanta antigüedad, no por eso es menos digno de estima, y puede calificarse de magnífica la gradería de plata que cubre el altar mayor en determinadas solemnidades religiosas. Por último, no dejaré de citar los 27 hermosos tapices que se guardan con tanto cuidado en la Catedral, procedentes los mejores de la casa de Alba, según indica el escudo de armas colocado en la parte superior de aquéllos. Los seis que representan la famosa guerra de Troya, aunque algo deteriorados, son dignos de los aplausos de don Francisco de Quevedo y Villegas. Así hace hablar el chispeante escritor á los tapices de Flandes:

Vencemos con los telares  
 los pinceles del Ticiano,  
 donde son los tejedores  
 Urbinos y Carabachos.

.....

¿Los caballos no relinchan?  
 ¿Los mosquetes no dan pasmo?  
 ¿La lumbre no centellea?  
 ¿No se disparan los arcos?  
 ¿El cielo no tiene día?  
 ¿El aire no tiene claros?  
 ¿Bien compartidas las sombras  
 no animan á los retratos?

Entre las parroquias ocupa preferente lugar la de *San Ildefonso* (plaza de íd.), porque en ellase conservan los restos de aquel insigne Arzobispo de Toledo y de San Atilano. Reedificado el primitivo templo á últimos del siglo XV y después en el siglo XVII, vense todavía algunos vestigios románicos y ojivales.

De *Santa María la Nueva* (plaza de su nombre), llamada la Nueva hace siete siglos y donde se contemplan la puerta lateral de leve herradura y el torneado ábside, se pasa á la de la *Magdalena* (calle de la Rúa), cedida al presente á las Siervas de María. No es posible encontrar en esta antigua iglesia de los Templarios más perfección y belleza. ¡Qué primorosos adornos románicos festonean los arcos ó crecentes de sus portadas! ¡Qué valiente y airoso es el ábside! ¡Qué ventanas y claraboyas tan preciosas! La nave interior se halla cubierta por techumbre de madera que ha sustituido á la bóveda primitiva, y el inteligente admirará el artístico sepulcro, tal vez de un templario, que se levanta en uno de los lados de la iglesia.

Mezcla de románico y gótico es el templo de San Juan (Plaza Mayor), y con respecto á *San Vicente* (calle de íd.) el portal románico es una admirable obra de arte, pudiéndose asegurar que sus adornados capiteles y dovelas es de lo más fino y delicado en esta clase de arquitectura.

Casi construido de nuevo se presenta *San Bartolomé*, luego *San Antolín* y por último *San Esteban*. *San Andrés* (plaza de ídem) reedificado á mediados del siglo XVI por el caballero Sotelo, pertenece á la época del Renacimiento; pero muestra dos hermosas ventanas del estilo gótico moderno. Su espaciosa nave está cubierta de maderaje de dos vertientes, sostenida por arcos de buena traza que cargan sobre pilares. El sepulcro de Antonio de Sotelo, de alabastro, es de gusto plateresco, y la efigie del fundador no desmerece del resto del monumento.

Ojivales son las ventanas de la torre de *San Cipriano* (calle de íd.) y al mismo estilo corresponden sus bóvedas y la entrada del presbiterio, apoyada en capiteles románicos. La iglesia de *Santa Lucía* (plaza de íd.), se encuentra completa-

mente renovada; pero *San Leonardo* (plaza de id.) ostenta agudo chapitel, algo parecido al bonitísimo y elegante de Santa María la Antigua de Valladolid. Próximo á San Leonardo se halla *Santa María de la Horta*, que primero perteneció á los Templarios y después á los Hospitalarios: su estilo es inferior al de la Magdalena. De la antigüedad de *Santo Tomé* quedan algunos restos. *San Salvador de la Vid* (plazuela de id.) ha perdido su antiguo carácter, y San Torcuato (calle de id.) es fábrica moderna.

Para terminar esta ligera reseña de los templos de Zamora, bien merece un recuerdo cariñoso el pequeño templo románico de *Santiago* (calle de Santa Clara), modelo en su género y verdadera joya de arte. Hállase tapiada la puerta principal, y las colaterales, una que da á la calle citada y otra á un patio, son de plena cimbra con seis columnas, tres á cada lado, adornadas con delicados capiteles. Sus tres estrechas y abovedadas naves, sus columnas con ricos y diferentes capiteles y sus ventanas con columnitas son de lo mejor conservado y bonito que he visto en su clase.

Desde los muros de la ciudad se contemplan *San Frontis*, que nada tiene de particular; la ermita del *Espíritu Santo*, fábrica de principios del siglo XIII; la preciosa y antiquísima ermita de *Santiago el Viejo*, y por último, *San Claudio*, parroquia del arrabal de Olivares, que yo no pude visitar; pero apoyándome en mediatos testimonios, he de lamentar que se halle embadurnada de pintura azul y amarilla la característica portada.

Acerca de monumentos civiles se hará especial mención del histórico *palacio de D.<sup>a</sup> Urraca* (plazuela de la Leña), contiguo á una puerta de la primitiva muralla que se llama del Arco de D.<sup>a</sup> Urraca y que hoy es un caserón casi arruinado que sirve de posada. También se habrá de citar *la casa de Ayuntamiento* (Plaza Mayor), del tiempo de Felipe IV; *el palacio episcopal* (plaza del Obispo), construído en el siglo pasado; *el hospital* (calle de la Rúa), de sólida y sencilla fábrica; *el hospicio*, antiguo palacio del Duque de Alba, con góticas molduras en sus ventanas, é interiormente con un patio espacioso, en el cual deben admirarse algunos medallones con artísticos



bustos; y la *Diputación provincial*, edificada hace unos veinte años, y cuya espaciosa escalera y salón de sesiones se hallan recargados, en particular la primera, de adornos de mediano gusto. Saliendo de la calle de la Rúa, se dirá que el gótico decadente domina en el *palacio del Marqués de Villagodio*, y del mismo estilo es la fachada de sillería de la casa de los *Momos* (plazuela de las Verduras), no careciendo de gusto los adornos de sus grandes ventanas y las columnitas que dividen sus vanos.

No terminaré el relato de mi visita á Zamora sin dar las gracias más expresivas á los buenos amigos que me acompañaron á todas horas, debiendo citar particularmente á D. Juan Martínez Villegas, príncipe de nuestros poetas satíricos. Cuando me despedí de mi queridísimo D. Juan, me dijo las siguientes palabras: «He recorrido el mundo antiguo y moderno, y en ninguna parte he encontrado una tierra más hospitalaria que Zamora, ni conocí hombres más buenos que los zamoranos». Tiene razón el insigne vate.

JUAN ORTEGA RUBIO.



# FEDERICO DE CASTRO

---

## I

¡Qué solitarios son los cuerpos humanos! decía el gran poeta Alfredo de Musset, pensando sin duda en la ingratitude de los que sólo ven en el trabajo gigantesco del pensamiento un epifonema de la materia viviente organizada. Y es que en este mundo triste, esos hombres que se deslizan como sombras, sin haber dejado tras sí la estela del estruendo, el interés de la pasión exacerbada, por la palabra como verbo, ó un rebaño de gente que más que á la amistad se deben al aduleo y á quienes una última genefluxión no parece del todo excesiva, esos hombres, digo, escapan á la mediocridad de la vida por una ventana sublime, la del silencio. Así D. Federico de Castro, últimamente desaparecido y que, como Sánchez Calvo y Ganivet, deja algunas páginas que pudieran servir de «breviario de las gentes honradas», como de los *Essais* de Montaigne pensaba el Cardenal de Perrón.

Estas lamentaciones apenas si tienen de amargas otra cosa que la forma, pero son muy al caso en un país donde á propósito de cualquier jefe de administración que por cualquier cohecho llega á altas privanzas acorazado con cuatro ó cinco placas, ganadas entre los expedientes polvorientos y las reales órdenes A y B, y el diputado que recomienda, y el ministro ante quien la espina dorsal, amaestrada para el caso, ensaya toda suerte de bajezas, las prensas gimen, requieren sus liras los ensartadores de rimas, y allí en las Cámaras alguien se lamenta de la muerte del insigne patricio *dechado de virtudes*, aun cuando en vida se le haya dado de éstas dos cominos, y *de probidad política*. ¡Oh, los *Comicios agrícolas* de Yonville-l'Abbaye son, por su universalidad, todo un símbolo!

Mas allá de la muerte está, y si no está yo pienso que debe estar, una mansión de reposo donde el espíritu de los hombres que como D. Federico de Castro, fueron incomprendidos de por vida, gozarán inefables bienaventuranzas. ¡Qué importa que «las cenizas de César sirvan hoy para rellenar las rendijas de un muro viejo» y que, lo mismo que una nube pasa y desaparece, así el hombre desciende á la tumba para no resucitar jamás!» Cuando se muere sobre las cimas del pensamiento, desdeñando esa absurda y obscura palingenesia que nada promete, el anonadamiento significa inmortalidad, eterna dicha. Morir así es, como dice Marco Aurelio, lo mismo que pasar de la infancia á la juventud y después envejecer.

O Mort, vieux capitaine, il est temps, ¡levons l'ancre!  
 Ce pays nous ennuie, ô Mort, ¡apareillons!  
 Si le ciel et la mer sont nous comme de l'ancre,  
 Nos cœurs que tu connais sont remplis de rayons!

Verse-nous ton poison pour qu'il nous réconforte!  
 Nous voulons, tant ce feu nous brûle le cerveau,  
 Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu'importe?  
 Au fond de l'Inconnu pour trouver du *nouveau!*

## II

No sé porque ni he intentado averiguarlo, si había en el profesor de Metafísica de Sevilla uno de esos hombres seguros, destinados por temperamento al análisis, que consiste en reducir una multitud de hechos esparcidos á tipos y leyes particulares por donde se explican modalidades del universo, ni tampoco si se podría atribuirle cualidades de filósofo fascinante: lo que desde luego advierto en D. Federico de Castro es un espíritu atento tan sólo á su cultura interior. «Que cada cual esculpa su propia estatua», decían los alejandrinos; ser lo más posible, añade Spinoza, y Baudelaire afirma que se debe llegar á ser un «grande hombre, un santo por sí mismo.» Pasar como pasó D. Federico de Castro, á través de las ideas y de los hechos, infinitamente curioso y atento, deslizarse suavemente hacia dentro, explorar lo inédito, gozar de todas las

sorpresas y emociones intelectuales, recoger la parte de verdad que exista en nuestra propia entraña, eso sólo lo realizan espíritus de un extraordinario vigor intelectual y de una vida interior intensa.

Habría mucho que filosofar sobre si de los hombres dignos de llamarse así en los tiempos venideros quedará más lo que escribieron que lo que pensaron y no escribieron. Algún La Rochefoucauld de baja extracción—malos engendros del pesimismo—resolvería este problema enunciando tal ó cual máxima ó pensamiento de esos que por su contenido y composición me recuerdan unos alfeñiques muy bien envueltos en papel de plata, que siendo colegial compraba yo por dos céntimos, y que venían á ser vulgares caramelos de peor sabor que los caramelos vulgares. Prefiero dejar á la experiencia correr en pos de esta y de otras cuantas soluciones. Enrique David Thoreau escribe y con sus palabras estoy de acuerdo: «Ser filósofo no sólo es tener pensamientos útiles, fundar una escuela, sino amar la sabiduría hasta vivir según sus leyes una vida de independencia, de sencillez, de generosidad y de deber. Es resolver los problemas de la existencia, no sólo teóricamente, sino en la práctica.» No basta, para penetrar en los linderos de la filosofía, tener solamente talento, es menester poseer virtudes. No esas virtudes gregarias capaces de ser trasmutadas por cualquier *dilettanti* de última hora, sino esas otras positivas que responden á un proceso interior de concentración y que hieren la realidad como dardos de luz, de donde surge la rigurosa y única forma.

La obra de D. Federico de Castro es la manifestación más característica de esta magnífica fuerza de un espíritu que veía con exactitud y traducía con concisión y profundidad maravillosa. Tiene lo que pocos expositores de filosofía española; esto es, una gran flexibilidad y fluidez tecnológica. Son raras en filosofía visiones intelectuales tan agudas como las de don Federico de Castro. Y es que hay alguna dificultad en eso de romper la neblina y sorprender exactamente el verdadero contorno de la realidad. Todo fenómeno lleva en sí ciertos caracteres, ó para expresarme por una imagen, ciertos contornos que lo limitan y definen en su exacto, real y único

modo de ser. Solamente que los preconceptos, la ignorancia, la rutina y sobre todo la ilusión, forman en torno de él una tan espesa niebla que deforma los contornos é impide á la visión intelectual divisarlo en su verdad.

### III

Los profesores de filosofía eran para Schopenhauer, á excepción de Kant—y yo participo de esta creencia,—unos insufribles charlatanes, tan bien llevados con la vida que apenas si les queda tiempo á meditar sobre los problemas múltiples de su competencia. Hombres tirados á cordel, de vida ordenada, á quienes me guardaré muy bien injuriar, pero de quienes nunca seré mayor devoto. D. Federico de Castro era, por el contrario, según me ha referido mi buen amigo don Domingo Barnés, un hombre tan desordenado en su vida material como ordenado lo era en la moral.

En el «reino de las libertades», dice Guyau, el buen orden procede precisamente de la falta de plan preconcebido. La verdadera autonomía debe producir la originalidad individual, no la universal uniformidad. Nietzsche lanza «á seis mil pies sobre el nivel del mar más allá del hombre y del tiempo» una «fórmula suprema la más alta que se puede concebir de triunfante afirmación»; la «voluntad de poder y de dominar», la «trasmutación de todas los valores» y esas «profundas leyes de la conservación y de la creencia que exigen que cada uno se invente su virtud, su imperativo categórico». Y aunque no esté muy de acuerdo con estas y otras afirmaciones por el estilo, «fuerza es confesar» (este giro tenía cierta ligereza veinte años ha) que un filósofo sólo puede arribar á ciertas conclusiones en nombre de la más absoluta independencia, y ser independiente es oponerse al prejuicio que se erige, al error que se petrifica, á la moral de circunstancias; es ser, en una palabra, desordenado.

«De toda esta serie de reflexiones, dice Schopenhauer, nace un humor algo melancólico, el aspecto de un hombre que vive solo con una gran pena y que desde entonces des-

precia los pequeños dolores y los placeres efímeros.» Sí, de todo este continuo luchar contra la mediocridad ambiente nace en los hombres una tristeza que, como la de Juan Jacobo, está compuesta de la esencia de muchas, de demasiadas cosas quizás, y ese escepticismo desolador que agosta las más preciadas flores del entendimiento. Aquí en España los introductores del krausismo—Sanz del Río, Giner y don Federico de Castro—fueron víctimas durante algún tiempo de la chacota y del desprecio. Pero como las ideas recorren siempre un proceso ascensional, de abajo á arriba, que nadie puede atajar, el krausismo pasó á constituir estado de conciencia, á infiltrarse en las obras de derecho y de filosofía que escribían aun los más opuestos á tal corriente.

Una filosofía nueva es por lo menos una conjetura nueva, que va á unirse al inmenso montón de conjeturas ya existentes. Así, todos los que, como D. Federico de Castro, han contribuído á la propaganda de nuevos ideales y, remontando los cabos desiertos y áridos de la antigua filosofía, emproaron sus naves hacia las costas del pensamiento alemán, merecen bien de la humanidad.

Cuando se ha hecho algo tan positivo como eso, puede uno morir tranquilo y en medio del silencio de las gentes. Porque al cabo la vida, como decía Alfredo de Vigny, no es sino un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

---





# ESPERANDO EL DE LAS OCHO Y MEDIA... (1)

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

---

## ACTO ÚNICO

### PERSONAS:

D.<sup>a</sup> ISABEL.  
MERCEDES.  
MANOLO.  
TÍO JEROMO.

*Sala de quinta campesina. Al fondo galería de cristales que da acceso á una terraza. Puertas á derecha é izquierda.*

### ESCENA PRIMERA

D.<sup>a</sup> ISABEL y después MERCEDES y TÍO JEROMO.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*sola*).—Las cuatro y esa chiquilla sin volver. En saliendo á paseo, ya se sabe, pierde la cabeza. Después de todo, es la única distracción que tiene aquí. Salir de paseo y besar las pobres flores que crecen en el jardín.

MERCEDES (*que entra vestida de amazona, sencillamente, como corresponde á una excursión campestre, y seguida de Tío Jeromo*).—Adorable paseo, querida tía.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Adorable, pero largo. Ya comenzaba á pensar si os habría ocurrido algo.

MERCEDES (*sonriendo*).—Tú tan miedosa como siempre.

---

(1) Esta quisicosa, escrita en unas horas, sin finalidad ulterior alguna, tiene todos los defectos que exornar suelen las producciones de esta especie, y si la publico hoy, lo hago por tener de qué avergonzarme ante mí mismo. En esto digo como Hamlet: «Hay algo que es más que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo».

Demasiado sabes que viniendo conmigo tío Jeromo no hay peligro ninguno.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Como que te iba yo á dejar sola con lo loca que eres. Bien puedes estar segura de que si no fuera por la confianza que tío Jeromo me inspira...

TÍO JEROMO (*dando vueltas al sombrero entre las manos*).—La señora puede seguir en esa confianza. En mi compañía no le pasará na malo á la señorita.

MERCEDES.—Estás cada día más inspirado, tío Jero. Te debo ya cuatro abrazos, dos de hoy y dos y medio del otro día.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Sí, mucho amor, muchas zalamerías, pero en cuanto te parece, á reñirle por las cosas más nimias.

MERCEDES.—Y estoy segura de que no duerme tranquilo sin mi reprimenda.

TÍO JEROMO.—Como que cuando la señorita no me ice na me paece que es que no le valgo pa maldita la cosa. (*Dirigiéndose á D.<sup>a</sup> Isabel.*) Misté, señora, en vida de su papá, que esté en gloria, se divertía arrancándome los pelos á puños. (*Enséñale el cráneo calvo.*) Justo es que ahora se divierta con otra cosa.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—No, no necesita usted decírselo. Ya lo hace ella bien.

TÍO JEROMO (*haciendo ademán de retirarse*).—¿Manda algo la señora?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—No. (*Sale el Tío Jeromo.*)

MERCEDES (*llamando*).—¡Tío Jero!

TÍO JEROMO.—¿Desea algo la señorita?

MERCEDES.—Pásate por el *chalet* de las de Caunedo y pregunta por Elenita de mi parte.

TÍO JEROMO.—Bueno, señorita.

MERCEDES.—Tú te encargas de retirar, antes de que se ponga el sol, las macetas de camelias.

TÍO JEROMO.—Sí, señorita. ¿Manda algo más la señorita?

MERCEDES.—Nada más... ¡Ah, sí! Ya que vas cerca de la estación, llégate á preguntar si vino un paquete del Bazar Inglés para mí. (*Á D.<sup>a</sup> Isabel.*) Es la falda que le voy á regalar á la hija del guarda-campo. (*Á Tío Jeromo.*) Márchate cuando quieras. (*Sale el Tío Jeromo.*)

## ESCENA II

D.<sup>a</sup> ISABEL y MERCEDES.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¡Pobre hombre! El mejor día lo metes á modo de sombreros.

MERCEDES.—¡Pero, tía, si ahora no tenía nada que hacer!

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Ya lo sé. Es que viéndote mandarle todo ese cúmulo de cosas, recuerdo á mi pobre hermano que se pasaba la vida haciéndole ir y venir.

MERCEDES.—¡Qué quieres! Cuestión de herencia. Ahora todo se hereda, enfermedades, tendencias, maneras de ser, todo, todo menos el dinero.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Pues no eres tú quien más puedes quejarte.

MERCEDES.—No, quejarme no; pero á pesar de eso estoy, por las trazas, condenada á no casarme nunca. ¡Sí vieras, tía, qué triste es la palabra nunca á los veintidós años! Hay veces que hasta pienso en anunciarme en casa de D. Felipe Jiménez, calle de Calvo Asensio; discreción y reserva; todas se casan.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¡Vaya unos disparates! ¡Pues no faltaba otra cosa!

MERCEDES.—¡Faltar! Y tanto como falta. Á la edad de mi tía se llaman disparates estos pensamientos. Consolémonos.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¡Ese imbécil de Manolito! ¡Renunciar á una prima tan monísima.

MERCEDES.—¡Manolito! La última vez que escribió, lo recuerdo perfectamente, hace cerca de dos años.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¡No exageres, Mercedes!

MERCEDES.—¡Exagerar! Ajuste usted la cuenta.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Debe estar ocupadísimo con ese negocio que tiene en Madrid.

MERCEDES.—¡Altos negocios de Estado que están siempre á siete estados bajo tierra!

## ESCENA III

D.<sup>a</sup> ISABEL, MERCEDES y TÍO JEROMO.

TÍO JEROMO (*entrando con un telegrama en la mano*).—Un papel pa la señora. (*Se lo entrega y sale.*)

D.<sup>a</sup> ISABEL (*leyendo*).—De Manolo.

MERCEDES.—Parece cosa de comedia.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—«Obligado á pasar para Galicia, detendréme en ésa unas horas para abrazaros. Manolo.» (*Con aire de melancólica alegría*) Hace dos años que estoy esperando este abrazo.

MERCEDES.—Pues nunca fuera un abrazo de damas tan esperado. ¿Y cuándo llega?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Supongo que mañana.

MERCEDES.—Por el telegrama se sabrá.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Tienes razón. (*Leyéndolo de nuevo.*) Está fechado en el camino, en Segovia.

MERCEDES.—Pues entonces no tarda ni media hora en llegar. Lo extraño es que no se haya anticipado al telegrama.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*levantándose y acercándose á Mercedes*).—No me digas que no te ha impresionado la noticia.

MERCEDES.—Horrorosamente. Si te parece, podemos mandar á tío Jero en busca del médico.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*en tono de reconvención*).—Vamos, Mercedes, no seas niña. Manolito te ama desde que eras pequeña, desde que bailabas con él en el salón de retratos.

MERCEDES.—¡Qué cosa más cómica eso de los amores precoces! ¡Ser el Mozart de una sinfonía pasional en que á lo más que se llega es al *minuetto* para después no recordar en la vida ni un solo motivo de *adagio* con que comenzara! ¡Delicioso! Tanto por lo menos como quemar de nuevo á Roma para encender, por ejemplo, un pitillo.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Chica, estás hasta elocuente.

MERCEDES.—Si que también impresentable. ¡Con esta cara morenucha! Por supuesto que la culpa la tengo yo. Tanto sa-

lir de paseo al sol... (*Pausa.*) ¿Sabes, tía, que estoy pensando una cosa?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Tú dirás.

MERCEDES.—Que para las pocas horas que va á estar aquí, podías excusarme.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Pero mujer, ¿te has vuelto loca?

MERCEDES.—No, nada de locuras; lo que quiero es seguir tranquila y no preocuparme de la promesa de una hora.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Pero...

MERCEDES.—¡Yo te lo suplico, tía!

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Y si me pregunta por ti, ¿qué le digo?

MERCEDES.—Pues si te pregunta le dices que estoy casada, que soy feliz, que tengo doce hijos. No quiero dar lugar á esa lástima que sienten todos los hombres por la mujer que espera y espera lo que casi nunca viene. (*Sale*)

#### ESCENA IV

D.<sup>a</sup> ISABEL y MANOLO.

MANOLO (*entrando en traje de viaje*).—¡Mi querida tía! (*Abrázala.*)

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Por fin te vuelvo á ver en mis brazos. Ya creí que no llegaría ese día.

MANOLO.—He llevado una vida agitadísima. Apenas si me quedaba tiempo para nada.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¡Cuando bien se quiere!... Á propósito de querer, tengo que ajustarte una cuentecita. Por aquí se ha dicho que eras novio de una de las de Cebrián.

MANOLO.—Lo menos hace un año que no me trato con tal familia. Nunca haga usted caso de los dichos del vulgo.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Nada de vulgo. Se lo mandaron á decir á las de Caunedo, que han sido las que nos lo dijeron á nosotras.

MANOLO.—Pues créame usted que no hay nada. Sin que llegue por puritanismo á desdeñar á esas ni á otras mujeres.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Especialmente á las ajenas. Siempre la atracción de la manzana prohibida.

MANOLO.—No lo niego. (Encuentro preferible galantear á una mujer casada, porque al menos sabe ya lo que le va á suceder, y puede detenerse en el camino si quiere.) En cambio, la soltera es una mujer indefensa que todo lo ignora y á quien un sentimentalismo bien conducido basta para despeñarla en esa sima donde espanta la crueldad de las leyes humanas. Ya no por bondad, puesto que el bien meramente prescrito no es bien, sino porque me parece ese proceder tan cobarde como el de quien esperase á uno en la escalera para empujarlo violentamente sin darle tiempo á que se defendiese.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Es una moral especial.

MANOLO.—Es la verdadera moral, admitiendo que las cosas son como son y no pueden ser mejores de lo que son.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Supongo que no sostendrás esas teorías el día de tu casamiento.

MANOLO.—Presumo que no llegará ese día.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¡Cállate, mala persona! Cuando pienso que por tí ha podido penar una mujer ni un solo momento.

MANOLO.—¡Ah!... Su sobrina... la hija del coronel don Enrique Menéndez de la Torre y Benamejí, condecorado con la cruz de San Hermenegildo, con la blanca del Mérito Militar... y no recuerdo cuántas cruces más había hasta los etc., etc. La última vez que la vi fué en la boda de Joaquín. ¿Ahora está con usted?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Sí.

MANOLO.—Me choca mucho eso que me dice de que no cesa de llorar...

D.<sup>a</sup> ISABEL.—De que no cesa no, de que hubo una temporada en que no cesaba...

MANOLO.—Siento que haya rehusado por mí algún partido brillante.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Ya no rehusará más.

MANOLO.—Convengamos en que realmente no había el más leve motivo que abonara esta historia pasional. (*Se levanta y después de una pausa dice.*) ¿De modo que su sobrina está casada?

D.<sup>a</sup> ISABEL (*afectando naturalidad*).—Creo que ya te lo dije.

MANOLO.—¿Y está aquí?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—No sé qué interés puedes tener en eso.

MANOLO.—¡Interés! ¡interés! (*Pausa.*) Pues bien, sí lo tengo. Lo tengo, y ante la idea de encontrar abierta aquella flor de la que sólo conocía el capullo, mi corazón palpitaba emocionado.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Veo que degeneras en lírico.

MANOLO.—Jamás he dejado de serlo. Y lo soy, porque la imaginación es lo único que mata el hastío. Lo soy... Bueno, dígame dónde está Mercedes.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¿Cómo? ¿Recuerdas su nombre?

MANOLO.—Sí... lo recuerdo todo. (*Va hacia la galería de cristales y mirando al jardín dice:*) Y todo me habla de ella, las flores, el ambiente, la inenarrable melodía que modula la brisa al pasar por entre las hojas de los árboles.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Pero, hijo mío, cambias de pensamiento en un cuarto de hora.

MANOLO.—De eso está hecha la vida, de cuartos de hora. Lo que importa es llegar siempre anticipadamente en busca de los agradables.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*aparte*).—Después de todo ¿por qué no acceder á su petición, cuando todo esto no deja de ser una broma? (*Alto.*) Pues bien, la llamaré.

MANOLO.—Le agradecería que ante todo me condujese á un tocador donde poder arreglarme. Me parece un poco incorrecto esto de presentarme de cualquier manera.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Por Mercedes excusas hacerlo. Ahora, si tú tienes empeño (*señalándole la puerta de la izquierda*), ahí encontrarás lo necesario.

## ESCENA V

D.<sup>a</sup> ISABEL y MERCEDES.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*abriendo la puerta de la derecha y llamando*) — ¡Mercedes! ¡Mercedes! (*Vuelve al comedio del escenario.*) Veremos á ver si de este modo cae.

MERCEDES (*sencilla pero elegantemente vestida*).—¿Ha marchado?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Todavía no.

MERCEDES (*después de una pausa*).—¿Y te habló de mí?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Sí.

MERCEDES.—¿Y qué le has dicho?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Lo convenido... que estabas casada. De los doce hijos ni palabra. Comprenderás que era inverosímil.

MERCEDES.—¿Y él entonces?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Me rogó que influyera cerca de ti para que te presentases.

MERCEDES.—¿Supongo que habrás rehusado?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Al contrario. He aceptado. Te aseguro que está propicio á hacerte el amor.

MERCEDES.—Pero, tía, eso es una locura. ¿No ves que estoy casada?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Justamente, por lo mismo que estás casada. No creas que esto es una contrariedad.

MERCEDES.—Pero ¿casada con quién?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Con un Sr. García ó Gómez cualquiera, y si prefieres un nombre más sonoro, coge el del antiguo propietario de esta casa, D. Telesforo Butragueño. Supongo que no se levantará de la tumba á reclamar derechos. (*Acercándose á Mercedes y en voz más baja.*) Y si te hace el amor por lo serio... déjalo.

MERCEDES.—¡El amor á mí!... (*Con tristeza resignada.*) Le soy antipática.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*sonriendo*).—Nunca fué ésa una razón.

MERCEDES.—¿Y si pide que lo presentemos á mi marido?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Pues se le dice que anda de caza y que no volverá hasta la noche. Manolo tiene que tomar el tren dentro de unas horas.

MERCEDES (*aparte*).—Estoy impaciente por encontrarme con él.

## ESCENA VI

D.<sup>a</sup> ISABEL, MERCEDES y MANOLO.

MANOLO (*aparte*).—Vaya, ya estoy un poquito más presentable. (*Reparando en Mercedes.*) ¡Encantadora! (*Á D.<sup>a</sup> Isabel.*) Hágame usted el favor, tía, de presentarme de nuevo á Mercedes.



D.<sup>a</sup> ISABEL.—Con mucho gusto. (*Haciendo las presentaciones.*) Mi sobrina (*con deajo irónico*) la señora de Butragueño. Mi sobrino Manolo.

MANOLO (*á Mercedes*).—Señora, si no hubiera sabido que era usted, seguramente me hubiese sido imposible reconocerla. Es triste que la mujer que uno amó primero sea ahora...

D.<sup>a</sup> ISABEL (*continuando la frase*).—La mujer de otro.

MANOLO (*aparte*).—¡Prodigiosa transformación la que ha sufrido esta chiquilla! (*Á Mercedes.*) ¿Y habita usted aquí con mi tía ó está accidentalmente?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Mercedes habita aquí.

MANOLO.—Es un país admirable. Siento no haberlo conocido antes.

MERCEDES.—No será porque le faltaron invitaciones.

MANOLO.—Llegó el momento del desquite.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Manolo, no te olvides de que dentro de poco tienes que tomar el tren.

MANOLO.—Todavía falta más media hora. Esperaré á tener el gusto de saludar al señor Butragueño. (*Aparte.*) Á ver qué cara tiene ese individuo.

MERCEDES.—Le advierto que mi marido está de caza y no volverá hasta las ocho.

MANOLO ( *fingiéndose indignado*).—Es imperdonable eso de abandonar á una mujer tan bonita.

MERCEDES.—No. Su salud lo exige.

MANOLO (*aparte*).—Debe ser un cualquiera.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Manolo, yo creo que no debes exponerte á perder el tren.

MANOLO (*con resolución*).—Estoy dispuesto á perderlo todo.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¿Cómo?

MANOLO.—Sí. He reflexionado que sería inconveniente marchar sin conocer al señor Butragueño.

MERCEDES.—¡No faltaba más! Yo le manifestaré el sentimiento que ha tenido usted en no conocerlo.

MANOLO.—De ningún modo. Sería una tontería no aprovechar esta ocasión que se me presenta para estrechar la mano

de su marido, de un casi pariente mío... Sí, decididamente me quedo. (*Aparte.*) ¡Como que voy á marcharme sin conocer á ese tío! (*Á Mercedes.*) ¡El señor Butragueño es fumador?

MERCEDES (*titubeando.*)—Sí... sí...

MANOLO.—Traigo ahí en la maleta unos cigarros regulares. Á ver qué tal le parecen. (*Sale por la puerta derecha en busca de los cigarros.*)

MERCEDES (*mirando á su tía con actitud abatida.*)—¿Y ahora qué vamos á hacer? Como no fabriquemos un marido en dos minutos...

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Tienès razón.

MERCEDES.—Como si no la tuviera. En buen lío nos hemos metido.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*después de una pausa larga y como acometida de una idea súbita.*)—No... Tú quédate acompañando á Manolo.

MANOLO (*que entra con una caja de puros en la mano.*)—Veremos á ver lo que opina de estos cigarros el señor Butragueño.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*á Manolo.*)—El segundo tren no sale hasta las ocho y media. Voy á decir que nos suban la comida pronto. (*Sale.*)

## SCENA VII

MANOLO y MERCEDES.

MANOLO (*aparte.*)—Respetaremos los derechos inalienables de la familia. Me abstendré de hacer el amor á esta joven... porque sería perder el tiempo. (*Á Mercedes, que estará sentada frente á él.*) De modo, señora, que ama usted el campo.

MERCEDES.—Mucho.

MANOLO.—Y el señor Butragueño sin duda participa del mismo amor.

MERCEDES.—Hasta el fanatismo.

MANOLO.—Sin embargo, el campo es aburrido no dedicándose á algún *sport*.

MERCEDES.—Salgo mucho á caballo.

MANOLO. — Dichoso quien puede pasear en compañía tan agradable.

MERCEDES. — No recomiendo á nadie eso de gozar mancomunadamente de lo bello. (*Pausa.*)

MANOLO. — En el invierno ¿vive usted en Madrid?

MERCEDES. — Como todo el mundo.

MANOLO. — Sería un inmenso dolor para la sociedad que usted huyese de ella.

MERCEDES. — ¡Oh, la sociedad!

MANOLO. — Me imagino el orgullo del señor Butragueño en poseer prenda tan hermosa.

MERCEDES. — Al menos él no lo da á entender.

MANOLO. — Debe ser un tipo encantador. Aunque no sea más que por haber sabido apreciarla.

MERCEDES. — Creo que el saber apreciar no sea una prueba de gusto. ¿Cómo juzgaría usted entonces á los que yo les desagradase?

MANOLO. — ¿Desagradar usted? ¡Imposible!

MERCEDES (*sonriendo*). — Conozco, sin embargo, quien...

MANOLO. — Será porque le haya mirado á usted mal. Será (*con entusiasmo*) porque no se haya fijado en ese talle lleno de encantadora gracia, de chispeante malicia.

MERCEDES ( *fingiendo molestia*). — Caballero, no puedo admitir semejante galanteo. Sólo mi marido tiene derecho á usar de él.

MANOLO (*con resolución*). — ¿Pero ama usted á su marido?

MERCEDES. — Con locura.

MANOLO (*aparte*). — Hay más mujeres virtuosas de lo que se cree.

(*Entra D.<sup>a</sup> Isabel seguida de Tío Jeromo en traje de levita.*)

## ESCENA VIII

MERCEDES, MANOLO, D.<sup>a</sup> ISABEL Y TÍO JEROMO.

MERCEDES (*aparte y reprimiendo la risa*). — ¡Oh, qué horror!

MANOLO (*hablando consigo mismo*). — Será un invitado.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*acercándose y haciendo las presentaciones*). — Mi sobrino Manolo. El marido de Mercedes.

MANOLO (*estupefacto*).—¡Eh!... (*Recobrando su sangre fría.*) Señor... Mucho gusto. Puede usted disponer de mi amistad.

TÍO JEROMO (*saludando ceremoniosamente y después de unos rodeos se decide á hablar*).—¿Está usted bien? (*Extrañeza en Manolo.*)

D.<sup>a</sup> ISABEL.—¿No te dije que el Sr. Butragueño había pasado la mayor parte de su vida en el extranjero? De ahí ciertos giros extraños á la lengua (*Bajo á Tío Jerónimo.*) Hablad lo menos posible.

TÍO JEROMO.—Comprendido.

MANOLO.—¿De modo que habrá usted viajado mucho?

TÍO JEROMO.—Sí.

MANOLO.—Seguramente tendrá usted interesantes recuerdos de su vida de viajero.

TÍO JEROMO.—Sí.

MANOLO (*aparte*).—Lo que es de charlatán no tiene mucho este ciudadano. (*Á Tío Jerónimo.*) De modo que en recompensa á una vida tan agitada ha venido usted á descansar al campo. La calma después de la tempestad, el oasis después de los desolados arenales del desierto.

TÍO JEROMO.—Sí.

MANOLO (*aparte*).—Pues si es esto todo lo que habla. . (*Va hacia la mesa donde dejó la caja de puros y la coge*). Me permito ofrecerle un cigarro que creo le agradará.

TÍO JEROMO (*tomándolo*).—El señor es demasiado amable. No sé si debo. .

MANOLO.—Pero si tiene tipo de criado.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*bajo á Mercedes*).—No debemos prolongar más esta situación. (*Á Tío Jerónimo.*) Por Manolo no alteres tus costumbres. (*Á Manolo.*) Butragueño tiene el hábito de acostarse un poco antes de comer.

MANOLO.—Pues que no sea yo obstáculo. (*Aparte.*) Sí, sí, que se vaya y que me deje con su mujer.

TÍO JEROMO.—No es más que una siestecica.

MANOLO (*tendiéndole la mano*).—Pues dormir bien y hasta luego.

TÍO JEROMO (*se mira la mano, la frota en el pantalón y por fin se la tiende*). Hasta un ratico. (*Sale.*)

## ESCENA IX

MERCEDES, D.<sup>a</sup> ISABEL y MANOLO.

MANOLO.—¿En qué países ha estado el señor Butragueño?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Donde más estuvo fué en países salvajes, y sobre todo el medio obrero en que siempre ha vivido explica sus modales un poco bastos...

MANOLO.—Sí... bastante bastos...

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Es un hombre que tiene el buen tino de reconocerse. Esto fué lo que me hizo concederle la mano de Mercedes sin vacilar, aparte de que posee sólidas cualidades.

MANOLO (*aparte*).—Sólo faltaba que no tuviese dinero.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Es un corazón de oro. ¡Y una inteligencia!

MANOLO.—¿Conque inteligencia, eh?

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Es verdad que no habla casi nunca y cuando habla habla mal, pero todo lo comprende. Es una enciclopedia ambulante.

MANOLO (*irónicamente*).—Vamos, el diccionario de Montaner y Simón.—Claro es que a su edad bien puede uno dársele de erudito.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Su edad es lo que más me agrada. Un marido demasiado joven siempre es un peligro para la mayor parte de las mujeres.

MANOLO (*agresivo*).—Eso depende de la manera de ver la cosa.

D. ISABEL.—Te advierto que puede desafiar á la mayoría de esos sistemeros que pululan por ahí. Es valiente y audaz. Yo haré que te cuente cómo hizo huir á doce negros que lo asaltaron en un camino allá en América.

MANOLO.—¡Demonio!

MERCEDES.—Al menos del brazo de un hombre valiente va una segura.

MANOLO.—Efectivamente, un marido de ese calibre puede servir muy bien para el caso de que una docena de cafres atenten contra usted, frente al ministerio de la Guerra, por ejemplo.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Prefiero un hombre que sepa defender á una mujer que no uno que sólo la sepa galantear.

MANOLO.—Permítame que le responda, mi querida tía, que todos los galantes, para emplear su expresión, no son cobardes, y que yo conozco á quien para defender á una mujer no necesita haber hecho huir á hotentotes de ninguna especie.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Sí, mucho hablar, pero cuando llega el momento ni media palabra. (*Pausa.*) Con tu permiso, voy á ver cómo anda la gente en la cocina. (*Aparte.*) Amigo mio, ya que la pimienta del peligro te excita, la serviré hasta en la comida.

## ESCENA X

MANOLO y MERCEDES, después Tío JEROMO.

MANOLO.—La verdad es que mi tía no me conoce ni poco ni mucho.

MERCEDES.—¿Por qué?

MANOLO —Pues por esa insistencia en mostrarme á su marido como un monstruo temible, capaz de impedir, por ejemplo, que os haga el amor.

MERCEDES.—¿Tenía usted esa intención?

MANOLO —Algo más que intención, propósito. Sin embargo, los arranques del señor Butragueño...

MERCEDES.—No crea usted nada de eso. Se trata de un hombre de mundo que guarda para todo la más absoluta indiferencia. Ahora, lo que no veo por ninguna parte es nada que me dé cuenta de su simpatía hacia mí.

MANOLO.—¿De modo que no le tengo simpatía? (*Asombrado.*)

MERCEDES.—Claro que no.

MANOLO (*después de una pausa y mirando á Mercedes fijamente*). —¿Pero está usted segura de lo que acaba de decir? ¿Está usted segura de que en mi amor, en la pureza de este amor que yo no quise jamás contaminar pensando que para siempre nos uniría, hay algo de vanidad, de esa vanidad que no faltará nunca aun con la ausencia más completa de razón

para tenerla? ¿Está usted segura de que mi alma no vibra en presencia de la vuestra?

MERCEDES (*simula estar incomodada*).—¡Caballero!.. Le ruego...

MANOLO.—¿Todavía duda usted de mí?

MERCEDES.—Dudo porque para ciertos hombres amar á las mujeres de otros es un juego. Yo no sé fingir y por eso mismo no acostumbro á querer por temporadas, y sobre todo, á dejarme llevar de palabras engañosas. Usted no me ama. Está en su derecho. No se canse, pues, repitiéndome hermosísimas frases, cuyo efecto sobre mí es absolutamente nulo. Adivino que para todas son las mismas. Sentiría que esto nos alejase efectiva y afectivamente.

MANOLO.—Mercedes, el placer del amor es amar y es uno más dichoso por la pasión que siente que por la que inspira. Si, seguire amándola. La única palabra, la única verdad que hoy para mí tiene alma, es amor.

MERCEDES.—Verdad... sin serlo. Cuando mi tía me hablaba de usted como de algo que en lo porvenir me esperaba, lo concebía en mi imaginación como algo ideal, é inconscientemente pensaba en usted, pensaba en conocerlo y depositaba en esa evocación todas mis ilusiones de joven y de enamorada.

MANOLO.—¿Y ama usted á ese hombre, que más que marido parece un ogro?

MERCEDES (*reprimiendo una sonrisa*) —Sí.

MANOLO.—No es posible, no hay uniones más legítimas que las que impone una verdadera pasión. Sería morir de risa, si no fuese llorar de rabia, el pensar que ése es su dueño. Dígame usted francamente si lo ama.

MERCEDES.—Lo amo.

MANOLO.—No, no me dice usted la verdad. Me parece que estoy presenciando un acto de vandalismo y el sentimiento estético que vive en mí se revela contra un tal despojo, como si viese destrozar un mármol de Fidias ó un cuadro de Rafael.

MERCEDES.—No lo creo. Me ama usted sólo porque soy de otro.

MANOLO.—Le digo que no. Créame, estoy loco de amor y en amor no debe creerse más que á los locos. (*Arrodillándose ante ella.*) El fuego palpitaba bajo la ceniza del tiempo y hoy estalla de nuevo el incendio.

(*Entra Tío Jeromo. Movimiento de sorpresa.*)

TÍO JEROMO.—Con perdón. Vengo á buscar el libro de cuentas que la seño... que mi tía ha dejado sobre la mesa. (*Fijándose en el polvo que en la rodilla tiene Manolo y sacudiéndoselo.*)

MANOLO.—¡Oh, no se moleste! ¡Gracias!

TÍO JEROMO.—De nada, de nada

MANOLO.—Pero, querido señor, ¡por Dios! Es demasiada amabilidad. (*Aparte*) Debe tener sangre de lacayo en sus venas.

TÍO JEROMO.—La comida estará dentro de un momentico. (*Sale.*)

MANOLO (*mirando á Mercedes estupefacto*).—Pero ese hombre...

MERCEDES.—Creo que no puede ser más simpático.

MANOLO.—Á mí me parece sencillamente repugnante, y si es usted sincera no podra negarme que le pasa lo mismo.

MERCEDES.—El poeta dijo que todo es

según el color  
del cristal con que se mira.

MANOLO.—Pero es imposible que con ese hombre se haya usted casado más que por engaño. (*Pausa, y en tono sentimental.*) ¡Pobre niña, joven y condenada por esa unión á la tristeza de la vida sin amor! Ahora que en su camino ha encontrado un corazón capaz de comprenderla, un hombre que, como yo, ama todo lo que de algún modo es grande ó solemne y que se embriaga con la melancolía que irradia de esos ojos serenos y llenos de luz como los de una virgen. ¡Ah, perdóneme!... (*Arrodillase de nuevo ante ella.*) Nunca creí que pudiera amarse como yo en este momento amo.

MERCEDES.—¡Manolo, te suplico...

MANOLO (*tomándole una mano y besándosela*).—¡Ah! ¡Conque me llamas Manolo, conque me amas ya!... (*Aparece Tío Jeromo en la puerta izquierda.*)



## ESCENA XI

MERCEDES, MANOLO, TÍO JEROMO y D.<sup>a</sup> ISABEL.

TÍO JEROMO (*entra diciendo*).—La seño , mi tía me mandó buscar unos anteojos. (*Al ver á Manolo arrodillado, cruza los brazos sobre el pecho, adopta una actitud tragicómica y mira á los dos furiosamente.*)

MERCEDES (*aparte*).—¡Pobre viejo, qué feo se pone!

MANOLO (*después de una pausa*).—Ante todo, señor, sepa usted que Mercedes no es la culpable (*Silencio en Tío Jeromo*), y como todo esto me concierne, estoy á su disposición. (*Silencio en Tío Jeromo.*) No hay necesidad de discutir. Acepto desde luego todas las condiciones. (*Tío Jeromo permanece un minuto inmóvil en la misma postura, haciendo rodar furibundamente los ojos en las órbitas; da una vuelta sobre sus talones y sale bruscamente.*)

MANOLO (*indignado*).—¡Y todo eso es lo que se le ocurre—! No puedo de ningún modo consentir que permanezca usted un momento más bajo la tutela de este imbécil.

MERCEDES (*aparte*).—Ahora es verdad que me ama.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*entra azorada*).—¿Qué pasa, Dios mío? Tu marido se ha puesto hecho un loco? ¡Él, que es tan modoso! ¡Dios mío, qué arma estará buscando?

MANOLO (*con calma*).—No se inquiete usted. Estoy dispuesto á no dejarme comer crudo.

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Pero (*Señalando á Mercedes*) ¿y ella?

MANOLO.—¡Ella!... ¡Desgraciado si se atreve á tocarla, no digo tocarla, ni hacerle la más pequeña observación!

D.<sup>a</sup> ISABEL.—Te apoderas de derechos que no te pertenecen.

MANOLO.—Me abrogo el del amor, que es ley suprema.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*aparte*).—No creí que estaba tan enamorado. (*Oprime un timbre.*)

TÍO JEROMO (*entra vestido de criado*).—La señora está servida.

MANOLO (*dando un grito*).—¡Oh!...

D.<sup>a</sup> ISABEL (*riendo*) —Nada. Es que la vida tiene cosas más teatrales que reales. Ya ves, estábamos representando una comedia, y tú no te has enterado hasta ahora. Tengo el gusto de presentarte á Tío Jeromo, antiguo criado de la casa.

MANOLO (*á Tío Jeromo*).—Permítame que le abrace, ya que tan bien supo conducirme á la felicidad.

D.<sup>a</sup> ISABEL (*al público*).—Y ¿hora, vosotras, jovencitas de quince á veinte años, si queréis que los hombres no os tengan lástima, esa lástima triste, como al comienzo de esta fabulación decía mi sobrina, representad el papel de casadas con un criado viejo, aunque sólo sea por una hora.

## TELÓN

P. G. B.

Noche del 27 de Noviembre de 1899.

---

# EL EMPERADOR ENRIQUE III

## Y EL PAPA GREGORIO VII

Los *Enrique*, lo mismo que los *Federico*, son los más insig-  
nes Emperadores romano-germánicos, distinguiéndose entre  
aquéllos el Emperador *Enrique III*, cuyo glorioso nombre os-  
tenta la *Walhalla*.

Era Enrique III el segundo Emperador de la estirpe de los  
Francos sálicos, hijo de Conrado II, cuyo valor y amor á la  
justicia había heredado, debiendo á su madre Gisela, hija ma-  
yor del Duque Armando de Suabia, la clemencia y la afición á  
los estudios. Era alto de estatura, su cutis era atezado, su fiso-  
nomía simpática. Decía de él Lamberto de Hersfeld, ese his-  
toriador del siglo XI, que vivió como monje en la abadía  
benedictina de Hersfeld después de haber peregrinado á  
Tierra Santa en 1058: «Enrique III quería ser otro Carlo  
Magno.»

Nació Enrique el 20 de Octubre de 1017. Ya á los veintidós  
años subió al trono (en 1039), demostrando en edad tan tem-  
prana una prudencia y previsión extraordinarias al celebrar  
sus bodas en el otoño de 1043 con regia pompa en el palacio  
de Carlo Magno,—que se levantaba en Ingelheim descansan-  
do sobre cien columnas de mármol y granito de Rávena y del  
Odenwald,—con Inés de Poitiers, la rica hija del Duque Gui-  
lermo de Aquitania, acudiendo al Rhin los juglares de la  
Francia meridional, ávidos de premios reales, que esperaron  
en vano.

Odiando la simonía, la venta de cargos eclesiásticos, tan  
perjudicial á la religión, le gustaba la reforma cluniacense y  
encontraba aliados leales en los monjes de Cluni, aunque éstos  
deseaban un Papado que lo dominara todo y el Emperador

anhelaba la monarquía universal de Europa. Pero no se había suscitado todavía el antagonismo entre el Papado y el imperio, que se encendió en tiempos de Enrique IV y Gregorio VII.

El Rey Enrique pretendía la diadema imperial, no sólo como símbolo del poder, sino como fundamento de una reforma de la Iglesia tal como la ansiaban los monjes de Cluni. Vitoreado en 1046 en Italia cual glorioso vencedor que había humillado á los eslavos de Bohemia y sometido á los húngaros, respetado y tenido como justiciero, se creía destinado á cumplir la gran obra que preocupaba á las generaciones: la reforma de la Iglesia.

Había á la sazón tres Papas á la vez: Benedicto IX, Silvestre III y Gregorio VI, teniendo este último por capellán al joven *Hildebrando*.

Enrique III, no haciendo caso de los tres Papas en el Sínodo celebrado en Sutri el 20 de Diciembre de 1046, hizo que fuese elegido el Obispo alemán Suidger de Bamberg, el cual fué consagrado en la Nochebuena de 1046 con el nombre de Clemente II. Éste coronó después al Rey como Emperador, mientras el pueblo romano dispensaba á Enrique la dignidad del patriciado de Roma, que ya había obtenido Othón I en 962.

Á principios de Febrero de 1047 empezó Enrique, acompañado del nuevo Papa, su expedición triunfal á la Italia inferior y desterró á Colonia á Gregorio VI y á *Hildebrando*. Después de vencidos el Duque Godofredo de Lorena y el Conde Diterico de Holanda, el imperio llegó al apogeo del poder, pareciendo el Emperador, no sólo el dueño del mundo, sino la cabeza de la Iglesia, el vicario de Dios. Lo mismo que Clemente II, era alemán también su sucesor León IX.

El 11 de Noviembre de 1050 cumpliése la última aspiración del poderoso Emperador naciéndole su primer hijo, *Enrique IV*, á quien tributaron sus homenajes los Príncipes reunidos en Goslar. Ya parecía asegurado el porvenir del imperio. Pero la fortuna es una diosa voluble. El pueblo, que había pedido la reforma de los derechos y quería que se anotasen á semejanza de los capitulares de Carlo Magno, estaba

disgustado, y con sobrada razón, porque no había seguridad de jurisdicción, estribando todo en los deseos del Emperador.

En 1054 murió León IX, cansado de sus luchas con los normandos, que después de haberle encarcelado le obligaban á absorverlos de su anatema. El monje *Hildebrando* y el Emperador impulsaron al Obispo alemán Geblardo de Eichstätt á ocupar la silla de San Pedro. Aceptó la misión tan penosa de pastor del rebaño de Jesucristo y se llamó Víctor II.

Ya en Octubre de 1056 había de aparecer ante el lecho mortuario el gran Emperador, que perdonaba á todos sus enemigos, dejando el imperio á un niño de seis años, á quien recomendaba á todos los Príncipes, confiando á su esposa al amparo del Papa.

Expiró *Enrique III* el 5 de Octubre de 1056 en Botfeld (Harz), próximo á Quedlinburgo, siguiéndole al sepulcro al año siguiente el Papa Víctor II. *Enrique III* fué enterrado al lado de sus padres en la catedral de Espira.

Empezó para Alemania un período de anarquía.

Hay quien reclama un puesto en la *Walhalla* para *Hildebrando*, quizás porque aquel apellido parece de origen alemán. Lo cierto es que fué un genio sacerdotal, el mayor de todos los sucesores de San Pedro que ocuparon la cátedra de Roma. Quizá nunca haya nacido un hombre que persiguió fines tan altos, y sin dinero y sin ejércitos alcanzó éxitos tan extraordinarios. Demostró tal vigor de inteligencia, que consiguió á la admiración de los mismos adversarios y por lo brillante de sus obras inmortalizó su memoria.

No se sabe nada acerca de la infancia de *Hildebrando*. Bruno de Asti, contemporáneo suyo, le creyó romano. Lo mismo dice Hugo de Flavigny, que floreció á fines del siglo XI. Sin duda fué un hombre del pueblo, perteneciendo á la clase baja.

Aparece primero como alumno y después como monje de Cluni, fué capellán bajo Gregorio VI, administrador romano bajo León IX, legado bajo Esteban IX, cardenal bajo Nicolás II y Alejandro II y, por fin, vicario de San Pedro, inmortalizando el nombre de *Gregorio VII*.

¡Honor y prez al historiador alemán Augusto Federico Gfröver que dedicó diez años de su vida á su obra monumental *Gregorio VII y su época*, que concluyó en Junio de 1861, un año antes de morir en Carlsbad, con estas palabras proféticas: «Adivino que mi obra me sobrevivirá mucho tiempo.»

La historia del hombre más insigne que fué elevado al trono pontificio tiene mayor atractivo dramático que cualquier producción de un poeta. Pedro Damiani escribió acerca de *Hildebrando* este epigrama:

De Hildebrandis parva statura.

Parva tigris missas aequat properanda sagittas,  
Nile quidem ferrum tamen edomat omne metallum,  
Sed trahit hoc validus sua post vestigia magnes.  
Hunc, qui cuncta domat, Sisyphi mensura coarctat.

El Obispo Benzo, adversario de *Gregorio VII*, dijo:

Membris omnibus abscissis  
Caput fixum stipite  
Competerunt permanentes  
In castrorum limite.  
Ut sic fiat *Follegrando*  
O fideles! dicite.  
Nunc scitote, quot sit plenus  
Ille vir (Hildebrando) daemonibus.

Habrásese de confesar que todos los Papas, desde León IX hasta 1073, obraron según la voluntad de *Hildebrando*, que tenía por único fin en el ejercicio del supremo pontificado el imperio del poder eclesiástico sobre el mundano, ó sea, del Papado sobre todos los Príncipes. Según él, la Iglesia había de ser una teocracia universal, abarcando á todos los pueblos. Le corresponden dos espadas, la eclesiástica y la mundana. Esta última la transmite á los Príncipes. Así como la luna recibe su esplendor del sol, los Reyes deben su poder al Papa, que puede destituirlos como quiera.

Según el concepto de Gregorio VII, el primer reinado se debió al cazador Nemrod que subyugó á sus compañeros que antes eran sus iguales; la mayoría de los reyes parecen hijos genuinos de Nemrod. «¿Qué Emperador ó Rey—escribió Gregorio VII al Obispo Heriman de Metz—ha hecho milagros

como el beato Martín de Tours, como Antonio el Ermitaño, como Benedicto de Nursia?... Desde San Pedro hasta hoy se cuentan cien santos entre ciento cincuenta Papas, mientras hay pocos entre los numerosos Reyes.»

En 1075 escribió al Rey Swen de Dinamarca: «Sobre países más extensos que aquéllos en que imperaba Augusto reina Jesucristo.»

Gregorio VII fué el Atlante que llevó el peso del mundo. La colección de sus cartas fué el testimonio imperecedero de su actividad extraordinaria. Ha dirigido muchísimas cartas más á Príncipes españoles que á otros Reyes. El respeto que inspiraba fué tan grande que hasta los Príncipes sarracenos enviaron delegados á Roma. Gregorio preparó el vencimiento de los mahometanos de España, y dirigió palabras de consuelo á los cristianos de África. La gran victoria de Salaca (próxima á Badajoz), alcanzada el 29 de Octubre de 1086 por los almoravides contra Alfonso VI, no tuvo consecuencias militares ni políticas, porque merced á las instituciones creadas por Gregorio VII, media Europa batallaba en pro de los cristianos españoles, siendo la libertación de España, según dice Gfröver, obra de Gregorio VII, que al morirse impidió la restauración del califato de Córdoba que pensó llevar á cabo Yusuf.

En *Gregorio VII* tomaba carne y sangre el espíritu de Cluni. Empezó en 1074 la reforma de la Iglesia con el celibato. Pero el mandato de Gregorio que ningún sacerdote debiese casarse y que los casados debiesen abandonar á sus mujeres, provocó sobre todo una tempestad entre el clero alemán, que decía: El Papa quiere forzarnos á vivir como ángeles, pero al impedirnos satisfacer el instinto innato abre el camino á los vicios más impuros. Hasta el sabio metropolitano Hanno de Colonia consideraba el mandato de Gregorio impolítico é inoportuno, y el clero de Maguncia era desobediente; pero la energía de *Hildebrando*, que tenía por divisa: «Fiat justitia et pereat mundus», superó todos los obstáculos.

La idea de la primera cruzada á Siria brotó de su genio. Y ¿qué hizo de Roma? Desde que él ocupó la Silla de San Pedro, los romanos fueron valientes. Sobre todas las partes del

globo conocido en el siglo XI, sobre el Norte helado, Rusia, Suecia, Noruega é Islandia, ha ejercido la mayor influencia Gregorio VII como consejero de los vicarios de Jesucristo de 1046 á 1073, y como Papa de 1073 á 1085, hasta su muerte.

Pero el centro de su actividad era el imperio germánico.

No hubo guerra más implacable que la que se hicieron Enrique IV y Gregorio VII. Decía éste al Rey que debía pensar que Dios derribó á Saúl por haber despreciado los mandatos de los profetas, y escribía el Rey al Papa: «Yo, Rey por la gracia de Dios, te mando, en unión de todos mis obispos, bajas del trono pontificio».

No absolvió Gregorio á Enrique sino después de la dura penitencia del Rey, que debía de pasar descalzo y vistiendo el cilicio tres dias (el 25, 26 y 27 de Enero de 1077) aute la puerta del castillo de la malograda Matilde de Canossa. Pero aquel triunfo lo pagó el Papa en 1084 con su encarcelamiento en el castillo de Santángel. Le libertaron los normandos capitaneados por el Duque Roberto Guiscard y en Salerno falleció el 25 de Mayo de 1085, el mismo día en que los cristianos hicieron su entrada en Toledo enarbolando la Cruz en las puertas de su antigua capital.

El anatema de Gregorio VII siguió á Enrique IV. Murió éste el 7 de Agosto de 1106, habiendo de quedar su sarcófago durante cinco años fuera de la catedral de Espira, mientras los cruzados del siglo IX, los Godofredo de Bouillón, Baldo-mero, Boemundo de Tarento, Tancredo, el tolosano Raimundo y el normando Roberto pasaban con sus turbas, recogidas en todos los rincones de la cristiandad, orando ante la tumba de Gregorio VII, haciendo maravillas en ellos el espíritu del Papa para que durante dos años recorriesen desiertos, venciesen al islam, escalasen las murallas de Jerusalén y fundasen un imperio latino en Asia.

Concluiré con una anécdota referente al gran Papa. Un criado infiel, Gerbodo, habia matado á su señor el joven Conde Arnolfo de Flandes en la batalla de Cassel. Penitente fué á Roma para ofrecer sus manos como víctima expiatoria. El Papa encargó de la causa á uno de los suyos diciéndole en secreto: «Si él tiembla cuando tú te dispones á cortarle la



mano, cumple tu oficio; pero si no, has de perdonarle». Gerbodo quedó inmóvil y el Papa, muy contento, le dijo: «Las manos que ofreciste no te pertenecen ya, sino al Señor. Por eso diríjete á Cluni y lo refieres todo al abad Hugo». Marchó en seguida al convento de Cluni y después de haber oído las amonestaciones del abad se hizo uno de los mejores monjes del monasterio.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, Noviembre de 1903.

---



# LA INDUSTRIA EN SEGOVIA <sup>(1)</sup>

## VI

Entremos ahora en el estudio de los medios para hacer que se desarrolle la industria en Segovia, y para ello acudiremos á la división, si anticuada, completa, de *industria agrícola, pecuaria, extractiva, fabril y manufacturera, industria locomotiva é industria mercantil ó comercio*. Esto lo haremos breve y concretamente, cual ha sucedido con los puntos tratados anteriormente.

La *industria agrícola* es la más atrasada en España, y en Segovia ya hemos dicho que se halla atrasadísima. Para hacerla cambiar de rumbo y que entre por nuevos derroteros se requieren principalmente tres cosas: enseñanza agrícola, asociación agrícola, crédito agrícola. Debe hacérseles ver á los labradores segovianos que su suelo es lo mismo que otros muchos que producen bastante más, pues la tierra y la fructificación de las plantas necesitan ciertos elementos que si no se tienen, se pueden aplicar artificialmente, en su mayor parte á beneficio de los abonos químicos, de las labores profundas y regulares y nada más, y esto ni es difícil de conseguir ni imposible de aprender. Deben desechar el anticuado y costoso sistema extensivo, sustituyéndole por el de alternativa de cosechas, estudiando al efecto las condiciones del suelo y de las plantas que se cultiven, haciendo la labor intensiva en vez de labor de descanso como ahora; deben hacer de regadío las tierras que puedan á impulsos de obras hidráulicas, deben aplicar máquinas modernas para todas las operaciones de la agricul-

(1) Véase la pag. 583 de este tomo.

tura, deben moverse los agricultores mandando á sus hijos y á sus obreros á las granjas y á las escuelas para que se nutran de los principios agronómicos. Deben fundarse en la capital y pueblos más importantes campos de experimentación y de demostración, muchos más que los que ahora existen. Cuando no pueda el labrador bastarse por sí solo, debe asociarse con sus vecinos, formando sociedades agrícolas de producción, de cooperación y de consumo, cajas rurales, escuelas de cultivos, cuando el Gobierno ó las corporaciones desatendan tan provechosos servicios. Hay que educar al obrero del campo, instruyéndole también mucho, para que su faena sea más suave y más productiva. Todo esto se verifica en el extranjero, Francia, Inglaterra, Holanda, etc., y en algunas labranzas de España, y no habrá quien sostenga que esto no pueda aplicarse en el campo segoviano. Deben también implantarse las industrias derivadas de la agricultura, fitógenas y zoógenas, que no vamos á exponer por lo numerosas que son, pero sí deben ponerse aviculturas, fabricaciones de quesos, apicultura, selección de simientes, etc., para el consumo y para la exportación á Madrid y otros centros consumidores.

La *ganadería* puede fomentarse con una seguridad y respeto á los montes que no hemos tenido en estos últimos años, con plantaciones de especies arbóreas en terrenos baldíos é incultos, con la mejora de razas, con una higiene extremada para los animales, con convertir en pastos tierras de escaso rendimiento para otros cultivos y además favoreciendo la agricultura y la ganadería con medidas de buen gobierno, premiando á tipos de ganado, rebajando los tributos, castigando todo lo que se oponga á su mejoramiento y desarrollo, haciendo que Segovia sea una provincia ganadera de reconocida nombradía, como cuando era protector de los ganados nacionales el honrado Concejo de la Mesta.

La *industria extractiva* no consiste más que en un verdadero trabajo de apropiación ú ocupación de las cosas existentes por obra de la naturaleza, ó sean principalmente la caza, la pesca y la minería, y estas industrias poco esplendor tienen ni pueden tener en la provincia segoviana. La *caza* es poca y

muy perseguida, constituyendo más una distracción ó pasatiempo que no una ocupación productiva ó aprovechamiento de riqueza. El descuaje de los montes, el incumplimiento de la ley de Caza por tanto cazador furtivo ha extinguido casi en absoluto las reses mayores, y en cuanto á las menores, en especial el conejo, tiene como perseguidores más decisivos á los labradores, por los perjuicios que ocasionan á los sembrados

De *pesca*, careciendo de grandes ríos y de lagunas ó grandes depósitos de agua, queda aquélla reducida á truchas, tenca, gubios y algunas otras especies de menos importancia y de producción más escasa. Es también pasatiempo y no riqueza.

Lo que da á las regiones una preponderancia grande y las hace ricas, poderosas y cultas es la existencia en su territorio de grandes y productivas *minas*. Verdaderamente providencial la existencia de minas, se ha visto que las poblaciones y localidades que las poseen se han transformado en pocos años y han multiplicado sus condiciones de vida, su comercio, sus elementos todos.

En Segovia apenas existen minas, comprendiendo en esta palabra los metales preciosos, pues calizas, canteras, pizarras, gredas, etc., se hallan en abundancia y de inmejorable calidad. Algunas minas de metales se han denunciado y han sido abandonadas al poco tiempo, ya por haberse extinguido ó cegado los filones y también en algunas ocasiones por no compensar los rendimientos á los gastos de extracción y de transporte. Últimamente han sido denunciadas minas de hierro en el partido de Riaza y existen también otras clases de minas en el resto de la provincia, sobre todo en los partidos cercanos á la cordillera, como los de Sepúlveda y Segovia, y que podrían dar grandes resultados y emporio de vida; pero no hemos de aconsejar su explotación como no fuera á una compañía poderosa, que pudiera resistir sin quebrantos los trabajos penosos y todos los esfuerzos y luchas y dispendios hasta dar con los grandes criaderos de minerales que, á juzgar por lo que nos dicen los que han hecho estudios geológicos de la provincia, existen en abundancia. En estas condiciones,

y estableciendo regiones mineras, grandes vías de comunicación á los puntos de consumo y de transporte y constituyendo un centro obrero, adquiriría la provincia de Segovia el esplendor y bienestar que han tomado otras regiones y á lo que tiene derecho incuestionable.

Lo que constituye principal y genuinamente la industria es la llamada *industria fabril y manufacturera*, ó sea la que modifica las cosas, los productos animales, vegetales, minerales útiles como alimentos, materias perfeccionadas ó instrumentos de las ciencias ó las artes, y adapta todo esto á los varios usos y necesidades de la vida. Es industrial quien aplica su trabajo á la fabricación, transforma los objetos, los cambia y los altera, ya comunicándoles propiedades que antes no tenían, ya variando su tamaño, figura ú otras cualidades y de todos modos haciéndoles útiles á la satisfacción de nuestras necesidades; la riqueza producida está representada en el artefacto ú objeto producido, y para su desarrollo se requiere inteligencia, capital y trabajo.

La industria, ya se sabe, necesita para que funcione en buenas condiciones que pueda adquirir con facilidad las primeras materias y que tenga grandes facilidades de transportarlas á los grandes centros consumidores. Región agrícola Segovia, y con inmejorables condiciones para la mejora y aumento de la ganadería de todas clases, puede perfectamente implantarse, como hemos dicho, la industria toda derivada de la agricultura y de la ganadería, y así no tendríamos necesidad de exportar los productos en bruto, sino ya elaborados y modificados, con lo que quedaría en la provincia lo que actualmente beneficia á otras comarcas. La enumeración de todas estas industrias y fabricaciones sería prolija, y véanse por nota algunas de las más importantes (1).

(1) Industria lanera y estambrera, de otros tejidos é hilados, de curtidos, de vinos, aguardientes, licores, de bebidas gaseosas, de cervezas, de conservas, de frutas y hortalizas, fábricas de abonos, azucareras, incubadoras, viveros y otras muchas similares; las agrícolas y ganaderas, la metalúrgica y fundiciones de hierro, calderería, productos químicos, pólvoras, materias explosivas, alpargatas, calzado, grabado, litografía, productos alimenticios, sémolas, féculas, naipes, sombreros y mil más de ventajosa aplicación.

Rica la provincia de Segovia en montes, también pueden funcionar con ventajas indudables todas las fabricaciones derivadas de los árboles y de la madera, como la resinera y todos sus derivados ya funcionando, y que produce cuantiosos ingresos á la Compañía explotadora, ordenación de montes, aserríos mecánicos que funcionan en Valsaín, Espinar y algún otro punto, fabricación de papel, construcción de muebles, etc. (1).

Pueden establecerse en grande y explotar canteras de granito, de gneis, de calizas, de pizarras, que tan abundantes son en Segovia, y sus barros y arenas de inmejorable condición pueden dar materia para grandes fábricas de cerámica, loza, alfarería, de vidrio, de cristal y algunas otras.

Las fábricas de paños deberían adquirir el predominio que antes tenían, en parte surtiéndose con las lanas de la región y en parte tomando las hebras de otras localidades, y lo mismo la fabricación de lienzos y estopas y de fajas y bayetas, y aun podría también ampliarse á los tintes y al estampado (2).

No es preciso para que haya industria que los productos se den en la localidad en que se instale, aunque es condición

---

(1) En un trabajo publicado hace ya bastantes años en la *Revista de la Sociedad Económica Segoviana* se consignan como industrias que pueden establecerse en Segovia: la explotación de pizarras, la fabricación de lienzos y estopas y las de fajas y bayetas. Nosotros creemos que son muchas más, y de tanta ó mayor importancia, las industrias que pueden prosperar en la provincia.

(2) El mercado de lanas es importante en la Península, pues es su movimiento de importación de más de cinco y medio millones de duros y de dos y medio el de exportación. Nuestra industria, en esto como en todo, manifiesta un evidente atraso y una gran desigualdad, pues mientras se hacen en España tejidos de mucha perfección y que pueden competir con el extranjero, las transformaciones primeras y más sencillas de preparación y depuración de la lana se hacen fuera de España, costándonos sumas enormes estas labores.

Por este trabajo de preparación, perfectamente realizable en España, y entre otros puntos en la provincia de Segovia, trabajo que consiste en el lavado, peinar y cardar la lana, el teñido del estambre en bruto y la limpieza ó blanqueado, pagamos al extranjero 3.431.380 pesetas en efectivo, más cinco y medio millones de primera materia en bruto.

muy ventajosa; también puede implantarse cuando está cerca de una gran población. Próxima Segovia á Madrid y en el centro de la Península, con facilidad pueden ser transportados sus productos á todos los extremos, y en breves horas á la capital del Reino, á Valladolid y otras ciudades populosas. De clima, si algo frío, de resistencia para la clase trabajadora, de alimentación nutritiva, de costumbres pacíficas, con aguas claras y abundantes, todo hace á Segovia privilegiada región industrial; no se requiere más que el estímulo poderoso y el trabajo constante.

Las industrias fabriles que deberían establecerse en Segovia, de productos fácilmente adquiridos de otros puntos y ya transformados, con facilidad llevados al consumo, son innumerables, y más que la reseña de ellas, que á nada conduciría, debemos fijarnos que hay fabricaciones en muchas partes donde no se dan las primeras materias y donde las distancias á las grandes capitales son largas y difíciles, y donde nada justifica la instalación fabril, como no sea la actividad y empeño decidido de los fundadores y propietarios (1).

Para conseguir tan halagüeños propósitos para la región segoviana se requiere, en primer lugar, un espíritu grande de asociación. La industria, por lo general, no suele ser producto de uno solo; es necesario la unión de muchos, mutuamente confiados en su honradez y en su trabajo. Esto no existe, desgraciadamente, y los segovianos tienen que hacer campaña en este sentido. No olviden ésto los de Segovia: con la unión verdad de todos los elementos, los intelectuales y los manuales, los capitalistas y los de acción, puede llegarse á mucho; solos y dispersos es difícil que vayan á parte alguna ni á constituir ninguna base de fabricación.

---

(1) Todas estas industrias y fabricaciones son tantas como iniciativas puede tener el hombre, unas ya conocidas, otras que se descubran á impulsos de los adelantos científicos y económicos, cuya enumeración caería fuera del objeto de un trabajo de esta índole. Ya han sido citadas algunas, otras puede hallarse su relación en cualquier tratado ó descripción de industria, no debiendo olvidarse, en lo que á Segovia se refiere, las industrias referentes á la artillería, como motivo también de enseñanza para los alumnos.



También se precisa para ello, y sería otro de los resultados de la asociación, el transformar en ríos y corrientes aprovechables, como fuerzas motoras, las aguas y torrentes que actualmente discurren por los cauces segovianos. Si la industria da margen para ello, utilícese el carbón ó pónganse dínamos para transmitir la fuerza á todos los artefactos y máquinas y á toda clase de distancia; pero si la carestía de la hulla no permite el desarrollo industrial propuesto, piénsese en canalizar el Eresma y el Duratón y el Cega, y los demás ríos aprovechables, y al mismo tiempo que agua para el riego de tierras y cultivos, se tendría corriente igual é impulsiva, sin temer á los estiajes, ni sobresalto por las nieves y avenidas, y esto, decimos, creemos que pueda conseguirse con los capitales que existen, ó que pueden buscarse, y además con laboriosidad é inteligencia para obra tan útil y transcendental.

Y como último elemento, también de importancia para el desarrollo fabril, se halla la baratura y facilidad en los transportes. Surcada de bastantes carreteras, sólo está atravesada la provincia que estudiamos por la vía férrea de Villalba á Segovia y Medina en la parte occidental, dejando completamente incomunicados extensos territorios y zonas ricas y productivas. Para desarrollar la industria es necesario que haya una red extensa de líneas férreas y que, en las que existan, sea barato el transporte de viajeros y mercancías.

La Compañía del Norte no corresponde justamente ni trata á Segovia con la consideración debida, y ni da las grandes facilidades á las personas poniendo tarifas reducidas y ni favorece al comercio dando salida á los productos con la rapidez necesaria, ni haciendo que lleguen bien los artículos, pues son frecuentes los deterioros y las mermas é incalculables los perjuicios para las clases industriales y mercantiles y para el público en general, y el mal seguirá mientras exista el monopolio, el desamparo y la tolerancia de tanto abuso por parte de los Gobiernos, aunque algo puede conseguirse con la reclamación constante administrativa y aun judicial, y no seguir lamentando impasibles desafueros y vejámenes.

Con todo esto que llevamos referido no creemos imposible ni aun difícil de conseguir que Segovia sea manufacturera, y

con ello próspera y venturosa, sin vivir sólo de su historia, de sus tradiciones y de la esperanza pasiva de sus hijos, sino que hay que activar el cerebro y funcionar el músculo si no se quiere vivir estancado en la marcha de los pueblos.

De la *industria locomotiva, porteadora ó trajinera* también puede esperarse mucho en Segovia. Acabamos de decir lo que tiene la tan repetida comarca en vías de comunicación, y no hay que dudar que la facilidad de medios de relacionarse los pueblos lleva consigo animación y vida á las poblaciones. Si Segovia tuviese más vías férreas y mayor servicio de trenes, mayor sería la afluencia de viajeros y de productos y mayores sus utilidades. Se habla ya hace mucho tiempo del ferrocarril de Segovia á Aranda de Duero, y ahora también del ferrocarril directo de Madrid á Bilbao pasando por parte de la provincia, y aunque esto beneficiaría mucho el tráfico y el porvenir de Segovia, se precisan también otros ferrocarriles á todas las cabezas de partido y pueblos importantes, á San Ildefonso y á los pueblecillos de la sierra, tan pintorescos y tan agradables, y donde podría favorecerse la estancia veraniega haciendo construcciones modernas al igual que sucede en otros muchos puntos de España, ya que no hay para qué hablar del extranjero, con lo que no hay comparación posible. Las mejores comunicaciones, sobre todo á la capital y á los Sitios Reales, facilitaría mucho el movimiento de viajeros, y éstos encontrarían en dichos puntos antigüedades y monumentos que admirar, paisajes y panoramas llenos de encanto y de verdor y horas amenas para pasar el verano libres de los ardorosos rayos del estío. Véase, pues, la importancia que para Segovia y su provincia puede tener la industria locomotiva, tan abandonada al presente.

La *industria mercantil, ó comercio* en términos más precisos y corrientes, es el vínculo necesario de todos los demás ramos de la industria y el medianero entre la producción y el consumo. No transforma las cosas que son objeto de la especulación mercantil, salvo en las particularidades ó accidentes de modo, tiempo y lugar. El comerciante compra y vende según las ocasiones, acopia los géneros y frutos en la abundancia y baratura para ofrecerlos en la escasez y carestía, es

decir, y sin entrar en más pormenores, que el comercio es una serie infinita de tratos y contratos, y consiste su esencia en permutar valores entre los individuos, pueblos, provincias y naciones.

En la provincia de Segovia, si progresara y adelantase la industria, también tendría que adelantar el comercio, ya directa, ya indirectamente. De un modo directo, porque la compra de las primeras materias, maquinaria, utensilios, etc., para la fabricación, la venta de los productos fabricados, constituye un comercio activo, vigoroso, fecundo, ya sea vendiendo al detall en la localidad que produce, ya exportando en grandes cantidades inmediatamente que se den ó fabriquen los artículos, ya enviándolos después de haberlos tenido almacenados en depósitos, docks ó sitios convenientemente dispuestos a este fin.

Indirectamente la industria favorece al comercio, porque allí donde hay grandes fábricas ó grandes cultivos ó abundantes minas, ó donde concurren muchas vías de comunicación, allí tiene que haber necesariamente gran masa obrera y muchas familias que consumen y gastan, y para ello se necesitan tiendas de toda clase, y el haber mucho movimiento de vehículos indica que hay mucho viajero que va y viene y aprovecha y se distrae y se instruye y reside más ó menos tiempo en una localidad, y esto hace que el comercio se amplíe, se haga estable y produzca beneficios para vendedores y compradores de toda clase.

Si consiguieran que Segovia desarrollase su industria se desarrollaría su comercio sin tener que cuidarse de ello, pues esto es una consecuencia de aquello, y á la venta de artículos necesarios vendrían los de lujo y vendrían los lugares de contratación y las casas consignatarias y las factorías y todos los elementos que caracterizan á una ciudad industrial y mercantil. Y se podrían establecer mercados verdad de los artículos que más se den en la región, no sólo para el consumo diario y que esto debe ser permanente en locales construídos al efecto, con todas las condiciones higiénicas y de ornato que requieren estos edificios, sino también mercados semanales de granos, de ganados, etc., que siendo la provincia de Se-

govia agrícola, carece en la mayor parte de sus localidades de mercado de granos, entre ellas la capital, y bien merece que este asunto se estudie con interés.

Es achaque de algunos el suponer que la proximidad á los grandes centros de población y la facilidad en las comunicaciones perjudican notablemente el comercio de lujo, ó sea el que no es de urgencia ó de consumo inmediato, por ir los consumidores á los centros á proveerse de dichos artículos. Esto, que suele ser una verdad en ocasiones, puede remediarse muy fácilmente teniendo acabados surtidos y siendo los géneros de buenas condiciones, y si alguna mercancía puede resultar de venta más tardía, en cambio esa misma rapidez de comunicaciones facilita que vayan viajeros de otras partes á comprar y ó á ver ó á pasear, y con ello que gasten y compren y se surtan de productos que acaso no hubieran tomado estando quietos en los puntos donde vivan ordinariamente.

Otros medios para la prosperidad de la industria y el comercio en Segovia convienen y existen, de carácter general á dicha provincia como á las demás de España. Tienen que ser libres, sin trabas que lo estorben ni dificultades que lo sujeten, sin monopolios ni privilegios exclusivos y prohibitivos que son injustos, y en vez de la armonía de todos los intereses legítimos establecen un antagonismo cruel y violento y en vez de procurar la riqueza fomentan la miseria. Debe el Gobierno velar por la libre concurrencia, protegiéndola contra los abusos posibles y frecuentes, comprobar los pesos y medidas, prohibir que se vendan alimentos nocivos, castigar los fraudes, evitar la adulteración de las bebidas, castigar, en una palabra, á todo industrial y negociante de mala fe.

Todas éstas son leyes económicas que están en la conciencia de todos los hombres y de todos los pueblos, y que siguiéndolas y aplicándolas con lealtad se progresa, se adelanta en la obra del perfeccionamiento social, y si se olvidan sus preceptos y se vulneran sus reglas viene el aniquilamiento, la destrucción y, por último, la muerte.

## VII

Como resumen de todo este trabajo, podemos sentar que la industria en Segovia tuvo un pasado nulo en los primeros siglos de la historia floreciente, en las centurias XVI y XVII de nuestra era, decayendo notablemente hasta la época presente en que siguen paralizadas tan importantes fuerzas de prosperidad y riqueza. Y que siendo hoy Segovia una región apartada del progresivo correr de los tiempos modernos, siguiendo estancada como hasta aquí, ni tendrá industria ni podrá desarrollar iniciativas ni establecer empresas si no cambia por completo su manera de comprender la misión actual de los hombres y de los pueblos.

Á merced de las transformaciones operadas en estos últimos tiempos en la sociedad en general, creemos fundadamente que Segovia cambiará de sistema. Dejando el terreno de las especulaciones y viniendo al de la práctica, hemos de esperar que Segovia se haga *industrial* en breve plazo. Como primeras materias tiene campos fértiles y montes y canteras y calizas, y ahí tiene donde explotar con provecho los productos de la tierra. Después, tiene todas las industrias derivadas, que son muchas y de gran provecho, como hemos visto anteriormente, entre ellas la pecuaria, de extraordinaria trascendencia para la provincia.

Segovia, en el centro de España, puede con facilidad trasladar á los centros de consumo variadas substancias, y, por tanto, aquí pueden instalarse muchas clases de fabricaciones en grande y en pequeño estudiándose para ello los productos, su coste de elaboración y la situación de los mercados.

Segovia, lo mismo la capital artísticamente que la provincia toda, principalmente los pueblos de la Sierra, pueden ser explotados como estaciones de verano, y, por lo tanto, extenderse la industria locomotiva y todo lo que de ella se desprende, y el comercio de artículos para expedicionarios y veraneantes puede adquirir gran incremento. Pueden para algunas industrias prepararse y aprovecharse convenientemente

los molinos harineros y sus construcciones y saltos de agua.

Para llevar á cabo esta elaboración industrial se necesita efectivamente dinero, mucho dinero; pero más que nada resolución firmísima y la asociación verdad. Se impone ciertamente la lucha sacando de la tierra todas las fuerzas que guarda en su seno, desarrollando el hombre toda la actividad que tiene en potencia para aplicarla á la satisfacción de las múltiples necesidades.

Todo es industria, y si Segovia se da cuenta de su misión y aprovecha todas las fuerzas de que dispone, será próspera y floreciente. Para ello no hay más que poner en acción dos elementos vitales, palancas propulsoras de todo adelantamiento social: voluntad y trabajo.

MARIANO SAEZ.

# COSAS DE ANTAÑO

---

**Aclamación Real, y Pvblica, por la Coronada Villa y Corte de Madrid de su Augusto, y Católico Rey Carlos II, que Dios guarde.**

Éste es el título *viejo* de una solemnidad que no deja de ser curiosa.

«Las acciones grandes para parecerlo—dice un documento de aquella época histórica,—en tres cosas han de tener fortuna; en el tiempo que les cabe; en el lugar donde se obran, y en la persona que las executa. En el tiempo siendo façonado, y oportuno. En el lugar, siendo proporcionado, y conveniente. Y en la persona, siendo de vn genio nacido para aquella operaciõ. La felicidad de vn triunfo, no se compone sólo de la hazaña inmortal que representa, fino del día en que se solemniza; por q. si amanece pardo, y lluvioso, se agua el contento, se desluze el aparato, y se borra el regozijo publico.»

Así se da cuenta de la aclamación por la villa de Madrid de! Sr. Rey D. Carlos II, diciendo como explicación de los anteriores conceptos estas palabras:

«Gloriosa acción fué por sí, la de aclamar vn Príncipe por Rey de vna Monarquía tan dilatada, q. no da paffo la luz del Sol, que no fea por el cerco de su Corona; pero mucho adornó sus glorias, aquella superior, y escondida prouidencia, á quien los hombres llaman fortuna; pues la tuuo en el tiempo; en el lugar; y en la persona que la executó. En el tiempo, porque amaneció el día biê intencionado, plácido, y sereno; mostrándose el Cielo (en medio de sus desvíos) intereffado en la aclamación de nuestro Monarca. En el lugar por q fué en la Imperial Villa de Madrid; Corte fino la más populosa, la más lucida de Europa: y en la Plaça Mayor que es el más

hermoso teatro del mundo. En la persona, por q hizo la función el Excelentísimo señor Duque de S. Lúcar, y de Medina de las Torres, Conde de Oñate y Villa-Mediana, Correo Mayor general de España, cuya grandeza, pompa, y lucimiento, vive en la mayor celebridad de las Naciones.»

Con la sola elección del Sr. Duque de Sanlúcar para levantar el pendón de Castilla, quedaban asegurados «los aplausos de vna función tan castiza en estos Reynos».

Tuvo lugar esta *castiza función* en el jueves 8 de Octubre del año de 1665, á las tres de la tarde, en el Ayuntamiento, donde se juntó la Villa, vistiendo todos los regidores trajes de *rico raso negro, cortados al talle*, y que representaban *dos afectos*; el de tristeza en el *color* y el de alegría en el *aliño*; y, «tambiê añadieron el de cintillos, y cadenas de diamantes para mostrar en su fineza, y fondo, la fineza y el fondo de su fidelidad».

Á la misma hora se reunían los grandes, títulos y señores en casa del Sr. Duque, de donde salieron á caballo, en parejas, acompañándole hasta la plazuela de San Salvador.

Vestían todos de negro, en prueba de sentimiento y dolor por la muerte del Rey Don Felipe IV, «supliêlo las joyas y la riqueza, con el garuo y aseo de sus personas. Sólo la del Duque, como era el día fuyo, le logró en galas, prefeas, y obtentaciõ. Era su vestido de chamelote amusco, bordado de oro al centro con banda, cintillo, y botones de diamantes. El cauallo en q. iba vfano, galán y fofegadamente, garuoso en el pafseo. La cuadrilla de criados, numerosa, con librea rica, y alegre. Seguíanse seis cauallos, á la mano de otros tantos Palafraneros, y quatro carroças de retê, en cuyas vidrieras cristalinas, se miraua el generoso y lucido ánimo del Duque».

Llegados que fueron á las Casas de Ayuntamiento, donde salieron á recibir al Duque y su acompañamiento cuatro caballeros regidores, subieron á la sala principal y sentándose el gran Correo mayor á la derecha del Sr. D. D. Francisco de Herrera Enríquez, caballero de la Orden de Alcántara y Corregidor de Madrid, «tuuieron vn breue coloquio los dos». Levantáronse después al mismo tiempo, y descubierto el Corre-



gidor, tomó en la mano el Pendón, diciendo á los Secretarios y Escribanos mayores del Ayuntamiento que diesen testimonio de cómo le entregaba á la persona del Sr. Duque de San Lucar para que en nombre de la Villa le levantase por el Señor Rey D. Carlos, segundo de este nombre. Recibióle entonces S. E. con *respetuoso cariño*, y saliendo, montó á caballo, comenzando la marcha en esta forma:

Iban delante los clarines reales, luego los timbales y ministriles de la Villa, á quien seguían diez y seis alguaciles *de fu gremio*; inmediatos á éstos las escuadras españolas y alemanas con sus capitanes y tenientes, y «á poca distancia entraua el número luzido, y concertado esquadron de los mayores señores y Caualleros de la Corte, cuyo garbo, orgullo y bizarría no pudo ocultarse entre las fombas del luto». Seguían los cuatro maceros de Madrid, con vestidos color carmesí, y luego, el cuerpo de regidores, y detrás los cuatro Reyes de armas con sus cotas, «cerrando este lustruoto acompañamiento el corregidor de la Villa (tan aplaudido en esta ocasión, por lo galáte y brioso, como en otras por lo definterefado, vigilante y justiciero) y el señor Duque de S. Lucar á mano derecha, llevando en la fuya leuantado el Pendón, y en él tan fijos los ojos, como pendientes las almas de todos».

Con este orden llegaron al *más hermofo teatro del mundo*, á la Plaza Mayor, «que siendo tan capaz, se vió estrecha á la multitud: jamás los viejos la vieron, ni mejor vestida, ni también poblada». En medio de ella se levantó un tablado, que cubierto de ricas alfombras sirvió para la ceremonia, que consistió en lo siguiente:

El Duque colocado á la mano derecha del Señor Corregidor y teniendo á dos Reyes de Armas á cada lado, el más antiguo de ellos dijo en alta voz:

Silencio. Silencio. Silencio.

Oid. Oid. Oid.

Entonces «el Excelentísimo señor Duque de San Lúcar, y de Medina de las Torres, Conde de Oñate, y Villa-Mediana, Correo Mayor general de España, cuya grandeza, pompa y lucimiento, viue en la mayor celebridad de las Naciones, dijo por tres veces.»

Castilla, Castilla, Castilla, por el Católico Rey Don Carlos Segundo de este nombre, nuestro señor, que Dios guarde, á la vez que tremolaba otras tantas veces el Pendón.

«Respondió el Pueblo, con afectuosa discordia de voces de que se componía la armonía de su fidelidad, Viva, Viva, Viva.»

Terminada la ceremonia, volvió la comitiva á montar á caballo, y dejando la Plaza Mayor tomaron la calle de Atocha, bajando por la de San Felipe á la Mayor.

Todas ellas estaban precisamente adornadas, *pues no hubo alhaja, pintura ni tapicería de valor que no se luciera*, «pero donde singularmente campeó todo el primor de la opulencia, fué en casa del Duque de S. Lúcar, porque de sus ventanas, y balcones, estaba pendiente un juego de reposteros bellísimos, donde los Timbres, y blasones de Guzmán, aplaudían la función de su dueño; con alientos de seda y oro».

En la Puerta de Guadalaxara, se veía debajo de un magestuoso dosel un retrato del Rey, vestido de luto, «con tanto donaire, tanta gracia, y tanta vida; que aun no se le quitaba el silencio. Estaba el pueblo tan embebecido en mirar la imagen de su Rey, q. por apagar la sed de los ojos. descuidaba del riesgo, y de la violencia, con que se hacen lugar las armas, y los cauallos, pero como se había de apartar de aquel retrato, cuyo lienzo parecía averse cortado de las telas de su corazón?»

Siguió la Comitiva por la Puerta de Guadalaxara, San Salvador, y Santa María hasta la Plaza de Palacio, en cuyo frente, estaba *formado un Teatro por el modelo del de la Plaza Mayor*. «El concurso pareció aquí milagroso; pues quedado todo Madrid en la primera Plaza, se vió en esta otro Madrid de nuevo en coches, Damas, Nobleza, y Plebe; multiplicándose las almas para el festejo de la aclamación.» Aquí se repitió la misma ceremonia; pero esta vez resultó mejor, por la presencia de S. M. el Rey, que se asomó al balcón principal «asistido de la Excelentísima señora Marquesa de los Vélez, aya de su Magestad, y del Excelentísimo señor Duque de Montalto, Mayordomo mayor de la Reyna nuestra señora».

Los vítores y las aclamaciones á S. M. fueron grandes, arrojándose multitud de sombreros al aire, acción que aplaudió

S. M. con la risa y el agrado. «Pero ésta es la dicha de los Españoles, que cómo en otras Provincias nacen los hombres blancos, ó negros, segû la diuerfidad de los climas; aquí por vna particular influencia del Cielo, nacen los hombres leales.» Lo que sucedió, antes de salir S. M. al balcón, «no puede paffar tin miffteriofo reparo». Estaban prevenidas tres sillas para que eligiera la mejor, y no faltó quien desechara una «por grande y anciana». Era esta silla, grande y anciana, en la que acostumbraba á sentarse el señor Emperador Carlos V. «Entonces dixo fu Mageftad ilustrado con fuperior luz (al parecer). Pues fientome en ella en nóbre de Dios. ¡Feliz aufpicio! ocupar elección (quando no la da la edad) y có el preámbulo del nombre Diuino, en quatro años, aquel lugar, que con muchas edades de valor, de hazañas y de virtudes, ocupó el Inuicto, y Máximo Emperador Carlos Quinto.»

Por último, desde la plaza de Palacio salió el Pendón, por la calle del Tesoro, de la Encarnación y plazuela de Santo Domingo á las Descalzas Reales, donde se repitió la ceremonia. Desde allí por San Ginés, calle de Bordadores y puerta de Guadalajara á la plaza de la Villa, repitiéndose por última vez la aclamación, entregando á seguida el Duque de Sanlúcar el pendón real, al corregidor, que fué á colocarle en el balcón principal, debajo del dosel, para que allí estuviere de manifiesto ocho días con sus noches.

Todos acompañaron al Duque á su morada, dándole las gracias, pues «el Cielo que las reparte variamente entre los hombres (fin vnirlas todas en vno para que no fe engría) le comunicó entre otras al Duque con especialidad, la del luzimiento y profufión oportuna en ocasiones grandes. Ésta que fué la mayor, la logró fu Excelencia con tanto caudal y talento, que no aurá memoria que no le quede reconocida».

\*  
\* \*

Así se celebró en Madrid la aclamación real y pública del señor Rey Don Carlos II, último de la dinastía de los Austrias; el que, *al parecer, ilustrado con superior luz*, se le ocurría *sentarse, en nombre de Dios*, en la silla que alguien desechara

por *grande y anciana*, y era la de uso y costumbre de su antepasado, el primer Monarca de aquella Casa, creador de una familia que terminaba, que moría en este Príncipe aclamado por Rey «*de una Monarquía tan dilatada, q. no da paffo la luz del Sol, que no fea por el cerco de fu corona*», palabras que mal se avienen con las que el Cardenal Portocarrero dijo á propósito de este reinado: «Si hubo un tiempo dichoso en que se aseguraba con toda verdad que el sol no se ponía nunca en los dominios del rey de España, llega otro tiempo en que no encontrará resquicio por donde alumbrar un palmo de tierra».

Palabras son éstas de una veracidad dolorosa é indiscutible; las otras sólo pudieron ser pronunciadas con miras adulatoras y mezquinas.

JOSÉ RINCÓN.

# HIMNO SECULAR

TRADUCCIÓN DE HORACIO

¡Oh Diana, de los bosques reina, oh Febo,  
ornato celestial, siempre adorados  
y adorables, nos dad lo que os pedimos  
hoy, sacro día!

En éste, por decretos sibilinos  
pnros mancebos y doncellas cantan  
á los lares que alegran las hermosas  
siete colinas.

Tú, que el oriente y el ocaso engendras  
en fúlgida cuadriga, el mismo y vario,  
no puedas ver mayor nada en el orbe  
¡oh Sol! que Roma.

Á las madres protege, Ilitia suave,  
ya Genital te llames ó Lucina  
y, con cualquiera nombre, haz que se anule  
el dolor fiero.

Aumenta nuestra raza, favorece,  
diosa, el nupcial decreto de los Padres  
y surja de la ley fecunda ingente  
prole gloriosa.

Para que el cielo secular constante  
vuelva á traer el divertido canto  
y por tres días claros, y tres noches  
gratas, festejos.

¡Oh, Parcas infalibles, nunciadoras  
eternas de los hechos indelebles,

añadid gratas nuevas y que el término  
durable sea!

Con corona de espigas honre á Ceres  
fértil la tierra en frutos y ganados,  
de Jove el aura, el agua saludable  
nutran las crías.

Plácido Apolo, al suplicante niño  
escucha, el dardo en el carcaj se esconda;  
reina bicorne y estrellada, ¡oh Luna!  
oye á las vírgenes.

Si Roma es obra vuestra, y el troyano  
de Etruria ganó el mar, si en salvadora  
fuga supo traer con su dominio  
sus sacros lares;

Si el pío Eneas, incendiada Troya,  
y á ésta sobreviviendo, abrió la vía  
de nuevo imperio ingente y habitado  
de alma progenie;

Dioses, al joven dad costumbre honrada,  
tranquilidad al placentero anciano,  
prole, riquezas, gloria á los heroicos  
de Rómulo hijos.

Y de Venus y Anquises el ilustre  
vástago que os ofrece una hecatombe  
reine en el mundo todo y sea humano  
con el vencido.

Ya el Medo teme al prepotente Lacio  
y del soldado Albano las segures;  
pide el Escita, el Indio antes soberbio  
paz al Senado.

Ya el antiguo pudor, fe, paz y honra  
y la virtud menospreciada vuelven  
y la abundancia venturosa surge  
del cuerno henchido.

Si el adornado de arco reluciente,  
el que á las nueve Musas es tan grato,  
quien vuelve la salud al miembro enfermo,  
Febo adivino;

Atiende igual de Roma las empresas,  
el palatino templo y todo el Lacio  
de éstos la edad prolongue hasta otro siglo  
siempre creciendo.

Diana, que Algido y Aventino ocupa,  
las súplicas atiende de los quince  
mancebos, y del niño muy propicia  
los votos oiga.

Nosotros, docto coro, á nuestros lares,  
Diana y Febo alabados, llegaremos,  
esperando que Jove y el Olimpo  
velen por Roma.

ENRIQUE PRÚGENT.

---





# LA NIÑA GUAPA <sup>(1)</sup>

## LEYENDA VALLISOLETANA

### CAPÍTULO VII

*En el que Caperuzo dice quién es.*

Mientras esto sucedía en las calles de Valladolid, en los subterráneos de Mal Asilo estaban reunidos los jefes de los ladrones, en obediencia á las órdenes de Caperuzo. Allí se hallaban Tremo, Rosillo, Latigazo, Peroles y alguno más; pero faltaba Chupalámparas. Todos ellos dormitaban, tendidos en los poyos, menos el capitán, que se paseaba, dando grandes muestras de impaciencia. Al fin preguntó:

—Rosillo, ¿imaginas tú por qué no viene ese tunante?

—No.

—¿Le avisaste tú mismo?

—Yo mismo.

Siguió Caperuzo paseando y jurando entre dientes. Á poco se metió por uno de los pasadizos y fué á un cuartucho donde estaba Juana, tendida sobre un montón de paja, y Galita sentada á su lado. Colgado de un gancho había un farolillo y en el suelo trozos de pan y carne cocida, con más un puchero de caldo, provisiones debidas á la conmiseración de Rosillo. Acercóse el bandido á Galita y le preguntó:

—¿Cómo está Juana?

—Muy mal, mírala.

Juana no se movía; á la excitación pasada había sucedido

---

(1) Véase la página 617 de este tomo.

postración casi absoluta; ni hablaba, ni se fijaba, ni pensaba; parecía una muerta, á la que sólo falta el entierro. Caperúzo la miró un poco y dijo:

—Mala está. Juana, Juana.

Al llamarla la cogió por el brazo y la sacudió un poco. Ella volvió la cabeza y se fijó en él.

—Déjame morir en paz.

—¿Por qué has de morir? Despierta y come algo.

—Yo me muero.

—No, Juana, no. Ya cuidaremos de ti lo que se pueda. Yo haré que entres en un hospital.

Juana se llevó la mano á la frente y fijó los ojos en el techo. Á poco empezó á agitarse como movida por impulso interno; se coloreó su cara, se movieron convulsivamente sus manos, comenzó á erizársele el pelo, á decir palabras incoexas y á tomar el aspecto de pitonisa que ya otras veces había tenido. Creció esto, se contrajo su cara, relampagueó su mirada, subió de punto la convulsión, y de repente y con inaudita violencia se incorporó sobre la paja en que estaba tendida. Después miró fijamente á Caperuzo, alargó los demacrados brazos, le abrazó por el cuello, le atrajo á sí y con voz entrecortada le dijo al oído:

—Tremo te quiere matar.

—¿Tremo?

—Sí, le veo, está pensando en ello.

—No está aquí.

—Está allá... le veo.

Soltó á Caperuzo y cayó agotada de fuerzas y casi sin aliento.

—Me muero—dijo.

—Galita, cuida de esta pobre—mandó Caperuzo.

Tras esto salió de aquel tugurio, y poco á poco y sin ruido volvió á la sala donde estaban los demás. Todos dormían ó lo aparentaban, menos Tremo, á quien encontró sentado, con las manos sobre las rodillas, la cabeza echada atrás y el aspecto meditabundo. Le tocó en el hombro y le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En el golpe que quieres dar; me parece temerario y pue-

de costar la vida á muchos de nosotros, y acaso á ti mismo.

—¿Desde cuándo te atreves á calificar mis actos?

—No califico, temo.

—Pues témeme á mí más que á la ira de Dios.

Al decir esto, sacó su daga y la alzó sobre Tremo. Este empezó á temblar.

—No tengas miedo; pero guárdate de otra.

—No sé en qué te he ofendido.

—Ni te hace falta saberlo.

Volvióle la espalda y principió á pasear.

—¡Pero ese canalla de Chupalámparas!—gritó de pronto.

—Aquí está—respondió el aludido—saliendo por el agujero que comunicaba con la maleza.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Por muchas cosas. Anoche han menudeado las rondas por el barrio; han estado además en él muchas horas ese maldito alférez Fontecha y un tal Juan que le acompañaba, un herrero muy bruto; me puse á seguirles, quisieron cogermé, escapé; el herrero me dió tal golpe que tengo deshecho un hombro; al fin me agarraron, no dije nada, y me soltaron, amenazándome con el corregidor. Todo esto es sospechoso y por ello he tardado.

—¿Y en la casa?

—Hasta las doce de la noche no sé; desde las doce hasta ahora nada. Además, por el día Sancho fué á casa de doña Aldonza y el corregidor anduvo por las calles.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Presumes de buen entendimiento y le tienes muy corto. ¿Quién te mandó seguir á Fontecha y al herrero? De vigilar están encargados otros. Fontecha es el que queda advertido por tu necesidad, él es el que sospecha, puesto que tú le has sido sospechoso. Eres un solemne majadero. Por fortuna todo ello me parece de poca importancia; te han tomado por un ratero. Pero guárdate otra vez de hacer ni más ni menos de lo que yo mande. Ahora al asunto. Tremo, para las seis de la tarde ¿cuántos puedes juntar?

—Treinta.

—¿Tú, Peroles?

—Veintitrés.

—¿Latigazo?

—Veintisiete.

—¿Rosillo?

—Buenos, doce; medianos, cuarenta.

—Los doce. ¿Tú, Chupalámparas?

—Yo pocos, unos ocho. Y además mil que hagan ruido y alboroten por un ducado cada diez.

—Es decir, los vagos.

—Vagos y vagas, que de todo habrá.

—Se contará con ellos.

Caperuzo tornó á pasear y reflexionar; así estuvo como medio cuarto de hora. Al fin se paró y dijo con voz dura:

—Á las ocho de la noche todos en la venta de la Cuerda, los vagos no. Allí daré las últimas órdenes. Idos. Rosillo, quédate.

Se fueron todos menos el nombrado. Caperuzo siguió paseando. Iba y venía con la cabeza baja; de tiempo en tiempo apoyaba la mano en el puño de la daga, á veces se paraba como mirando á algo que él sólo veía; otras pronunciaba frases incoherentes con voz irritada, y otras sacudía los brazos como descargando golpes sobre persona que no estaba allí. Al cabo salió de aquella abstracción, se sentó y llamó á Rosillo.

—¿Sabes tu nombre?

—Martín Robles.

—Otro.

Rosillo vaciló.

—Habla en confianza. Cuando te lo pregunto, es que lo sé.

—Alí Mohamet.

—Bien, dices la verdad. Tú eres hijo de Criseida, la hermosa morisca de Murcia. Tu padre fué Pedro Robles, cristiano, inútil y necio; tu madre se casó con un majadero para asegurarse contra persecuciones y asegurar á sus padres, porque Robles, aunque tonto, era rico y tenía poder. Criseida era de la tribu de los Zenetes. Tú eres Zenete.

—Zenete soy.

—Y yo, yo soy de la familia de los Malique-Alabez. Me llamo Yusuf ben Yacub ben Abdalla. Esto podrá explicarte mi afecto. Yo era niño cuando estalló esa guerra maldita que llaman de las Alpujarras. Yo vi las horrendas crueldades que con nosotros cometieron las tropas de bandidos que mandaron, primero los Marqueses de los Vélez y de Mondéjar, y luego D. Juan de Austria. Yo vi los robos, los homicidios, las violaciones, los saqueos, las ruinas, las maldades infinitas, las abominaciones sin cuento, todo lo vi. Yo conocí a nuestros bravos capitanes, al Tazani famoso y á tantos y tantos cuyos huesos quedaron blanqueando las crestas y barrancos de la sierra. Yo estuve en los espantosos sitio y toma de Serón. Y, por último, yo vi la ruina total de los míos, y de la causa justa que con tanto valor habían defendido. Huí de tanto estrago, no sé cómo ni por dónde. Mi nombre cristiano, como bautizado á la fuerza, era Román de Loja. Me acosó la última miseria, me maltrataron, mendigué; yo que era de la rica y noble casa de Malique-Alabez, anduve vagabundo por España, por Francia y por Alemania, y llegué á ser hombre. El recuerdo de los padecimientos sufridos, de las crueldades, de tanta maldad, de aquello que no se olvida nunca, hirvió en mi corazón; me uní como soldado al Principe de Orange, en odio á España, y más que á España á Felipe II; he peleado muchas veces, he estado en el terrible sitio de Harlem, he visto al famoso Duque de Alba, he herido y me han herido. Vi que allí hacía poco daño á nuestros implacables enemigos; me fui á Argel, donde encontré á nuestras gentes; con su ayuda armé una galera, corrí los mares, hice presas, llegué á rico; mas al fin otra galera de Malta apresó la mía. Quedé cautivo, remé como galeote, logré huir, me entró la nostalgia de la patria, y volví á España, pobre otra vez, vencido y enfermo. Entonces fué cuando tropecé con D. Alonso Jimeno, que me dió los diez ducados que ya te dije. Es el único español bueno que he encontrado; por eso le respeto y hago que le respeten todos. Sané de mis males, y siempre firme en mis odios, me uní á la cuadrilla que mandaba Pericón, para castigar á España con los españoles mismos. Murió Pericón, los de la cuadrilla se dividieron; unos me querían á mí por capitán, otros á un bruto á quien lla-

maban el Vencejo; le desafié, le maté, cesó la lucha y quedé de jefe. Entonces viniste tú, te encontré bravo é inteligente, averigué quién eras y te tomé afecto. Creo, Alí, que el origen común y el odio por igual que nos une son razones bastantes para que yo te tenga por hijo y tú á mí por padre.

—Bien has hecho, Yusuf, en contarme tu vida; yo no puedo decir tanto, pero sí algo. Mi madre me educó en nuestra religión, me refirió nuestra historia, y me hizo conocer nuestras desventuras. Murió mi padre, Pedro Robles, que aunque de pobre entendimiento no era mal hombre; mas sus hermanos ó mis tíos, como quieras llamarlos, despojaron con pleitos á la pobre Criseida, mi buena madre, de cuanto tenía, y la mataron á fuerza de persecuciones y tropelías. No lo dejé impune; mis dos tíos, Leoncio y Pascual, allá quedaron en los pinares de Segura, y el escribano falsario que les ayudó cayó en el barranco de los Almadenes, quedando en él para comida de cuervos. Tuve que huir, me junté con vosotros y ya sabes lo demás. Y puesto que me quieres como hijo, yo te quiero y te respeto como padre.

Alí y Yusuf se abrazaron como si efectivamente fueran padre é hijo.

—Ahora á otras cosas; no me llames Yusuf ni yo te llamaré Alí; pudieran advertirlo, y todos los españoles, incluso estos miserables con quienes vivimos, son enemigos de los moriscos. Desconfía de Tremo, tiene pensamientos de traición, puede que tenga que deshacerme de él. Desconfía también de Chupa-lámparas, es solapado, astuto é insidioso; dejó su iglesia por hacerse ladrón, y dejará el robo por ponerse bien con la justicia, si le tiene cuenta; hace ya tiempo que le vigilo. Todos los demás son unos bestias, que hubieran caído hace mucho tiempo en poder de la Santa Hermandad á no dirigirles yo.

Rosillo escuchaba á Caperuzo con gran atención, haciendo signos de aquiescencia á todo lo que oía.

—En cuanto á la empresa de esta noche, te diré que lo que principalmente quiero es llevar á cabo un hecho memorable, arrebatár á Valladolid la perla de hermosura con que se enorgullece, dar de bofetones al Corregidor, á la chancillería, al

alcalde, á todos; hacer esto yo, Caperuzo, reñir una buena batalla si es preciso, y ganarla ó perderla. Que me maten quince, veinte, treinta, no me importa; yo mataré otros tantos. No nos cogerán. Será un gran hecho, y hecho del morisco, del vilipendiado, del atropellado, del escarnecido. Será una venganza parcial, sí, pero venganza al fin, y mía. Después, salga bien el golpe ó salga mal, rabiarán de coraje, querrán cogermé, acumularán medios; pero no lograrán nada. Tú y yo, con los que quieran seguirnos, nos iremos á la sierra de Cuenca; allí conozco muchos sitios inaccesibles á los que nos persigan por lo breñosos y ásperos. No nos cogerán. Y te encargo mucho que en todos los lances estés cerca de mí, para que me ayudes y te ayude; y porque sé cosas que los demás no saben y tengo práctica en salir de malos pasos. ¿Me has entendido bien?

—Te he entendido y cumpliré como deseas.

—Bien, Rosillo, bien; ahora vete y procura hacer lo que en el plan te toque, que no será lo más aventurado.

Salió Rosillo, y Caperuzo quedó paseando en los subterráneos.

## CAPÍTULO VIII

*De como el vulgo comenta, glosa y amplía los hechos que llegan á su noticia, y de un idilio que precede á un combate.*

Amaneció, entró el día, principió la gente á bullir y la ciudad recobró su actividad ordinaria.

Los fugitivos de Fontecha y Juan, ó sean las víctimas de la travesura hecha por ambos durante la noche, no habían cesado de correr hasta verse en las calles vallisoletanas, y, una vez en ellas, contaron su desventura en la primera reunión de gente con que tropezaron, adicionándola con buen golpe de ponderaciones, interjecciones y denuestos, no sólo contra los supuestos ladrones, sino también contra el corregidor y demás autoridades, cuya holgazanería era causa de que se cometiesen tales atropellos á las puertas mismas de la ciudad. Co-rearon el ominoso relato cuantos le oyeron, acercáronse más

y luego más, se extendió la noticia aumentada por lo alto y por lo ancho, y al fin corrió por Valladolid entera, bien ornamentada de accidentes, detalles y peripecias. En tal estado de crecimiento llegó á los oídos de Juan, cuando salió de la fragua á las diez de la mañana para hacer un recado de su maestro.

Hízole, y, ya de vuelta, fuese de prisa á casa de D. Alvaro, entróse al cuarto de éste como bala de cañón recién disparada, hallóle sentado leyendo un libro y díjole á modo de acometida:

—¿Sabe su merced lo que ha ocurrido anoche mientras rondábamos?

D. Alvaro dobló la hoja, cerró el libro y contestó tranquilamente:

—No sé nada.

—Pues que venían seis hombres con seis carros de trigo por el mismo sitio donde estuvimos; les salieron veinte ladrones, les robaron todo el dinero que tenían, les ataron, les dieron unas palizas tan horrorosas que los seis están en el hospital, derramaron todo el trigo, rompieron los carros y se llevaron las mulas.

—Eso es estupendo, y ¿fué antes ó después de que nosotros estuviéramos por allí?

—No lo sé.

—Debió ser después, porque de ser antes hubiéramos visto los carros rotos y el trigo desparramado.

—Después debió ser.

—¿Y han cogido á esos tunos?

—No señor, ni á uno. La gente está que echa centellas contra el corregidor.

—Lo creo. ¿Y el trigo le han recogido?

—Tampoco lo sé.

—Me parece que todo eso es una patraña. Entiendo que aquellos dos pelagatos, que escaparon como viste, han contado su aventura aumentándola en toda forma; los que les oyeron la aumentaron más, y otros más, formando entre todos el embolismo que me has dicho; que así es el vulgo, Y si no, cuando salgas averigua quién recogió las fanegas de



trigo que hubieron de quedar en el suelo, porque seis carros ya suman fanegas.

—Sí que suman.

—Y ya se necesita tiempo para hacer lo que has contado.

—Es verdad.

—Y por allí andaban rondas.

—Cierto.

—Mentira, Juan, mentira todo ello. La gente lo abulta todo y aprovecha cualquier ocasión para motejar y zaherir á las personas que ejercen autoridad. Nadie sabe mejor que tú cómo el corregidor cumple con su deber. Y si quieres convencerte del mayúsculo embuste, cuando salgas de aquí y hables con los que encuentres, pregúntales, y, ya los carros serán diez, los ladrones treinta, y puede que haya algún muerto.

Quedóse Juan suspenso y el alférez siguió:

—Vamos á otra cosa. Esta noche también tendremos que andar de bureo. ¿Puedes llegarte aquí cuando concluyas tu trabajo?

—Sí, señor.

—Pues vente. ¿Qué te parece de aquella espada?

Y le señaló una que estaba apoyada contra la pared. Juan la cogió, la desenvainó, la blandió y dijo:

—Buena es, y pesa.

—Es la que yo usaba cuando tenía veinticinco años. ¿La sabrás manejar?

—Creo que sí.

—Pues la llevarás en lugar de la barra; se presta á más golpes y se esgrime con más ligereza.

—Como su merced mande.

—Yo no mando, muchacho, te aconsejo y no más.

Salió Juan, encaminóse á su taller, halló gentes que le contaron el robo, subiendo las noticias de punto cada vez, y convenciéndose de que el alférez tenía razón.

Por otra parte, los alguaciles de la alcaldía, la cancillería y el corregimiento andaban husmeando en corrillos, posadas y tabernas á ver si averiguaban algo respecto á Galita, aunque á ninguno se le dijo que la pobre mendiga era la señora doña Gabriela Sarmiento. Igual pesquisa se hacía en los pueblos,

ventas y caseríos próximos á la ciudad. Además, D.<sup>a</sup> Aldonza y Beatriz habían distribuído dinero á algunos agentes especiales para activar las investigaciones, y D. Alonso ponía en juego varios criados suyos y de sus amigos, gentes listas y un tanto maleantes. Pero á pesar de tanta actividad no se logró cosa de provecho; lo único que se averiguó fué que una mendiga de las señas de Galita aparecía alguna que otra vez por las calles de Valladolid, que pedía limosna con mucha timidez, que tenía aspecto desconfiado y que apenas hablaba. Esto apenó mucho á los suyos; pero no desistieron de buscarla, y todos los agentes y alguaciles recibieron orden de detenerla en cuanto la viesan.

Los cuadrilleros seguían sin dejarse ver ni oír en casa de Sancho. Este, para no dar que sospechar, fuese á su trabajo ordinario, quedando Isabel sola con sus guardadores. Al medio día llegó D. Alvaro.

—¿Ha venido tu padre?

—No señor; pero vendrá en seguida.

Efectivamente, á los pocos momentos entró Sancho. Fontecha le llamó aparte y le dijo:

—Ya veis que la defensa está bien preparada por dentro; por fuera la prepararemos el corregidor, D. Alonso y yo; pero entiendo que á Juan le debemos dar sitio y ocasión en todo lo que ocurra; es honrado, valiente, amigo mío y quiere mucho á Isabel.

—Lo que su merced disponga.

—Yo creo que debe estar aquí.

—¡Aquí!

—Sí, amigo Sancho; nadie la defenderá mejor.

—Está bien; pero se lo diremos á Isabel.

—Es natural.

Llamaron á la niña guapa. Esta se había pasado todo el día cavilando; por un lado las cavilaciones la sobrecogían, veía peligros, se mostraba azorada y balbuceaba al hablar; al paso que por otro su ánimo varonil la confortaba, la sostenía; veía que la guardaban bien, y llegaba á esperar no sólo librarse del proyectado rapto, sino poder ayudar á la pobre Galita á salir de manos de sus cautivadores. Oyó lo que D. Alvaro

proponía y no ocurriéndosele afirmar ni negar, contestó lo mismo que su padre:

—Lo que su merced disponga.

—Pues aquí le traeré, quedará con los cuadrilleros, y siendo para lo que es y estando tanta gente, no creo que la maledicencia se atreva á abrir la boca.

Salió D. Álvaro y fuese á corretear por las calles. Nada notó en las muchas que anduvo que le indicase la acometida que se esperaba. Los vecinos estaban entregados á sus habituales ocupaciones, los paseantes paseaban, los mendigos pedían, los ociosos tomaban el sol y los muchachos jugaban y se tiraban piedras en calles y plazas. Volvióse á su casa, y en ella esperó á Juan. Presentóse éste al anochecer, y le dijo D. Álvaro:

—Ea, ¿te atreves á defender á Isabel de cualquier peligro, sea el que sea?

—Sí, señor.

—Pues esta noche tienes que hacerlo.

—¿Qué pasa?

—Que quiere llevársela Caperuzo.

—Antes me arrancará la vida.

—Habrá que pelear.

—Pelearé con cuantos se presenten. Me voy á su casa, se lo digo á su padre, y de allí no me saca nadie.

—Ya está eso andado, ya he visto yo á Sancho é Isabel, y han accedido á que vayas y estés allí.

—¿De veras?

—De todas veras.

—No tengo mejor amigo que vuesa merced.

—Sí que te quiero bien. Cíñete la espada y vamos andando.

Salieron; D. Álvaro canturreaba una canción soldadesca, Juan no cabía en sí de gozo. Iba á ver á Isabel, á estar cerca de ella, á hablarla, acaso á batirse por defenderla; ella le conocería de cerca, le apreciaría por valeroso y honrado, y quién sabe si al fin accedería á casarse con él. Le faltaba poco para agradecer á Caperuzo la ocasión que le presentaba. Marchaba hecho un jaque, de erguido y arrogante. Apoyaba la

mano en el puño de la espada, y se decía que si D. Álvaro había hecho con ella buenas cosas, él no haría menos.

Llegaron, entraron, y al ver á la niña guapa se le cayeron á los talones el atrevimiento y la arrogancia. Quedóse como encantado, le entraron sus habituales cortedad y encogimiento, y no supo qué decir ni cómo moverse. Sancho le recibió afablemente, diciéndole:

—Pasa, Juan, pasa sin temor, que aquí todos somos tus amigos.

Mas el hombre no se reponía á tres tirones. Á Isabel no le desagradó aquella cortedad, que indicaba buen natural y honrada intención. Miróle con agrado, miró luego á Fontecha, y éste le dijo:

—Aquí tienes á quien te defenderá á costa de su vida.

Entonces Isabel se sintió lisonjeada; le miró más, y le halló tal como era: joven, guapo, robusto y buen mozo. Así que le dijo:

—Sea bien venido, y suceda lo que quiera, principio por agradecerle la intención.

Marchóse á poco el alférez; invitó Isabel á Juan á que se sentase junto á ella; hízolo, y se quedó tragando saliva y sin saber qué decir. Su compañera, un poco recobrada de temores y sobresaltos, se sonreía entre afable é irónica, y también callaba. Al fin, por decir algo, dijo:

—¿De quién es esa espada?

—De D. Álvaro.

—Buena parece.

—Buena debe ser; es la que usaba en Flandes.

Siguió un ratito de silencio.

—¿Y quién te ha dicho que vinieras á casa?

—No me lo ha dicho nadie; lo he dicho yo.

—Pues ¿por qué?

—Ya lo sabes.

—Hombre, ¿qué he de saber, si nunca me has contado nada!

Juan hizo un esfuerzo y con voz alterada contestó:

—¿Y qué quieres que te cuente?

Ella reía bondadosamente; él echó un suspirazo, se ensan-

chó un poco, sintió que algo le subía á la cabeza y se puso muy colorado.

—Di lo que quieras.

—Pues diré que al que te toque le paso con la espada.

—Bien está eso. ¿Y por qué le vas á pasar?

—Mujer, si ya lo sabes.

—Es que quiero que me lo digas.

—Yo no sé decir esas cosas.

Otra pausita.

—Pues lo tendré que decir yo. ¿Es que me quieres?

—Desde que tenías siete años. Yo tenía entonces catorce y era aprendiz. Te vi en el corral de Paredes jugando con otras chicas. Te caíste al suelo; yo te levanté y te di un beso; tú me diste un cachete; te echaste á reír y volviste á correr. Yo me quedé también riendo.

—Me acuerdo de eso. ¿Conque fuiste tú?

—Yo mismo. Después te he visto muchas veces, siempre tan galana y tan seria. Te vi rezar á la Virgen del Rosario, y me hice devoto de ella; la rezo todos los días... Cuando salgo del trabajo pienso en dónde te encontraré, y allá me voy.

—¿Y qué más?

Juan se había soltado; estaba de vena; le animaba la sonrisa y el tono afable de Isabel. Siguió así:

—Cuando estoy martillando en la fragua me parece que te veo allí en un rinconcico y que me dices: «Trabaja, hombre de bien, trabaja firme para que mañana podamos tener los dos buena casita, buena ropa, buena comida y con qué criar los hijos si Dios nos los da. Y cuando cobro, pago lo que debo, y guardo lo demás para tenerlo cuando nos haga falta. Ya tengo quinientos ducados. No voy á las tabernas. Además, tengo amigos... el señor corregidor... los señores de la chancillería... los del cabildo... D. Alonso Jimeno, el alférez Fontecha y otros. Ya te habrá contado el alférez cómo nos hicimos amigos.

—Sí, de un modo bastante particular.

—Yo soy así. No me se ocurrió otra cosa. Estuve pensando muchos días cómo podría hacerle un favor, y nada. Y dije: vaya, pues iremos por otro camino.

—¿A ti te gusta hacer favores?

—Ya lo creo, no cuesta nada y se ganan amigos. Dígalo el corregidor, que con todo su genio, que no es flojo, á mí siempre me mira bien. Pues como decía, lo guardo todo, todo para tí, y si tú no me quieres, para el hospital. Pero pienso que andando el tiempo... vamos, andando el tiempo...

—¿Piensas que yo te querré?

—Eso es.

—Puede.

—¿Y cuando tenga mil ducados?...

—No hace falta eso. Ya tienes quinientos y yo bien tendré otros quinientos ó más.

—Hoy, cuando D. Alvaro me contó lo que pasaba, le dije: pues allá voy, y sólo con verla estaré como los santos cuando entran en la gloria.

—No tanto, hombre.

—No tanto, es verdad, pero casi. Y ocurra lo que ocurra, te defenderé, pelearé con cuantos vengan; verás lo que yo sé hacer: si alguno te toca, pobre de él. Y si muero, ¿qué mayor gusto que morir por ti?

Juan estaba transfigurado, su cara expresaba cuanto su boca decía; el amor le había hecho elocuente y se sentía más contento que lo había estado en toda su vida. Vino á interrumpir la conversación cierto movimiento que empezaron á notar entre los que ocupaban la casa. Pero el relato de ello pide capítulo aparte.

## CAPÍTULO IX

*De la enconada pelea que hubo en la ciudad aquella noche.*

Las diez eran ya, y parecía conveniente empezar á prevenirse. El cabo de los cuadrilleros, Antón de Perea, que había estado largo rato hablando con Sancho, se apartó de él, llamó á su gente, la formó, bajó con cuatro de ellos al portal, cerró por sí mismo la puerta, se guardó la llave, echó el cerrojo, colocó á dos de centinela, y mandó á los otros dos sentarse

en la primera escalera. Después subió al desván con otros cuatro, examinó la buharda, y notando que el tejadillo que la cubría impedía que el centinela colocado en ella viese lo que tras él pasaba, colocó uno sobre el tejado mismo, mandándole que estuviese tendido, y otro en la propia ventana, quedando para resguardo de éstos los otros dos. Bajó del desván y situó otro centinela en cada una de las dos ventanas del piso principal, que dejó abiertas. Sancho descolgó y preparó su arcabuz, descolgó también su espada y su alabarda, se ciñó la primera y puso la segunda de modo que pudiese cogerla el que la necesitara. Todo quedó dispuesto en espera de lo que sucediese, mostrando las caras esa sosegada gravedad que precede á los momentos críticos.

Por fuera también abundaban las precauciones. Recorrían las calles varias rondas, una la del corregidor, en la que se notaba la particularidad de que el alguacil, Gil de Azcona, había dejado su traje oficial y vestía de paisano, cosa que nunca había sucedido, ni imaginaba nadie que pudiera suceder, con un rigorista como D. Melchor de Andrade; otra la del alcalde del crimen, D. Blas de Polientes, funcionario que no iba en zaga á D. Melchor; otra la del Alcalde de la ciudad, y otras más. Sobre esto, y en una plazuela distante unos trescientos pasos de la casa de Sancho, se estableció un á modo de retén compuesto de cuarenta hombres, los veinte soldados antiguos que Fontecha había juntado y los otros veinte criados de la casa de D. Alonso Jimeno y de las de sus amigos. Este retén le mandaban los mismos Fontecha y D. Alonso, aquél como jefe principal. Lo primero que hizo fué colocar sus hombres en una sola fila y pegados á las casas, para que se les viese lo menos posible. Al anoecer se había notado que un número de hombres, mujeres y chicos, mayor que de ordinario, había recorrido las calles, aunque sin la menor muestra de alboroto. Pero como á cosa de las doce se empezó á oír ruido como de gente que corría y gritaba. El estrépito venía al parecer de sitio donde estaba el portillo que llaman de la pólvora. Oyóle Fontecha, notó cómo crecía y hasta vió pasar corriendo á varias personas. Detuvieron á una, la cual manifestó que había ladrones en una posada, y que todo el barrio estaba al-

borotado. Soltáronla, y dijo el alférez, como ducho en tales asuntos:

—Eso es una añagaza; nadie se mueva.

Quietos permanecieron, aunque viendo que, por la parte opuesta de la plazuela donde estaban situados, iban entrando callada y cautelosamente algunos hombres, que desaparecían en lo obscuro. Fontecha previno:

—Al suelo todos y preparar los arcabuces.

Obedeciéronle, y así estaban cuando de pronto recibieron de los del otro lado una rociada de arcabuzazos que, merced á la precaución tomada, no hirió á nadie. Fontecha mandó:

—¡Fuego!

Sonaron los tiros, no sabiéndose al pronto si habían producido efecto, y á la orden de «Á ellos» se levantaron todos y corrieron al enemigo. Éste no aguardó la acometida y huyó en tropel por una callejuela.

—¡Alto!

Todos pararon y continuó el jefe:

—Á mí no me engañan, éstos quieren que les persigamos para llevarnos lejos y que nos dispersemos. No lo verán ellos.

Reconocióse el terreno y se halló un muerto. Le miraron, y uno de los de D. Alonso dijo:

—No se ha perdido nada; éste es Cortamechas.

—¿Qué pájaro era ese Cortamechas?

—Un rufián del barrio de la Victoria, un tuno que ha tenido que ver muchas veces con la justicia.

—Pues dejarle ahí, que mañana le recogerán.

Volvieron todos á su primera posición, y el jefe colocó centinelas en todas las bocacalles, con la consigna de dar el *alto* á cuantos se acercaran y tirar sobre el que no obedeciera. Todos estaban callados y atentos, esperando la continuación de la refriega empezada. Á poco se oyó un tiro, siguiéronle otros y al fin un tiroteo nutrido, como de escaramuza empeñada. Sonaban hacia donde estaba la casa de Sancho.

—Don Alonso, esto se formaliza; hay que empezar á tomar cartas en ello.

Se retiraron los centinelas, se dividió la gente en dos grupos de fuerza igual y previno Fontecha:



—Don Alonso, mande este grupo primero; marche con él al sitio donde el fuego se oye; ande ligero; no meta ruido; lleve la gente unida, y en cuanto llegue métase en la pelea de pronto y sacuda recio. ¿Me ha entendido?

—Muy bien.

—Yo, con el grupo segundo, seguiré detrás y más despacio; voy como reserva, por si esos tunantes á quienes hemos desalojado nos toman la vuelta y nos acometen por la espalda. Ea, andando.

Salió Don Alonso con los suyos en el modo y forma que Fontecha mandaba. Marchó éste poco después, quedando en la plazuela solamente el cadáver de Cortamechas.

Veamos lo que pasaba en casa de Sancho. Al oír los tiros cruzados entre los malhechores y la tropa del alférez, el cabo de los cuadrilleros revistó los puestos del portal y el desván, hallándolos bien, y mandándoles que estuviesen prevenidos, Sancho y Juan desenvainaron sus espadas, é Isabel se sobrecogió; pero sin desmayos ni lloros. En esto, los centinelas de las ventanas vieron entrar en la plazuela como una docena de hombres que, silenciosamente, se acercaban á la casa.

—¡Fuego!—mandó el cabo.

Sonaron dos arcabuzazos, cayó uno de los hombres y los demás corrieron á esconderse por las esquinas. Desde ellas principiaron á contestar al fuego de la casa; en ésta los cuadrilleros se acercaron á las ventanas y resultó un tiroteo de casa á calle y de calle á casa. Así andaban, cuando apareció en la plazuela un grupo que llevaba un objeto largo y pesado, que, como luego se vió, era una gruesa viga. Sobre este grupo tiraron los cuadrilleros, mas los que le componían, atendiendo poco al fuego, balancearon la viga y dieron con la punta de ella tan recio golpe á la puerta de la casa que la conmovieron y desvencijaron. Secundaron, y la puerta voló hecha astillas, rompiéndose toda y quedando un boquete por el que se precipitaron los agresores. Acudieron á la defensa los cuatro cuadrilleros que en el portal había, al mismo tiempo que bajaba precipitadamente Antón de Perea con sus demás subordinados. Quedaron solos en la habitación los dos centinelas de las ventanas, Sancho, Juan é Isabel. Sancho, aunque bravo,

estaba sobrecogido, porque nunca pensó que la acometida fuera cosa tan seria. Juan palidecía de puro coraje. Isabel, igualmente pálida, cogió la alabarda con aire decidido. Los tres se miraron en silencio como diciendo «llegó el momento». Los cuatro del portal iban ya de vencida quedando acorralados, cuando la llegada de Perea cambió el aspecto del combate. Acometió con bravura, ayudóle su gente, y los bandoleros fueron echados á la calle, donde siguió la reñida pelea. Sobrevino en esto D. Alonso con su pelotón, mas sobrevino también por la otra parte otro grupo dirigido por uno que se daba aires de jefe y animaba á los demás con la voz y el ejemplo. Se peleaba bravamente en la calle, los dos centinelas tiraban y se tiraba sobre ellos, se manejaban espadas, alabardas, chuzos y arcabuces. había bajas en unos y otros, esgrimía valerosamente D. Alonso, y con no menos valor avanzaba Caperuzo, que era el jefe que antes indicamos.

Mientras esto pasaba en la calle, pasó en el tejado, desván y habitación de la casa lo que vamos á contar. De los cuatro cuadrilleros colocados en lo alto, desde donde oían el fuego y la gritería, uno, el centinela del tejado, creyó ver en otro tejado próximo algo que se movía, que subía y bajaba, que aparecía y desaparecía. Díjolo á sus compañeros, y el que hacía de jefe le mandó que en cuanto viera claramente á aquel algo disparase sobre él, sin cuidarse de si era ó no persona. Sopló el centinela la mecha de su arcabuz, apareció el algo, que sin duda era hombre, y dijo con tono burlón y desvergonzado:

—Tira sin miedo, á ver si me aciertas.

Era la voz de Rosillo. Este, después de mostrar su figura, se bajó y quedó confundido con el tejado. El centinela disparó con bien poco acierto, porque en seguida gritó el bandolero:

—Mal lo haces; á ver yo...

Sonó otro arcabuzazo y cayó el centinela.

En el momento saltó Rosillo al tejado y tras él otros doce. El primero cogió el cuerpo del centinela, se fué á la ventana de la buharda, donde estaban los otros tres cuadrilleros, y les tiró el casi cadáver de su compañero diciéndoles sarcásticamente:

—Ahí va eso.

Los tres recibieron el golpe al tiempo que disparaban, y tanto el pobre herido como los otros fueron á parar maltrechos al fondo del desván. Rosillo, á quien no había tocado ninguna bala, saltó dentro tras ellos, y tras él los doce bribones que le acompañaban. Asaltados y asaltantes echaron mano á las espadas, empezando los segundos á acosar á los primeros, que reducidos á tres se vieron precisados á comenzar á ciar hacia la escalera. Rosillo y los suyos acometían, y aunque los cuadrilleros intentaron resistir en lo estrecho de la misma escalera, les fué imposible y tuvieron que seguir ciando. En desordenado tropel llegaron todos á la habitación. Los de la calle seguían batallando y gritando, sin oír lo que pasaba en la casa. Apenas Rosillo y los suyos entraron en la salita, se oyó en ella la voz procaz del primero que dijo á Isabel:

—Por ti vengo.

Empezó el combate; los agresores eran muchos, los defensores pocos; la ventaja de aquéllos se marcó desde el primer momento; cayeron heridos los cuadrilleros, y cayó Sancho, quedando en pie unicamente Juan que peleaba valerosísimamente. Isabel con su alabarda había puesto fuera de combate á un malhechor, cuando Rosillo fué á ella; la cogió el arma, se la arrancó y le dijo medio brutal, medio afablemente:

—Deja eso; yo te daré una ruela de plata, un huso de oro y un rocambo cuajado de perlas.

Y cogiéndola por el cuerpo, se la echó al hombro, gritando á su gente:

—¡Fuera!

Los bandidos tomaron de prisa por la escalera del desván y salieron por la buharda al tejado; siguióles Rosillo, y un momento después Juan. Este se fué al raptor espada en mano y sin hablar palabra, pero el raptor, con su ordinaria desvergüenza, sí habló. He aquí sus frases:

—Hombre, me gustas; ¿hasta aquí vienes? Pues aquí te vas á quedar.

Dejó sobre las tejas á Isabel. Esta no estaba desmayada, sino aturdida; no le faltaba valor, sino fuerzas; no acertaba á pensar, no podía moverse, pero sí veía y vió.

—Ya que me la disputas—siguió Rosillo,—á ver cómo lo haces. Este asunto es entre tú y yo. Fuera todos.

Los demás malhechores se apartaron, quedando solos el ceñudo y arrebatado herrero y el tranquilo y charlatán bandido. Cruzáronse las espadas. Juan acometía con reconcentrada furia, ardiente valor y bastante destreza; Rosillo peleaba con seguridad y sangre fría. No dejó por el combate su petulancia ni su charla. Sus frases nos darán á conocer las peripecias de la pelea.

—Bien tirado, buen golpe... pero te éses mejor .. Paraste, buena parada... ahí va otro... Bien, hombre, bien, tiras casi como yo... tienes el brazo fuerte... Ea, á concluir... Pues no he concluído... Me gustas, te digo que me gustas... vente con nosotros y te deajo... me has herido, poca cosa... me gustas más... ¡Tanto la quieres!... Pues á mí no me importa nada.. Te la voy á dejar, por valiente... Ea, que te la ganas... Á una, á dos, á tres... Que te la ganas... Bien, te la ganaste, quédate con ella, eres un bravo. Vamonos, muchachos.

Y dicho esto se volvió y con extraordinaria agilidad saltó á otro tejado vecino; Juan quiso perseguirle, resbaló y cayó haciéndose una herida en la cabeza, de resultas de la que perdió el sentido, quedando tendido en el tejado cuan largo era. Los de Rosillo siguieron á su jefe; pero el último, viendo á Juan sin movimiento ni acción, cogió á Isabel, se la echó al hombro y escapó diciendo:

—Por si acaso, me la llevo, y si no es para Rosillo, será para mí.

En el tejado no quedó más que Juan en el estado que ya sabemos. Todo lo de la casa había sucedido en brevísimo tiempo.

LEANDRO MARISCAL.

*(Continuará.)*

---

# POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

---

## I

Sigue nuestra política enmarañada y confusa, sin que las dos agrupaciones que durante años monopolizaron el poder sean capaces de constituir agregados homogéneos sometidos á una ley de unidad.

La disgregación de las fuerzas políticas es evidente, y aunque el instinto de conservación hace que se fusionen en grupos nuevos los elementos separados ayer de entidades opuestas, bien se advierte que las nacientes agrupaciones son más bien conglomerados que organismos, privadas de altos ideales comunes, y ahogando bajo apariencias de armonía gérmenes de lucha y descomposición.

\*  
\* \*

El brusco rompimiento entre las dos ramas del partido liberal no fué para nadie una sorpresa.

Conocidos eran sus odios, sus intrigas secretas, sus personalismos, sus contiendas subterráneas por la jefatura.

Lo único extraño fué la forma destemplada en que estalló el choque entre moretistas y monteristas, las violencias de palabra y obra, las sutilezas pueriles que se produjeron al tratarse de elegir un jefe, mostrando bien las pasiones egoístas de los contendientes y el total eclipse de móviles patrióticos.

No es gran pérdida la disolución del partido fusionista, que hace años era un cuerpo sin alma. Sobre sus ruinas surge

el partido liberal-democrático, lleno de materiales viejos, pero con algunos elementos de vida nueva.

Sin desconocer el valor material que á esa alianza preste el concurso de los Sres. Montero Ríos y General López Domínguez, con las huestes acaudilladas por ambos, justo es declarar que lo que da al partido algún vigor y esperanza, lo que le comunica cierto vislumbre de juventud y orientación democrática es la presencia en él del Sr. Canalejas.

Es éste el único político monárquico y liberal que no se ha estancado en las antiguas fórmulas de progresismo abstracto, el único que ha tomado el pulso á la opinión del país y ha sentido los problemas de candente actualidad en toda Europa y singularmente en España. Mientras sus colegas vegetaban en un bizantinismo deplorable, él mostró varias cosas: sinceridad en sus condiciones, que ninguno de sus actos ha desmentido, personalidad propia y una alta aspiración renovadora que le hizo seguir rumbos sociales en armonía con las necesidades de los tiempos.

Juntas estas dotes con una elocuencia maravillosa que mostró en su último discurso de ataque á sus adversarios y de justificación ante el país, pueden éste y la monarquía esperar mucho del Sr. Canalejas si la voluntad no le hace traición.

Frente á él la nebulosa figura del Sr. Moret, ondulante y escéptica, queda en secundario lugar, y los programas póstumos, los alardes democráticos del gran orador individualista, secundados por su portaestandarte el Conde de Romanones, mal pueden, por tardíos, convencer de su sinceridad.

Mas en algo tienen razón estos dos personajes. La unión de los Sres. Canalejas y Montero tiene algo de híbrida por la divergencia de los contrayentes, y mal pueden elementos antagónicos fundirse en una resultante única.

Tal vez el Sr. Canalejas convenza á sus enemigos de ayer; mas si no lo hace, sólo llegará á resultados anodinos y se enajenará la confianza de la opinión.

\*  
\* \*

La crisis total, tercera de las verificadas en un año, indica bien la escasa consistencia de los actuales instrumentos de gobierno y nos recuerda algunos períodos tristes del siglo anterior.

Con la guerra sin cuartel declarada por los republicanos, el despego de la mayoría y la falta de sincero apoyo en los primates del partido conservador, era forzoso que cayera el Ministerio del Sr. Villaverde.

Pero sería injusto negar al ilustre hacendista el patriótico deseo de acertar en su gestión y la solidez de su política económica, sin que esto sea disculpar sus inexperiencias de jefe y sus errores de gobernante.

Acerca del nuevo Gabinete nada se debe prejuzgar aún.

Lógico ha sido que el Sr. Maura le presida, puesto que en la actual situación parlamentaria, y dentro de la solución conservadora, nadie cuenta con más arraigo en la mayoría, ni ejerce con su gran talento y hermosa palabra mayor sugestión en el partido.

Sin embargo, el carácter del Sr. Maura y sus ideas le han distanciado sensiblemente del país, y si no doma alguno de sus violentos impulsos, tal vez le sea difícil gobernar, sobre todo cuando entre los que militan á sus órdenes no todo es unión y concordia, y cuando los amigos del Sr. Villaverde pudieran suscitarle dificultades.

En la composición del Gabinete, excesivamente inclinado á la derecha, han entrado personas que gozan ya sólido prestigio por su inteligencia, cultura y laboriosidad, como el señor Domínguez Pascual y Ferrándiz entre los Ministros nuevos, y alguno antiguo como el General Linares, que se hizo ya estimar en el desempeño de su cargo; pero, en conjunto, no tiene el actual Ministerio aquella altura requerida por las actuales difíciles circunstancias.

Su presentación á las Cortes, que dió ocasión al Sr. Salmerón para entonar un himno vibrante de elocuencia á los ideales democráticos, ha sido sencilla aunque su programa político sea poco concreto.

Esperemos sus obras.

## II

La política internacional no ofrece en el transcurso del mes último ninguno de los sacudimientos esperados; pues la consolidación de la república de Panamá, creada en el Istmo bajo el amparo norteamericano, es consecuencia de la obra llevada ya á cabo al escribir nuestra crónica anterior.

Los japoneses, más prácticos que nosotros fuimos, parecen desistir de su choque con Rusia, y los últimos rumores circulantes anuncian un convenio entre ambos imperios.

En tanto Inglaterra avanza por el Tibet, unida á China, contra Rusia, según telegramas de Tien-Tsin.

Los búlgaros desconfían de las reformas propuestas á Turquía por el acuerdo austro-ruso, y su jefe Saradoff anuncia nuevos alzamientos si aquéllas fracasan.

Un hijo natural del Rey Milano, el Príncipe Christitch, alega sus derechos al trono servio, haciendo sospechar nuevos atentados por una corona que aún destila sangre.

En Austria, el anciano y desdichadísimo Francisco José sostiene á duras penas la integridad de su imperio contra la lucha de los partidos, los odios de las razas opuestas y los anhelos independientes de Hungría.

Todo anuncia vientos de fronda por la parte de Oriente, que mañana pueden ser desatados huracanes.

\*  
\* \*

Las cábalas internacionales siguen dando que hablar á los periódicos extranjeros.

Al famoso plan del *imperio ibérico*, basado en una superposición de Portugal á España, ha seguido el del *imperio escandinavo*, formado por Suecia, Noruega y Dinamarca, bajo el Rey de esta última nación, y al cual da entero crédito la *Gaceta de Colonia*.

Y no es esto solo.

España, cuyas corrientes de aproximación europea limí-



tanse al vecino reino lusitano, donde se espera á D. Afonso XIII, preparándole los naturales obsequios, significa tan poco en el gran mundo internacional, que nada menos que el Ministro de Marina francés, Mr. Pelletau, aventura la idea de una posible toma de Gibraltar, fortaleza *pour vivre*, según él.

Dice muy bien Mariano de Cavia: España, para la geografía diplomática actual, es un pueblo que se ha trasladado al planeta Marte.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.



# BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

**Mediciones eléctricas y magnéticas.**—*Resolución razonada y ampliación de los problemas de R. E. Day, exprofesor de Física experimental en el Colegio Real de Londres, por D. EUGENIO GUALLART, ingeniero de Montes.*—Madrid, librería editorial de Bailly-Baillièrre é Hijos.—En 8.º, 332 páginas con 39 figuras intercaladas en el texto.

En esta obra utilísima se estudian los importantes puntos que siguen: Mediciones electrostáticas, experiencias con la balanza de torsión, inducción estática, electrómetro absoluto de anillo de guarda, descargas eléctricas, momentos de torsión y de inercia, magnetismo, resistencia y conductibilidad, circuitos derivados y reductores, corrientes en los circuitos simples y en los circuitos múltiples, baterías de pilas, voltímetros y electrolisis, teoría química de la fuerza electromotriz, termoelectricidad, resistencia de las baterías, fuerza electromotriz, experiencias electromagnéticas, inducción electromagnética, distribución de calor y trabajo.

El ilustre ingeniero Sr. Guallart ha hecho mucho más que traducir el libro de Mr. Day, el mejor de los que existen en su género; ha revisado escrupulosamente todos los cálculos y ha podido comprobar el esmero del autor, pues entre los 600 problemas que abarca su obra no habrá pasado de una docena las erratas encontradas, corregidas ya al presente; además, ha modificado en gran parte los razonamientos del autor, poniéndolos de acuerdo con el carácter y métodos de enseñanza que aquí se usan, y ha ampliado los ejercicios con los que figuran en un Apéndice referentes á teorías no comprendidas en la edición inglesa.

La estampación es clara y está hecha en fino papel satinado.

Merece un aplauso entusiasta el Sr. Guallart por su labor meritísima, aplauso que es justo extender también á la casa editorial porque acierta á buscar traductores tan inteligentes y concienzudos como el antiguo profesor de la Escuela de Montes.

\* \* \*

**La Cuestión de la Escuadra,** por el DOCTOR MADRAZO y el GENERAL BRUNA.—Santander, 1903.

Estudian los Sres. Madrazo y Bruna el estado material é intelectual de España. No somos independientes los españoles, dicen, porque la independendencia se conquista con la inteligencia. «Si los

acorazados suponen fuerza, y ésta es la que manda, no olvidemos que la fuerza es hija de la inteligencia, y que ésta es la que todo lo crea, justicia, riqueza, bienestar, y la que á la postre gobierna el mundo» (1). Con verdadero conocimiento del asunto se exponen los ideales de las naciones imperialistas, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Francia; y con respecto á España se afirma que, en vez de política de expansión, conviene política de concentración. Nuestra intervención en Marruecos no debe ser militar y conquistadora, sino comercial y diplomática.

Importantísimo es el capítulo en que los Sres. Madrazo y Bruna dan cuenta del rápido progreso de la marina militar en Inglaterra, Estados Unidos y Francia, del precio de los acorazados, de los gastos que exige una escuadra y de la educación del personal. En la capítulo V se lee, entre cosas de importancia, lo siguiente: «Vosotros los que soñáis con acorazados, habláis de una escuadra en veinte años, y olvidáis que en los veinte últimos se han renovado por tercera vez las escuadras inglesas, francesas etc.; que hace pocos años se proyectaba un acorazado en diez millones de pesetas y hoy cuesta cincuenta; que ahora proyectamos acorazados de quince mil toneladas y cincuenta y cinco millones de pesetas y es probable que antes de los años de que habla nuestro Ministro (Sánchez de Toca) cueste cien millones, sin contar el entretenimiento. Es decir, que sin disponer de un río de oro y de constante correr, es una verdadera utopía pensar en la marina de guerra» (2).

Datos escasísimos se hallan en la obra que analizamos acerca de la exportación é importación, de los yacimientos carboníferos y de su explotación y del atraso de nuestra industria.

Como síntesis de todo lo expuesto en el libro *La Cuestión de la Escuadra*, se hace notar que es indispensable: atender: 1.º, á la *posesión del territorio*, reorganizando el ejército y fortificando las fronteras y costas; 2.º, á la *reconstitución interior*, para lo cual es necesario desarrollar la educación y la instrucción científica y fomentar la agricultura, las industrias y el comercio, y 3.º, al *engrandecimiento patrio*, ó sea, aspirar á la unión ibérica, estableciendo la capitalidad en Lisboa, recuperar á Gibraltar, establecer una federación económico-política con las repúblicas hispano-americanas, y hacer una política neutral y de colonización étnico-comercial en el Norte de Africa.

Aunque no estamos conformes con algunas ideas de los señores Madrazo y Bruna, reciban éstos nuestra sincera felicitación. *La Cuestión de la Escuadra* es un libro que debe leerse y meditar.

PEDRO ANSÚREZ.

\* \* \*

---

(1) Páginas 19 y 20.

(2) Páginas 97 y 98.

**Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas desde el año 1401 al 1833.**—*Un tomo en 4.º de 695 páginas, por D. MANUEL SERRANO Y SANZ. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1898, é impresa á expensas del Estado.*—Madrid, 1903.

El Sr. Serrano y Sanz ha realizado con la publicación del presente volumen, justamente premiado por la Biblioteca Nacional, una obra extraordinaria de paciencia, laboriosidad y erudición, agrupando datos dispersos y sacando á luz viejas noticias que dormían entre el polvo de los archivos, para reunir una colección completísima de estudios biográfico-bibliográficos acerca de las escritoras de origen ibérico.

Trabajo es éste llevado á la práctica sólo de modo fragmentario por autores antiguos y modernos, desde Alfonso García Matamoros hasta el Sr. Pérez de Guzmán, y que era preciso para ampliar el campo de la literatura española, é interesante desde el punto de vista social para apreciar la influencia de la mujer en las letras.

Refiérese el libro, con amplio pensamiento, no sólo á las mujeres españolas, sino á las portuguesas é hispano-americanas, mereciendo que se le otorgue mayor categoría que la modesta de *Apuntes* con que le designa su autor.

Claro es que la obra no puede recomendarse á los que busquen solamente un rato de ameno solaz; pues por la índole de su asunto ha de abundar en páginas áridas, y ha de ofrecer al lector figuras insignificantes de monótona semejanza, de modo singular entre ciertas monjas poetisas, más abundantes en fe que en inspiración.

Acertado está el Sr. Serrano en tomar como punto de partida para sus investigaciones el gran movimiento intelectual producido por el Renacimiento, y hace bien en dedicar todo un volumen, que seguirá al publicado, á las insignes escritoras que han florecido desde el año 33 hasta hoy, período el más brillante de la literatura femenina.

El sistema rigurosamente alfabético empleado en la obra priva á ésta de la unidad de conjunto, que avaloraría la meritísima tarea del autor, de haber éste compuesto un todo orgánico en vez de una serie de monografías sin conexión entre sí.

\*  
\* \*

**Estudios sobre la historia del Derecho español,** por don EDUARDO DE HINOJOSA.—*Un tomo de 248 páginas.*—Madrid, 1903.

El Sr. Hinojosa, ilustre catedrático de la Universidad Central, es uno de los más infatigables trabajadores en la ardua empresa de descubrir nuestro pasado, contribuyendo con inteligente perseverancia á crear la historia española, la cual, como hoy pocos

ignoran, está en gran parte por hacer, y, aun en lo constituido ya, es obra casi exclusiva del siglo pasado.

Los estudios históricos del Sr. Hinojosa han obtenido aquí y fuera de aquí justa celebridad, y su solo nombre es una garantía para cualquier libro que le lleve al frente.

Bajo el título que encabeza estas líneas, ha reunido diferentes trabajos sobre nuestra historia jurídica, escritos hace tiempo y en diversas ocasiones.

Son éstos cinco: *Origen del régimen municipal en León y Castilla*, conferencia dada en el Ateneo de Madrid en el curso de 1895 á 1896; *El Derecho en el poema del Cid*, publicado en el homenaje á Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado (1899); *La pagesía de remensa en Cataluña*, discurso de entrada en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (1901); *La privación de sepultura de los deudores*, publicado en Valencia en 1892, y *Francisco de Vitoria en sus escritos jurídicos*, discurso de entrada en la Real Academia de la Historia (1899).

En todas estas monografías, ilustradas con eruditas notas, hace el Sr. Hinojosa gala de su gran cultura histórica y su espíritu científico de sabio á la moderna, que acude á las más diversas fuentes de conocimiento antiguas y contemporáneas, merced á su dominio de idiomas extranjeros.

Es imposible que en esta nota brevisima podamos seguir sus disquisiciones al través especialmente de las instituciones medioevales españolas; pero sí queremos citar como labor intrincada y original la que ha llevado á cabo el Sr. Hinojosa, analizando un monumento exclusivamente literario como el poema del Cid desde el punto de vista jurídico, en el cual distarían mucho de haber pensado su autor ó autores, lo cual revela una compenetración absoluta con el tosco y primer vestigio de las letras castellanas.

No cabe llevar más lejos la labor inquisitiva.

\* \* \*

**Árboles y montes.**—*Un tomo de 276 páginas, por D. ANDRÉS AVELINO DE ARMENTERAS, con un prólogo del EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE PAULA ARRILLAGA.*—Madrid, 1903.

Nada más interesante que la publicación de un libro de tal índole, hoy que, curado nuestro espíritu de falsos ideales, torna la vista á esta tierra, de la que nuestra desidia hizo árido yermo, para buscar en la misma la riqueza, la salud y el bienestar.

La política forestal é hidráulica, el culto al árbol—que con la fiesta de este nombre pretende, sabiamente, inculcarse en los hombres de mañana,—el respeto y la protección á campos y montes, todo esto existe ya en nuestro ambiente, ha encontrado eco en la opinión, en la prensa y hasta en los programas de los hombres políticos, dando la más oportuna sazón á la obra del ilustradísimo ingeniero de montes D. Andrés Avelino Armenteras, que estudia todas las citadas cuestiones con amplitud y suma competencia, uniendo la autoridad del técnico con la amenidad literaria.

Preceden á la parte doctrinal multitud de curiosos datos tomados á la historia, la mitología y las bellas artes, para hacer patente la gran importancia que todos los pueblos, aun los de mentalidad más primitiva, concedieron siempre á los montes y árboles, que tan alto hablaron en todo tiempo á su instinto y su reflexión, y aun fueron divinizados por su fantasía.

La influencia de los montes en la industria, en el régimen de las aguas, en la producción de las lluvias, en la sanidad de los países; la destrucción de dichos montes al través de los tiempos, las ordenaciones y los trabajos forestales, y el estado de nuestra nación en punto á la pobreza de su arbolado, con otras instructivas circunstancias, son materias expuestas al pormenor, con abundantes datos estadísticos, claridad y elegancia de lenguaje y fuerza persuasiva de argumentación, por el Sr. Armenteras.

Este, dados los rumbos que hoy debe seguir nuestra vida, ha hecho con su precioso libro no sólo una obra útil, sino una obra de caridad.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

\* \* \*

**Valle de lágrimas**, por RAFAEL LEYDA, prólogo de Pío BAROJA.—  
*Madrid, 1903.*

*Valle de lágrimas* es un tomo con el que su autor se presenta por vez primera en el mundo literario. Tiene el libro una veintena de cuentos, escritos con facilidad de estilo y plagados de detalles de observación verdaderamente admirables.

Leyda es ya un escritor, y no un escritor vulgar: tiene su prosa fuerza suficiente para que el lector penetre, después de las primeras líneas de cada narración, en el ambiente á que quiere llevarle y, una vez allí, le hace pensar y sentir en la misma forma que hace sentir y pensar á los personajes que se mueven en sus cuentos.

El primero de ellos, «Valle de lágrimas», debió ser el primero escrito por Leyda, pues se nota algo como precipitación al narrar, que bien pudiera ser temor á que, languideciendo la acción, sobreviniera con la languidez el aburrimiento del lector; pero este temor—si ésta es la causa de la antedicha precipitación—lo va perdiendo, afortunadamente, en el transcurso del libro, y ya en «El bautizo» las descripciones están hechas con reposo y justeza, los tipos dibujados con energía, el ambiente encajado en la escena y la emoción comenzando á despuntar.

A partir de aquí, los cuentos que siguen van siendo cada vez mejores; los hay que dejan sabor amargo de amargas realidades: «Hermanos» es ejemplo de ello; otros tienen lo que pudiera llamarse placidez del silencio, como sucede en «Barrio apacible»; otros, en fin, dan la sensación de cosas pasadas, de amores fríos: algo de esto hay en «Otoño».

Entre todos proclama á Leyda excelente narrador el último cuento del libro, «La vaca», unas cuantas páginas que encierran

enorme cantidad de emoción, emoción tan intensa que, después de leído, quedó por mucho tiempo en mi memoria la impresión dolorosa de aquel animal inválido que en el momento de ser sacrificado, cuando ya está sangrando, abre sus ojos, grandes y húmedos, para mirar fijamente á su becerro, del que manos crueles hubieron de separarle.

Pero cuando esta visión era más dulce, cuando asomaban ya lágrimas á mis ojos, el último párrafo las hizo secarse antes de caer. Aunque ahora estoy bien seguro de que aquello era el fruto de una emoción artística, entonces dudé si serían, como dice Leyda, *lágrimas cobardes*.

MIGUEL A. RÓDENAS.

\* \* \*

**Evangelina**, novela original por UBALDO ROMERO DE QUIÑONES.—  
*Guadalajara, 1904.*

Furetière decía que «la novela no es más que una poesía en prosa», y Meme. Stäel que «un mundo mejor.» Así entiende el Sr. Romero Quiñones la misión del novelador. Su espíritu es semejante á un arpa eolia, en el que el viento de los grandes hechos toca sus sinfonías, sinfonías que hacen vibrar los grandes movimientos sociales. Hay en *Evangelina* algo como un lejano eco de *tolstoismo* que me hace recordar aquellas palabras de José Enrique Thoreau—poeta que á la sazón leo:—«Vosotros los que gobernáis, ¿qué necesidad tenéis de emplear el castigo? Amad la virtud y el pueblo será virtuoso. Las virtudes del hombre superior son como el viento. Las del hombre vulgar son como la hierba. Cuando el viento pasa ¿recoge la hierba?»

La novela de Romero de Quiñones es una defensa entusiasta de los derechos de la mujer que, como muy bien dice en el prólogo, es «esclava de nuestra ignorancia, esclava de nuestros egoísmos y miserias.»

La femme enfant malade et douze fois impur.

Es corriente decir que el cristianismo elevó la condición de la mujer, pero á lo que á mí se me alcanza, la tal afirmación no pasa de ser una de tantas frases estereotipadas como por ahí corren. Elevaría la condición de la mujer en abstracto, pero es el hecho que los hombres no pasaron de consignarlo en los códigos, sin preocuparse para nada de incrustarlo en las conciencias, y así de una cosa profundamente moral, hipostasiada con las doctrinas austeras del cristianismo, hizo algo formal y puramente externo. El sistema de contento moral por el cumplimiento del deber del grande y sombrío apenas si fué comprendido más que por una parte del pueblo griego y romano y por todo el judío. Instintivamente los judíos fueron siempre ascetas, estoicos inconscientes antes del Pórtico y practicaban la doctrina de Zenón como cosa natural.



Es verdad lo que el autor de *Evangelina* dice: en la lucha social la mujer se impone por la utilidad. Queramos ó no, esto es así.

El Sr. Romero de Quiñones es un talento demasiado sutil, acaso, para contentarse con el análisis de las sensaciones simples, que necesita ejercitarse en medias tintas, en matices fugitivos, en una mezcla de idealidades exquisitas y de concepciones sabias: que está hecho para observar las almas enmohecidas por los recuerdos del pasado que viven en medio de la civilización moderna. De ahí que al elemento primitivo y exclusivamente fantástico de la novela una el autor de *Evangelina* título que recuerda á Longfellow—el científico social, de documentación, que sólo á los grandes novelistas y reformadores sociales es fácil amalgamar.—Zola, por ejemplo, en *Travail* y en *Fecondité*.

Hay que «meditar sobre las estadísticas de la criminalidad y las demográficas» (pág 85) para comprender cuánta razón tienen los que de alguna manera intentan en el libro realizar una de las formas de apostolado más simpáticas.

«Hay un mundo de verdades que realizar en esa novela social» (página 86), dice el Sr. Romero Quiñones, y más adelante añade algo que me trae á la memoria cierta página en que Nietzsche se expresa de este modo:

«La verdadera fuerza en nuestra vida espiritual no pertenece á la conciencia, sino á la voluntad de potencia que reside en el fondo de la conciencia y es al mismo tiempo la fuerza inicial del universo. La voluntad de potencia es la causa de todo. El instinto de conservación, el instinto de la especie no son instintos primitivos, sino derivados del instinto de potencia que se formula así: todo lo que vive quiere aumentar, desenvolverse. Una voluntad inútil ó simple voluntad de ser no significa nada. Es necesario una voluntad determinada, concreta.»

Yo creo, sin embargo, que todo instinto es infalible, porque la mentira no existe en la vida. El elemento, la planta, el animal, son verdaderos; la apariencia sólo falla por semejanzas, la sinceridad es positiva. ¡Cuán seguro es el instinto de las criaturas humildes!—Sobre esto Romero de Quiñones piensa conmigo.—¡Cuán cierto que las generaciones gravitan una tras otra con su fe eterna en la justicia, en la verdad y en la inocencia, y más allá del tiempo y de la tierra, en la felicidad de lo que tiene vida en la vida. Se puede afirmar que toda negación es despreciable y que todo argumento que á ella se añada, tan fútil como un sueño. Pero entre los sueños, los más bellos son los más verdaderos y lo que encierra mayor dulzura es igualmente lo más luminoso. Todo lo demás se reduce á un movimiento mecánico, probablemente mal interpretado. Sabios son los que como Romero de Quiñones se dicen: «Paciencia. Hagamos la labor cotidiana. No sabemos, pero sabremos; no vemos, pero veremos. Vivimos poco, pero viviremos por siempre una vida jubilosa y eterna.»

Me relevo del relato de la fabulación porque es cosa ésta á la que apenas concedo importancia. Sobre que en este caso responde á un plan armónico y perfectamente emotivo, de suerte que

gradualmente la novela se hace más interesante. Sólo me resta invitar á los lectores de esta REVISTA á que hojeen las páginas de *Evangelina*, tristes y llenas de amor á los semejantes. «Por el amor, dice un dístico que aparece al frente del libro, llegamos a Dios.»

\* \* \*

**La coqueluche**, por el DR. JOSÉ FERRUA.—*Valencia, 1902.*

**Etudes cliniques et therapeutiques**, par le DR. JOSEPH FERRUA.—*Poitiers, 1902.*

**Etude clinique et physiologique sur le traitement des maladies de la peau**, par le DR. JOSEPH FERRUA.—*Paris, 1902.*

**Un caso clínico de cloroanemia.**—**El reumatismo agudo**, por el DR. JOSÉ FERRUA.—*Granada, 1902.*

Esto de la medicina es un asunto demasiado lleno de complicaciones, para que yo, profano como soy en la materia, me meta á extender credenciales de sabio profesional. Lo único que me parece es únicamente que el Dr. Ferrua tiene en los asuntos de que trata extraordinaria competencia y ese espíritu de investigación y de análisis que á todo experimentador debe animar. Traducidos sus libros y folletos al alemán, al francés y al español—supongo que escribirá en inglés, pues reside en Londres,—ilustran la ciencia médica, por el reposo y serenidad con que están hechos. Lo que es que como yo ignoro mucho de estos asuntos me atrevo á pensar que tienen en la evolución de las ideas gemelas muy escasa importancia. «Cometemos, dice el norteamericano Thoreau, errores sobre errores. Malgastamos nuestra vida frívolamente. Un hombre honrado no tiene necesidad de saber contar sino por los dedos de la mano. En caso extremo puede añadir los del pie. ¡Sencillez! ¡Sencillez! ¡Sencillez! Que nuestros negocios estén á nombre de dos ó de tres y no de ciento ó de mil. En lugar de un millón contad media docena y apuntad las cuentas en la uña del pulgar. En lugar de tres comidas por día haced sólo una. En lugar de cien manjares diversos, comed cinco y disminuid todo en proporción. Porque el remedio está en una estricta economía, en una severa sencillez de vida.. Los hombres pretenden saber muchas cosas. Las artes, las ciencias y sus mil aplicaciones. ¡El viento que pasa: he ahí todo lo que conocen!»

Con permiso de todos los sabios que en monografías discuten de lo divino y lo humano me atengo á las palabras del poeta.

P. G.-B.

\* \* \*

**Nouveau programme de sociologie.** *Bosquejo de una introducción general al estudio de las ciencias del mundo superorgánico*, por E. DE ROBERTY.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1904.*—En 4.º, 268 páginas, 5 francos.

Completa este volumen la serie de los importantes trabajos del Sr. Roberty, con los que trata de conseguir el doble objeto siguiente: constituir sobre una base objetiva y lógica la ciencia de las sociedades humanas, é instaurar, en vez de las grandes síntesis agnósticas que dominaron en el siglo XIX, no una doctrina definitiva, sino un espíritu filosófico nuevo, inspirado por los grandes progresos que durante los últimos cien años se han efectuado en todas las ramas del saber.

La obra se divide en tres partes. La primera es un resumen claro y luminoso de los puntos fundamentales de la sociología del autor, quien, después de haber discutido diversas hipótesis sobre la naturaleza íntima del fenómeno social, nos da la propia solución del misterioso problema y á la vez presenta un nuevo é interesante método de investigación sociológica que conduce al descubrimiento de la ley mas general que gobierna la evolución de las sociedades, explicando por qué y cómo un estado social produce necesariamente el que le sucede y reemplaza.

Consagra la segunda parte al estudio detallado de los grandes factores de la civilización y del progreso; tesis inéditas y conceptos audaces la esmaltan; el lector se fija especialmente en los dos capítulos en que trata del amor intersexual considerado como una amplia manifestación estética y el que determina el verdadero sentido sociológico de la idea y del término, tan discutidos actualmente, de libertad.

La tercera y última parte del libro se titula: «Prodromos de un orden moral nuevo» (establecido sobre la base de las leyes sociológicas), en el cual trata el conjunto de problemas que más preocupan al entendimiento humano.

\*  
\* \*

**Le peuple roi.** *Ensayo de sociología universalista*, por T. DAREL.—*Paris, Felix Alcan, editor, 1904.*—En 4.º, 186 páginas, 3,50 francos.

¿Ha habido cosa más desconocida que el alma del pueblo? Ninguna de las numerosas formas de evolución es más digna de observación y de estudio que sus transformaciones desde la época más remota hasta nuestros días. Siguiendo á través de los siglos el lento y progresivo desarrollo del alma popular y su marcha decisiva hacia un fin que fijan las mismas leyes evolutivas, nace con certidumbre el sentimiento de la fuerza enorme que poseerá esa alma el día de su advenimiento. ¿En qué consistirá éste, y qué medios conducirán á él? Esto es lo que procura estudiar el señor Darel, imparcialmente y sin pretensión ninguna. Hijo del pueblo, no ha querido sino aportar á la formación de su alma colectiva el tributo de afecto y de trabajo que le deben todos sus hijos.

Según él, la familia, la patria y la humanidad son la razón y objeto de la evolución individual. Aislado, el ciudadano no es nada, no puede nada. Unido voluntaria y conscientemente «al todo», se convierte en este mismo todo. Tal es, añade, la cualidad suprema de este porvenir popular, tal es su realeza, y *vox populi, vox Dei*, tal es su divisa.

\* \* \*

**Le langage intérieur et les paraphasies**, por el DR. G. SAINT-PAUL.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1904.—En 4.º, 316 páginas 5 francos.*

Los estudios sobre el lenguaje interior, que tanto florecían hace unos quince años, hállanse ahora bastante olvidados; el nuevo libro del Sr. Saint-Paul despertará de nuevo la atención. Nadie más autorizado que él, puesto que, con Egger y Gilbert-Ballel, fué uno de los que primeramente trataron de la materia en una tesis muy notable que salió á luz en 1892. La obra que nos ocupa no es un ensayo, sino un estudio personal y completo del asunto. En la primera parte examina el mecanismo cerebral del lenguaje interior; en la segunda, las formas normales, los tipos simples, los tipos compuestos que se constituyen por la combinación de dos aptitudes, como el auditivo motor, ó por el equilibrio de diversas aptitudes. En la tercera parte, la patológica, hay un excelente resumen de los trabajos sobre las parafasias y sobre el lenguaje interior en los estados subnormales, como el sueño hipnótico, sonambulismo, etc.

La obra del Dr. Saint-Paul, muy documentada y llena de observaciones, interesa á los médicos y á los psicólogos.

\* \* \*

**Les phénomènes d'autoscopie**, por el DR. PABLO SOLLIER, profesor de la nueva Universidad de Bruselas, etc.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1903.—En 8.º, 175 páginas, 2,50 francos.*

Designa con este nombre el autor aquellos fenómenos por los que un sujeto se percibe á sí mismo, sea exterior, sea interiormente. Se presentan bajo dos formas: una externa, ya conocida con el nombre de alucinaciones autoscópicas y admitida por todos; otra interna, meramente señalada y que algunos autores niegan ó ponen en duda. Sin embargo, el número de casos de esta última es bastante crecido y se han estudiado con detenimiento, deduciéndose de ellos el determinismo, las condiciones de aparición y de evolución. Las dos formas son de la misma naturaleza y se trata, no de un fenómeno visual, sino de un fenómeno cenestésico. La importancia de la autoscopia interna, por rara que parezca, no contraría ninguna ley fisiológica ó psicológica. Es grandísimo el interés que ofrece la autoscopia interna. no sólo para el conocimiento de la cenestesia, sino también, y sobre todo, para el conocimiento de las condiciones de la conciencia y de la

sugestión; el autor, después de referir detalladamente las observaciones, hace de éstas un concienzudo examen crítico y pone de manifiesto todas sus consecuencias.

\* \* \*

**Nouveaux essais sur l'art contemporain**, por H. FIERENS GEVAERT.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1903.—En 8.º, 214 páginas, 250 francos.*

Examina el autor en esta nueva serie de estudios los grandes problemas del arte contemporáneo desde un punto de vista muy práctico, fijándose principalmente en la renovación de la arquitectura y del arte decorativo. A este fin, hace una detenida reseña de las últimas tentativas inglesas, alemanas, austriacas, belgas, escandinavas, etc. Deseoso de que se generalicen ideas sanas sobre estas cuestiones, expone cómo debería explicarse la estética en las Universidades y publica una información muy interesante sobre la enseñanza de la historia en Francia, en la cual información consta el parecer de ilustres personalidades.

\* \* \*

**Agenda de bufete**, LIBRO DE MEMORIA Ó DIARIO PARA EL AÑO 1904 CON NOTICIAS Y GUÍA DE MADRID.—*Librería editorial de Bailly Baillièrre.—Plaza de Santa Ana, 10 Madrid.*

Si popular es el Almanque de Bailly-Baillièrre, popularísima es la Agenda de bufete. Con dar á conocer el índice se mostrará la utilidad y hasta la necesidad de dicha Agenda. Comienza por el calendario, sigue el sistema métrico decimal y la Guía de ferrocarriles, después el libro diario para anotar los ingresos y los gastos y, por último, una extensa Guía de Madrid.

\* \* \*

**Almanaque Bailly-Baillièrre**, ó sea PEQUEÑA ENCICLOPEDIA POPULAR DE LA VIDA PRÁCTICA PARA EL AÑO 1904.—*Librería editorial de Bailly-Baillièrre é Hijos.—Plaza de Santa Ana, 10, Madrid.*

El Almanaque de Bailly-Baillièrre, tan conocido del público, se ha puesto á la venta en las principales librerías de Madrid y provincias. Poco hemos de decir de una publicación tan conocida de todos, y que se ha hecho indispensable en el hogar de la familia. En el de este año se encuentran artículos sumamente curiosos, pudiendo servir de ejemplo los intitulados *Historia de las religiones, Los grandes templos del mundo, Princesas abadesas, Pueblos antropófagos, Las principales catedrales de España, El país de la goma, La costa francesa de los somalis y el ferrocarril de Etiopía, Consejos á las madres acerca de los niños pequeños, El peinado masculino á través de los tiempos, Todo por la electricidad, La escritura del porvenir El sargento, Discóbolo*, etc.

X.

# INDICE DEL TOMO CXXVII

## MES DE JULIO DE 1903

	<u>Páginas.</u>
El satanismo y el modernismo en el arte, por <b>U. González Serrano</b> .....	5
La lingüística como ciencia de observación (continuación), por <b>Edmundo González-Blanco</b> .....	15
Los fastos de Ovidio (continuación), por <b>V. S. C.</b> .....	35
Los visigodos en España (conclusión), por <b>J. O. R.</b> ....	55
Estudios de antropología y sociología criminal (continuación), por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	73
Estudios: Literatura holandesa, por <b>P. González-Blanco</b> .....	91
La niña guapa, por <b>Leandro Mariscal</b> .....	99
Política interior y exterior, por <b>J. O. R.</b> .....	109
Á Fray Luis de León, por <b>Enrique Prúgent</b> .....	113
Boletín bibliográfico, por <b>Pedro Ansúrez</b> , por <b>Alberto Ortega Pérez</b> , por <b>Pedro González-Blanco</b> y por <b>Enrique Ferrer</b> .....	115

## MES DE AGOSTO

Crítica, por <b>U. González Serrano</b> .....	129
El sentido social de la revolución de 1820, por <b>Práxedes Zancada</b> .....	135
Cosas de antaño, por <b>José Rincón y Lazcano</b> .....	155
El padre intelectual de los próceres de la independencia argentina, por <b>M. Castro López</b> .....	169
La lingüística como ciencia de observación (continuación), por <b>Edmundo González-Blanco</b> .. ..	181
León XIII, por <b>Miguel Costa</b> .....	199
Estudios de antropología y sociología criminal (continuación), por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	201
Jaime Balmes y sus obras (conclusión), por <b>Eloy Bullón</b> .....	217
La niña guapa (continuación), por <b>Leandro Mariscal</b> .....	237
Política interior y exterior, por <b>J. O. R.</b> .....	245
Boletín bibliográfico, por <b>José Deleito y Piñuela</b> y por <b>Pedro Ansúrez</b> .....	251

## MES DE SEPTIEMBRE

La última Reina de Aragón, Germana de Foix, por <b>Antonio Balbín de Unquera</b> .. ..	257
Los poemas de Campoamor, por <b>Urbano González</b>	

<b>Serrano</b> , por <b>Vicente Colorado</b> y por <b>Mariano Ordóñez</b> .....	277
Las alianzas, por <b>Damián Isern</b> ..	285
Sobre el reglamento relativo á zonas militares de costas y fronteras, por <b>Un Ingeniero</b> . ....	301
Estudios y monografías historiales, por <b>Soledad Acosta de Samper</b> .....	313
Almería, por <b>José Roca de Togores</b> ....	327
A Quinto Horacio Flacco, por <b>Enrique Prúgent</b> ....	331
La industria en Segovia, por <b>Mariano Sáez Romero</b> . ....	339
Estudios de antropología y sociología criminal (continuación), por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	353
La niña guapa (continuación), por <b>Leandro Mariscal</b> ....	359
El relincho, por <b>I. L. Estelrich</b> . ....	365
Política interior y exterior, por <b>J. O. R.</b> ..	367
Boletín bibliográfico, por <b>José Deleito y Piñuela</b> , por <b>Miguel A. Ródenas</b> , por <b>E.</b> y por <b>J. O. R.</b> ....	373

### MES DE OCTUBRE

Carácter social del arte, por <b>U. González Serrano</b> ..	385
Datos para la biografía del doctor Luis de Mercado, por <b>Narciso Alonso A. Cortés</b> .....	399
Motores de viento, por <b>Silverio Méndez</b> .....	407
La lingüística como ciencia de observación (continuación), por <b>Edmundo González-Blanco</b> .....	411
Notas traspapeladas acerca de los túmulos de la Capilla Mayor en la catedral de Toledo, por <b>Rodrigo Amador de los Ríos</b> .....	431
Almería, por <b>José Roca de Togores</b> .....	441
¡Esto vir!, por <b>Victor Suárez Capalleja</b> .....	445
El realismo en el teatro ruso, por <b>Pedro González-Blanco</b> .....	451
Estudios de antropología y sociología criminal (continuación), por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	459
A propósito de Flaubert, por <b>Pedro González-Blanco</b> .....	469
Guy de Maupassant, por <b>Enrique Prúgent</b> .....	477
La niña guapa (continuación), por <b>Leandro Mariscal</b> ....	481
Política interior y exterior, por <b>Pedro Ansúrez</b> ....	497
Boletín bibliográfico, por <b>José Deleito y Piñuela</b> , por <b>Pedro Ansúrez</b> , por <b>Pedro González-Blanco</b> , por <b>J. O. R.</b> y por <b>E.</b> .....	501

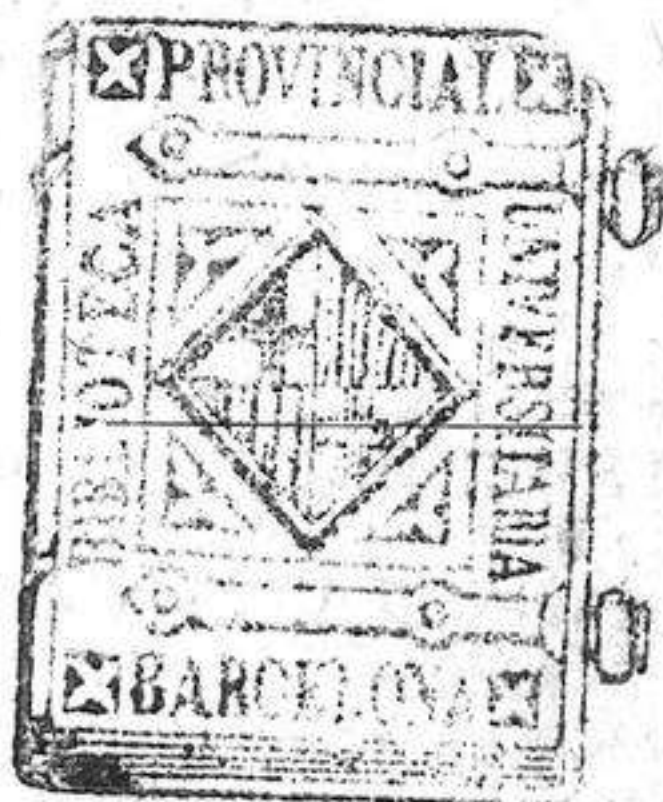
### MES DE NOVIEMBRE

La pintura inglesa contemporánea, por <b>Federico Carlos de Monterrey</b> .....	513
Una visita á Burgos, por <b>Juan Ortega Rubio</b> .....	523
El mendigo, por <b>Victor Suárez Capalleja</b> . ....	531
La lingüística como ciencia de observación (continuación), por <b>Edmundo González-Blanco</b> .....	543
Leyendo á Rueda, por <b>Enrique Prúgent</b> .....	567
Nuevo siglo, por <b>Antonio Gómez Restripo</b> .....	573

	<u>Páginas.</u>
La dama de las aguas, por <b>Marius André</b> .....	575
La industria en Segovia (continuación), por <b>Mariano Sáez Romero</b> .....	583
Estudios de antropología y sociología criminal (conclusión), por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	599
Dos de Noviembre, por <b>Leopoldo Pedreira</b> .....	613
La niña guapa (continuación), por <b>Leandro Mariscal</b> .....	617
Política interior y exterior, por <b>José Deleito y Piñuela</b> .....	629
Boletín bibliográfico, por <b>P. G.-Blanco</b> , por <b>Miguel A. Ródenas</b> , por <b>Un Ingeniero</b> y por <b>Pedro Ansúrez</b> .....	635

### MES DE DICIEMBRE

El bautizo de Felipe IV y el falso <i>Quijote</i> , por <b>Narciso Alonso A. Cortés</b> .....	641
Discurso leído en la solemne apertura del curso de 1903-1904 en el Seminario Conciliar de San Millán de Avila por <b>D. Robustiano Pérez Arroyo</b> .....	647
Una visita á Zamora, por <b>Juan Ortega Rubio</b> .....	669
Federico de Castro, por <b>Pedro González-Blanco</b> ..	675
Esperando el de las ocho y media..., por <b>P. G.-B</b> .....	681
El Emperador Enrique III y el Papa Gregorio VII, por <b>Juan Fastenrath</b> .....	699
La industria en Segovia (conclusión), por <b>Mariano Sáez</b> .....	707
Cosas de antaño, por <b>José Rincón</b> .....	719
Himno secular, por <b>Enrique Prúgent</b> .....	725
La niña guapa (continuación), por <b>Leandro Mariscal</b> .....	729
Política interior y exterior, por <b>José Deleito y Piñuela</b> ... ..	749
Boletín bibliográfico, por <b>Pedro Ansúrez</b> , por <b>José Deleito y Piñuela</b> , por <b>Miguel A. Ródenas</b> , por <b>P. G.-B</b> y por <b>X</b> .....	755
Índice.....	766



IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado, bajo